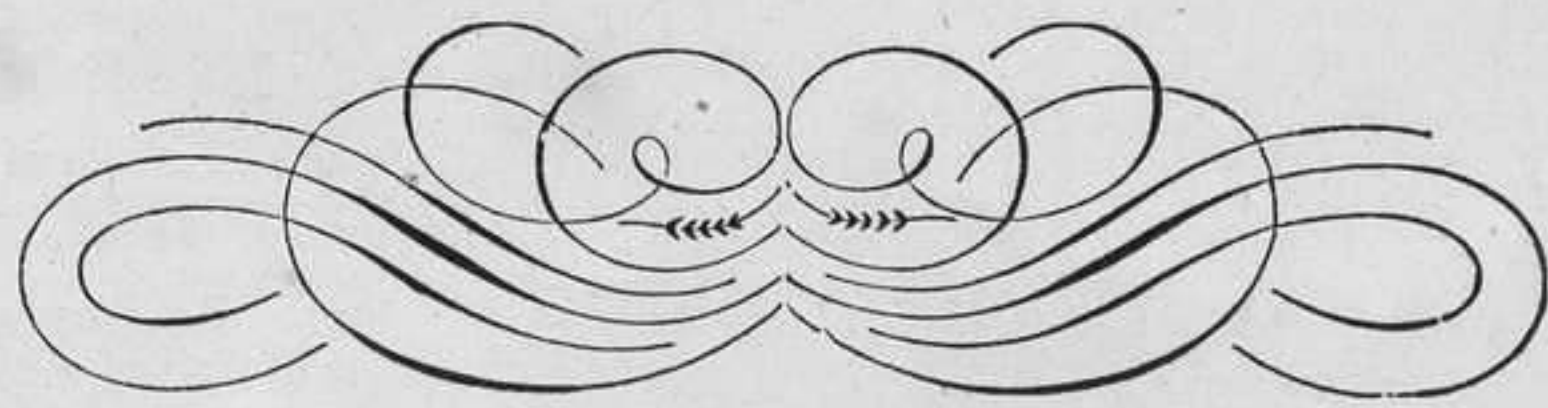


EL
CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

TOMO CUARTO.



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MÉLAN, EDITORES PROPIETARIOS

CALLE DEL FAUBOURG MONTMARTRE, N° 10.

—
1854

EL

CORREO DE ULTRAMAR

PARTE MATERIA ILUSTRADA.

TOMO CUARTO.



22313

ADMINISTRACION GENERAL

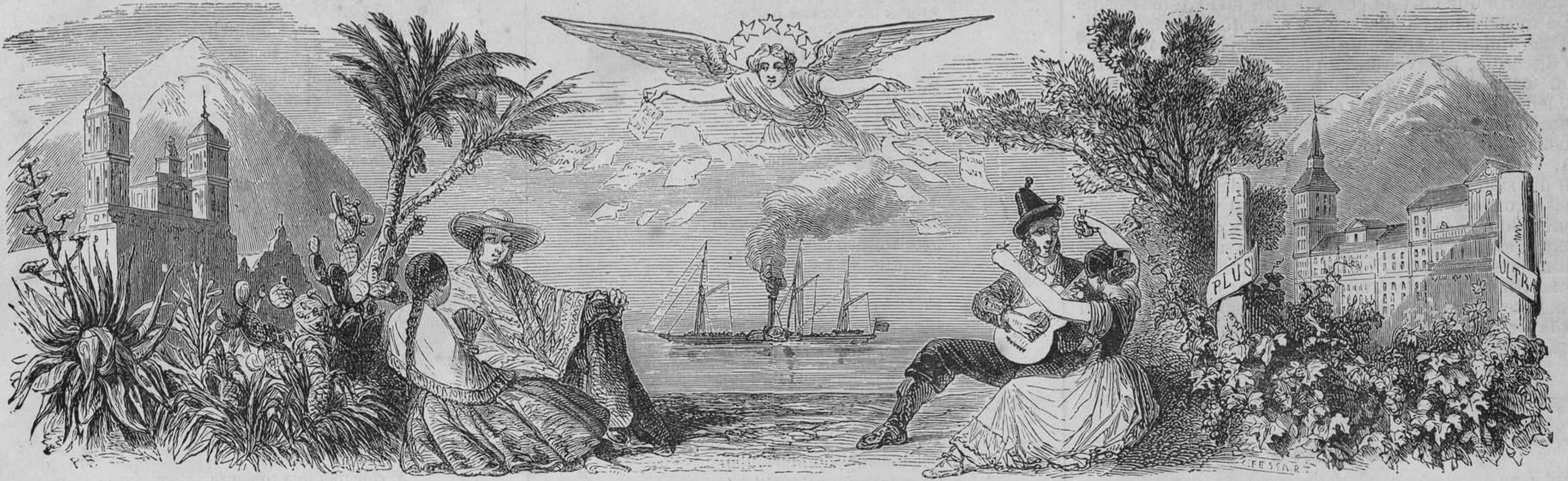
A. DE LASOALLE Y BELLA, EDITORES Y PROPIETARIOS

CALLE DEL TARDADO, 10, 12.

1881

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 13. — N° 79.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Insurreccion de la Grecia; grabado. — Romance. — Revista de Paris. — Los Balkanes. — La Distancia. — Campamento de los ingleses en Scutari; grabados. — San Mandrier; grabados. — Revista de Madrid. — Biografía de D. Juan Arólas. — Una visita á Marengo y á sus monumentos; grabados. — Margarita Pusterla. — Recuerdos de la América meridional; grabados. — El minero de Siljan. — Revista de la moda. — Las cataumbas de San Pedro. — Puente de hierro en planchas; grabado.

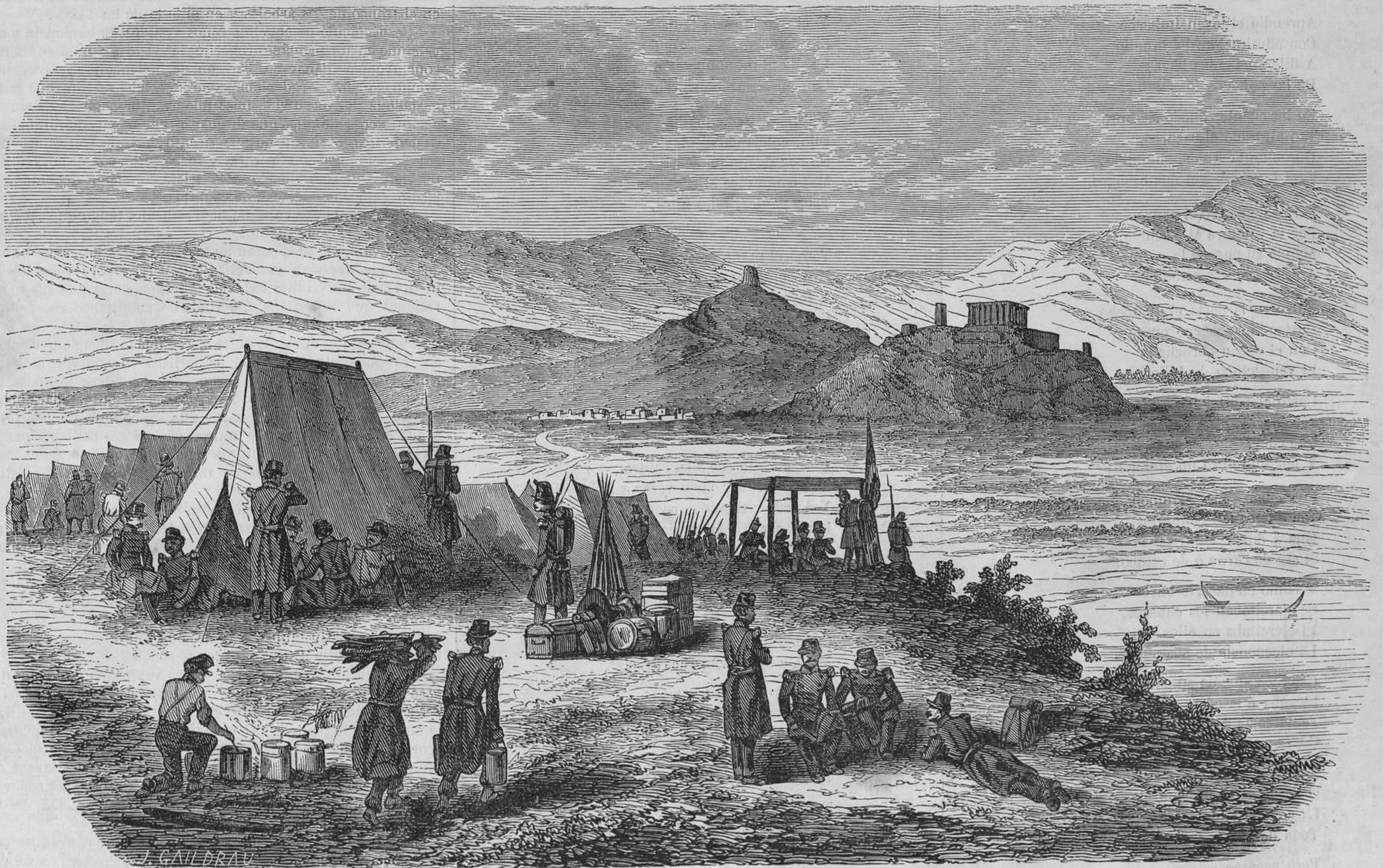
Insurreccion de la Grecia.

Los moros han mirado siempre la historia, si no con repugnancia, al ménos con indiferencia, y francamente

no dejan de tener motivos en que fundar esta opinion; porque si, como pretenden algunos, la historia es una constante leccion de la experiencia que nos enseña á ser cautos, no puede negarse que entre los buenos ejemplos que presenta á la meditacion del filósofo tambien ofrece singulares anomalías, capaces de autorizar la indiferencia con que la miran los moros. Dos insurrecciones han tenido lugar en Grecia en el presente siglo: la primera protegida y la segunda contrariada por las potencias occidentales; porque aunque ambas insurrecciones parecen haber envuelto en el fondo un mismo principio, el de reconquistar la nacionalidad tanto tiempo borrada del mapa, en realidad la primera tenia el noble objeto de la independencia, mientras que la segunda solo podria contribuir á llenar las miras ambiciosas del emperador moscovita. He aquí pues, una nacion que hace treinta años deseaba sacudir el yugo de la Turquía y que parece desear hoy doblar la cerviz

bajo el de la Rusia. Pero no es solo esta la anomalía histórica que los griegos han presentado á la faz del mundo en el siglo presente. Lo que imprime un carácter particular á la última insurreccion es la circunstancia de estar promovida y alimentada por el gobierno, cosa que en el teatro se hubiera rechazado por inverosímil.

Sin embargo, por las comunicaciones que han mediado entre las autoridades griegas y los aliados de la Turquía se han patentizado este par de anomalías: 1.ª Se ha visto á los generales y empleados del ejército, tener á la vez el mismo empleo en el estado y en la insurreccion. 2.ª Se han sorprendido despachos de los insurgentes pidiendo á toda prisa socorros de gente y dinero al gobierno, y aun amenazándole en caso contrario con someterse á las leyes. Tal es el cuadro que ofrece hoy á la culta Europa ese pueblo que fué un tiempo la cuna de las ciencias y de las artes; tal el progreso de



Ocupacion del Píreo por la brigada del general Lournel.

esa raza que pretende conservar en sus venas la sangre de los que durante tanto tiempo ilustraron y asombraron al mundo, lo que no debe pasar desapercibido en el capítulo de las anomalías históricas.

Por fortuna esta situación era demasiado violenta para que pudiese durar mucho tiempo. La Francia y la Inglaterra que en esta ocasión han dado muestras de una moderación sin ejemplo, viendo que las amonestaciones amistosas eran inútiles para apagar el fuego de la discordia, resolvieron emplear la fuerza; presentaron sus cañones en las célebres aguas del Pireo y ¡nuevo fenómeno! tan pronto como el gobierno se vió amenazado por los que no han dejado de conservar sus buenas relaciones, la insurrección se consideró vencida. Vemos pues en todo esto un pueblo que habiendo un día sido el modelo de las sociedades se halla en el mas profundo abatimiento intelectual y político; que contando en sus fastos tantos ejemplos de heroísmo nacional, apenas acierta hoy á deshacerse de un amo sin humillarse ante otro, y que por la inoportunidad, así como por el modo extraño de realizar un movimiento que hace pocos años despertó universales simpatías en su favor, tiene que mirar hoy como antagonistas á los que ántes habían sido sus amigos y protectores.

ROMANCE.

I.

En un lugar, á tres horas,
Del papa-moscas de Búrgos,
Había un padre muy bestia
Que tuvo un hijo muy bruto.

Y tan semejantes ambos
Que muchas veces el vulgo
Sin reparar las edades
Tomó el otro por el uno.

Tales padres, tales hijos,
Dijo el papá al ver su fruto,
Que á no faltarle un sentido
Dudara que fuera suyo.

A ser aspiraba el mozo
Nada mas... juriconsulto,
Y cumplió los veinticinco
Sin dedicarse al estudio.

Por fin, al cabo de otro año
De meditacion y ayunos,
Y reprensiones del domine
Que rayaban en insultos;

Aprendió el jóven imberbe
Con admiracion del mundo
A diferenciar las letras
De las comas y los puntos.

En las cuentas quedó siempre
Tan atrasado el cazarro,
Que apuntaba seis, sumando.
Tres hombres con dos besugos.

Pero calculando el padre
Por la estatura el discurso,
Mandó su nene á la córte
A proseguir los estudios.

Entró en la córte el mancebo
Luciendo su cuerpo curro
Con el gaban abrochado
El veinticinco de Julio.

Corto el pantalon y estrecho,
Zapatos grandes y rusos,
Una colcha por corbata
Y por sombrero un embudo;

Formaban sobre el muchacho
Tan estupendo conjunto,
Que á dudar autorizaba
Si era de carne ó de estuco.

Y como en hacerle burla
Se ejercitaban los chuscos,
Él ejercitaba en ellos
La elocuencia de sus puños.

Cada vez que de su patria
Llegaba á la córte alguno,
Tenía carta del padre,
Cosa que apreciaba mucho.

Y aunque en perversos palotes
O letras como almendrucos,
La contestacion firmaba
Toda de su letra y puño.

Pero pasaron seis meses
Sin que paisano ninguno

Como un tiempo visitara
De la capital los muros.

Y así la correspondencia
Tuvo que cambiar de rumbo,
En el correo fiando
Ambos los secretos mutuos.

II.

Nuevas llegaron sin duda
A Madrid de mucho bulto
Cierta dia que en Correos
Todo era gresca y barullo.

Mas no fué que de la España
Se pronunciase algun punto
Proclamando despotismo,
Constitucion ó Estatuto.

Una carta solo habia
De la que fué patria un dia
De las babuchas del Cid,
Y cuyo sobre decia :
« Para mi hijo. — En Madrid. »

Tal era el justo motivo
Del destemplado murmullo.
Unos decían ¡qué estólido!
Y otros clamaban ¡qué estúpido!

Cuando á la ventana dieron
Dos golpes morrocotudos,
Y volvió con la sorpresa
La gravedad á su punto.

Abrieron la ventanilla
Y vieron un mozo esdrújulo
Que tenia siete palmos
De la cabeza á los muslos.

El cual tardó mucho tiempo
En dirigir el saludo,
Porque llevaba en la boca
Medio queso y un mendrugo.

Quedó encarado en la gente
Cerca de cinco minutos,
Y preguntó haciendo un gesto
Algo parecido á un zuño.

« ¿Tengo carta de mi padre? »
Los hombres mas taciturnos
La carcajada soltaron
Al escuchar tal rebuzno.

Y el que la carta tenia
Sin detenerse un segundo,
La dió al mozo que explicaba
Con un absurdo otro absurdo.

« Tenga usted, que hay datos fijos,
Dijo, cotejando el plagio.
No soy ducho en acertijos;
Mas como dice el adagio :
Tales padres, tales hijos.

Tomó el mancebo la carta
Muy contento de su triunfo,
Y leyó lo que yo á ustedes
Copiaré punto por punto. »

« Cuatro cartas te he *escrito*
Con esta, querido Andrés;
Y esta te mando aburrido
Por no haber aun recibido
Contestacion mas que á tres.

Quizás no llegue á su centro;
Mas yo que soy viejo verde
Y á todo remedio encuentro,
Por si acaso esta se pierde
Te mando otra copia dentro.

Si amor tienes al saber
Y de estudiar no te sacias,
A estas fechas debes ser
Cuando ménos bachiller.
Mi salud buena, á Dios gracias.

No temo rayos ni truenos
Como los temí otras veces;
Pues veo auspicios tan buenos
Que pienso coger lo ménos
Dos celemines de nueces.

Tal es mi felicidad
Que á relatarla no acierto
Y estoy soñando despierto :
En fin, no hay mas novedad
Sino que tu madre ha muerto.

Bien me ha dado que sentir,
Aunque su conducta excuso.
Lo que mas me hizo sufrir,
Fué el ver que mala se puso
Un poco ántes de morir.

Este papel borronero
Por saber con amplitud
Si estás en ese recreo
Con la completa salud
Que yo para mí deseo.

Aunque soy hombre sesudo
Estoy que el diablo me lleva,
Pues trás de golpe tan crudo
Tengo que darte la nueva
De que me hē quedado viudo.

Reza, pues, una oracion
A tu madre y á mi esposa,
Y de tu padre dispon
Que no desea otra cosa
Sino verte el corazon. »

Consolése al ver tal carta
El abogado presunto,
Y concibió una romanza
Correspondiente al preludio.

Pero perdonen ustedes
Si la tal pieza no incluyo,
Pues ya que peque de largo
No quiero pecar de insulso.

J. M. VILLER GAS.

Revista de Paris.

Hace mucho tiempo se notaba ya entre los concurrentes mas asiduos al boulevard de los Italianos y á las representaciones de la Opera, un jóven de unos treinta años, de buena figura y sin otra profesion que la de sacar á relucir de los primeros las nuevas invenciones de la moda.

Adolfo de N..., así le llamáremos en nuestra historia, ocupaba tres sillas él solo delante del café de Paris, y fumaba con ostentacion un grueso cigarro todas las tardes, ántes de su comida, en aquellas hermosas tardes del mes de abril que nos hicieron disfrutar este año las delicias de un verano anticipado. Delante de sus tres sillas jugueteaban una porcion de niños con esa viveza alegre y esa abundancia de savia que los primeros rayos del sol hacen circular en el cuerpo del hombre, en el tronco de los árboles y en el tallo de las flores.

El espectáculo de aquellos niños vestidos de terciopelo y encaje que en un principio regocijó la vista de nuestro héroe, concluyó por llenar su corazon de melancolía y amargura. Adolfo comenzó á reflexionar que no estaba casado, que habia gastado la flor de su vida buscando aventuras amorosas sin sacar otra cosa de ellas que disgustos, enojos y remordimientos; se demostró á sí mismo que pronto se veria con canas en la cabeza y arrugas en la cara, y se espantó con el porvenir de un viejo soltero reducido á la triste condicion de cuidar un jardín y un par de jaulas de canarios.

— Tengo que casarme, no hay remedio, tengo que casarme, exclamó; pero ¿con quién?

Sucesivamente su pensamiento visitó todas las casas conocidas donde florecian jovencitas casaderas, pero desgraciadamente eran muy niñas todavía; Adolfo concluyó de sus meditaciones que necesitaba una viuda de veinticinco años, y que era preciso hallarla á toda costa.

Sabido es que el sol de abril ejerce una influencia perniciosa en el cráneo humano; el sol de abril ha engendrado esos terribles constipados que engendran á su vez esos estornudos repetidos que son un suplicio igual para el paciente y para el que los oye. Adolfo no podía escapar á la ley comun, y en la tarde á que nos referimos cogió un *covizza* de tal calibre, que los niños suspendieron sus juegos y se quedaron inmóviles contemplando el espectáculo de un cuarto de hora de estornudos.

— Estoy fresco, dijo para sí Adolfo, ya tengo para un mes, es seguro; un mes de cama y de soledad, durante el cual mi excelente criado se aprovechará de la ocasion para robarme á dos manos; triste condicion es la mia... ¿Hay nada peor que estar soltero? En los treinta dias de estornudos que voy á pasar, no tendré una voz tierna que me diga : « ¡Alabado sea Dios! »

En el mismo instante se declaró una nueva crisis, y esta vez la gresca fué mas estrepitosa y mas sonora.

— ¡Alabado sea Dios! murmuró en voz baja una jóven que pasó delante de Adolfo rápida como una flecha.

Nuestro hombre se levantó con una precipitacion juvenil, y se lanzó detrás de la señora que marchaba hácia la Magdalena acompañada de un perrillo faldero que saltaba y brincaba alegremente en torno de su ama. La jóven al andar llevaba alzada la orla de su vestido con esa gracia inimitable propia de las parisienses, y mostraba un pieccecito que cabia en un puño.

— ¡Oh, qué pié tan bonito! exclamó Adolfo; me casaria con él de buena gana... Pero ¿quién sabe si ese pié estará casado!... Y además, ¿cómo será la cara?

Adolfo la seguia á diez pasos de distancia.

En esto la dama se detuvo llamando á su perrillo, y Adolfo distinguió su perfil.

— ¡ Admirable ! prosiguió diciendo, la seguiré una legua.

Un momento despues se volvió enteramente, y dejó ver su rostro encantador en toda su gracia.

— Es la mujer mas bonita que hay en el mundo ; la seguiré aunque supiera estar andando hasta medianoche.

Por fortuna, la dama no necesitaba gastar tanto tiempo en el camino para llegar á su habitacion ; apénas estaba junto á la iglesia de la Magdalena cuando desapareció por una de las bonitas calles de ese barrio y entró en una casa de hermosa apariencia ; Adolfo se quedó parado un instante reconociendo aquellos sitios, y distinguiendo á un mozo de cordel pacíficamente recostado en una esquina cinco ó seis puertas mas abajo, entabló el siguiente interrogatorio con la sonrisa en la boca y un peso fuerte en la mano derecha :

— ¿ Conoces á esa señora que acaba de entrar en aquella casa ?

— Sí, señor, la conozco.

— Podrias decirme como se llama.

— Madama X...

— Muy bien. ¿ Está casada ? añadió Adolfo con voz trémula.

— No, señor, es viuda.

Esta respuesta hizo saltar de gozo el corazon del jóven, que olvidó hasta su terrible constipado ; sus estornudos cesaron súbitamente, y principió á embriagarse su imaginacion con el deleite del hombre que piensa que puede amar con esperanzas.

— ¿ Estás seguro de que es viuda ?

— Segurísimo.

— ¿ Y cuánto tiempo hace que murió su marido ?

— Hará unos dos años.

— ¿ Vive sola ?

— No, vive con una tia, que es una señora anciana.

— ¿ Sale de casa á menudo ?

— Cuando hace buen tiempo suele ir á paseo á los Campos

Elíseos ó á Tullerías, siempre acompañada de su perrillo.

— ¿ En qué piso vive ?

— En el segundo, la puerta que está en frente de la escalera.

Con estas preciosas noticias, Adolfo atravesó el portal de la casa habitada por la viuda, y llamó á su puerta, trémulo como el jóven enamorado que acude á su primera cita.

— Deseria hablar con tu señora, dijo á la doncella que salió al ruido de la campanilla.

— ¿ Y quién es Vd. ?

— Adolfo de N..., respondió el pretendiente balbuceando.

Al cabo de dos minutos Adolfo estaba en el gabinete de la viuda ; lo primero que distinguieron sus ojos fué un cuadro cubierto con un crespon negro, sin duda el retrato del difunto.

La jóven estaba sentada junto á la chimenea, y con un gracioso ademán indicó al instante que tomara asiento para que la explicara el motivo de su visita.

— ¿ No me reconoce Vd. ? preguntó Adolfo despues de un rato de silencio.

— No por cierto.

— No obstante hace una hora que ha pasado Vd. por el boulevard de los Italianos.

— Es verdad.

— ¿ Y no se acuerda Vd. de mí ?

— De ninguna manera.

— Recuerda Vd. haber dicho : « ¡ Alabado sea Dios ! »

— Puede ser muy bien.

— Y así es ; esa piadosa exclamacion se dirigia á mi persona.

La jóven miró á su interlocutor con unos ojos que demostraban el mayor asombro.

— Caballero, me parece muy natural el decir : ¡ Alabado sea Dios ! cuando alguien estornuda ; por mi parte lo digo á todo el mundo.

— De modo, interrumpió Adolfo, que á mí como á otro cualquiera...

— A todo el mundo, interrumpió la viuda, y deseo saber de qué modo ha interpretado Vd. una cosa tan sencilla.

— ¡ Cruel desengaño ! dijo con un suspiro Adolfo.

— ¡ Un desengaño ! repitió la viuda con voz serena ; no comprendo esas palabras, explíquese Vd., caballero.

— Decia, queria decir... me figuré...

La viuda se levantó muy seria.

— Caballero, le interrumpió, me es imposible seguir escuchando á Vd.

— ¿ Pero á lo ménos tendrá Vd. á bien que me presente de cuando en cuando para informarme de su salud ?

— Yo estoy siempre muy buena, á Dios gracias, de modo que puede Vd. ahorrarse esas visitas.

— ¿ Con qué me cierra Vd. su puerta ?

— Mi puerta no se abre mas que á mis amigos.

Y al decir esto, la viuda hizo una reverencia muy profunda al enamorado, y llamando á su doncella, la dijo :

— Antonia, acompaña á este caballero hasta la puerta.

En las tres semanas siguientes Adolfo se presentó seis veces en la casa de la viuda, pero sin tener la honra de ser admitido ; la sexta vez el pretendiente se incomodó y bajó murmurando la escalera.

— Está visto, dijo para sí, no quiere recibirme, pero juro por lo mas sagrado que penetraré en la plaza, cueste lo que cueste. Yo la amo como un loco, y será mi mujer ó me vengaré... en su perrillo que, segun parece, es lo único que ama en el universo.

Apénas habia pronunciado estas palabras, cuando se le ocurrió otra idea :

— El negocio está hecho, continuó, la victoria es mia, y no tendré que manchar mis manos con la sangre inocente del perrillo.

Adolfo se puso en emboscada, y apénas habia estado media hora espionando la salida de la viuda, cuando esta se presentó seguida como siempre de su faldero. El paseo fué aquella vez en el jardin de Tullerías ; Adolfo aguardó la ocasion propicia y se apoderó del perro.

La desaparicion del animal causó á la viuda una afliccion extraordinaria ; solo las personas aficionadas á la raza canina podrian formarse una idea de su desgracia. Anuncios en los periódicos, carteles en las esquinas ofreciendo buenas recompensas, nada descuidó la viuda ; quince dias pasaron sin noticias, hasta que por fin una mañana la doncella entró gritando en el gabinete que ya conocemos :

— ¡ Aquí está un caballero con el perro !

La viuda al descubrir á Adolfo experimentó cierto temblorillo que no pasó desapercibido para su adorador.

— ¿ Vd. aquí, caballero, y con mi perrillo ?

— Sí, señora, quince dias he pasado buscándole, y al cabo de muchos viajes y muchos sacrificios he logrado encontrarle.

— ¡ Cómo, caballero !...

— Sí, un inglés se le llevaba, pero he atravesado la Mancha, y he logrado apoderarme de su presa.

— ¿ Pero habrá Vd. gastado mucho dinero ?

— No, unos cien pesos, respondió Adolfo, cerrando la historia de sus mentiras con esta conclusion metálica ; pero, señora mia, se apresuró á añadir, tendrá Vd. la bondad de no pagarme, sino permitiendo que de cuando en cuando pueda presentarme en esta casa.

— Caballero, mucho desinterés es el de Vd. ; y á propósito, ¿ cómo sigue Vd. de su constipado ?

— Su exclamacion de Vd. me puso bueno, y mi viaje no me ha hecho el menor daño.

Desde aquel instante Adolfo pudo visitar á la viuda de tiempo en tiempo ; sus atenciones eran bien recibidas por la jóven, y cada dia el amor hacia progresos ; el retrato del difunto pasó del gabinete á la sala, y de la sala al comedor, ¡ despojado de su velo fúnebre !... ¡ Adolfo vivia en el éxtasis de la esperanza !...

Pero en esto llegó el mes de junio, y se trató de marchar al campo ; ya la tia de la viuda se habia puesto en camino ; Adolfo iba á vivir separado del objeto de sus amores.

— ¡ No quiero que se marche ! exclamó ; y efectivamente, la víspera del dia señalado el falderillo desapareció nuevamente. Esta vez no sirvieron anuncios ni carteles. La viuda lloró su perro como habria llorado la muerte de una amiga, y principió sus preparativos de marcha.

— Espere Vd. un poco mas, la dijo Adolfo ; ¿ quién sabe ?

— ¿ Qué significa ese tono misterioso ? ¿ Ha recibido Vd. alguna noticia ?

— No.

— Vd. me oculta algo ; en nombre de la amistad que nos une, dígame Vd. por Dios...

— Pues bien, si no puede Vd. tenerle vivo, al ménos le tendrá Vd....

— ¿ Cómo ?

— Pintado.

— ¿ Y quién es el pintor ?

— Yo mismo, que por cierto sé muy poco, y por esa razon tendrá Vd. que esperar el cuadro unos dos meses.

— Mucho tiempo es.

— No hay remedio ; trabajo sin modelo, y regularmente paso las tardes en borrar lo que he pintado por las mañanas.

El dia en que el astuto Adolfo llevó á la viuda la imágen del perrillo, que habia sido pintado por un artista de primer orden, el retrato del difunto pasó del comedor á la antesala.

El desenlace se adivina fácilmente ; la viuda en vez de marcharse al campo con su tia, escribió á su tia para que viniera á Paris á presidir la boda ; es probable que entre los regalos de Adolfo N... á su futura, no habrá faltado el perrillo faldero sin el cual no habria habido ni casamiento ni historia.

MARIANO URRABIETA.

Los Balkanes.

Los sombríos y áridos desfiladeros de los Balkanes son hoy mismo tan impenetrables como cuando Dario los atravesó del Sur al Norte, 500 años ántes de la era cristiana. Siglos hace que el fértil Delta que se extiende entre los Karpatas, los Balkanes y el mar Negro ha languidecido en la atonía, y sus inmensos recursos han permanecido casi desconocidos de las potencias europeas. Sin embargo, la naturaleza habia dotado ricamente estas magníficas regiones ; el Danubio ofrecia á sus productos una salida fácil para todas las partes del mundo.

Pero campos de batalla de todos los pueblos, estas llanuras han sido devastadas por la guerra en todas las grandes épocas de la historia. Así, léjos de quejarse de las elevadas montañas que las encierran, sus habitantes las han considerado como un baluarte contra la invasion, mas bien que como un obstáculo á sus relaciones comerciales.

Esto explica porqué los Balkanes son tan poco conocidos, y porqué conservan sus pasajes, su primitivo estado. Respecto del primer punto, las noticias son tan incompletas, que el célebre historiador turco Her-Von-Hammer reduce á siete los desfiladeros de la cadena principal, al paso que resulta de una memoria leida últimamente en la sociedad geográfica de Lóndres que su número es mucho mayor.

El autor de este documento, el general Jochmns, antiguo ministro de Negocios extranjeros, anuncia que con el objeto de reconocer toda la cadena desde el cabo Ennish (*finis Hoemi*) hasta Tirnova, situado al pié de la montaña entre Schibka y Dransva, la habia atravesado siete veces en diferentes sentidos, á saber : de Misivria á Sudshib, de allí á Achly, de Achly á Dobral, de Dobral á Carnabat, de Carnabat á Kasan, de Kasan á Selimneh, de Selimneh á Tirnova. Lo mismo ha hecho respecto de la pequeña cadena del Hoemns, cruzándola

desde Tirnova á Osmanbazar, de Osmanbazar á Kasan, de Kasan á Czalikavak, de Czalikavak á Koprikoí, de Koprikoí á Schumla, de Schumla á Paravadi, de Paravadi á Varna.

El punto mas elevado de la cadena al otro lado de Monastirkoi es de 2,000 piés, mientras que el paso mismo se halla á 1,800 piés sobre el nivel del mar, en direccion de Bana, situado á cuatro horas de Messenvria, á donde se llega, atravesando bosques de encinos, por caminos que sirven de via á carretas que llevan leña y hierro á Messenvria, etc.

Schumla, colocada al pié de los Balkanes, es una posicion estratégica muy importante, fortificada por la naturaleza y el arte, que ha aumentado sus medios de defensa. Los turcos la llaman Ghazi (victoriosa). Esta ciudad es la llave del valle que yace entre los Balkanes y el mar ; ella domina el principal pasaje de la cadena, y es, juntamente con Rutschuk y Silistria, una de las etapas del camino de Constantinopla.

Schumla contiene unos 30 á 33,000 habitantes, y cubre un espacio de 2 á 3 millas de longitud sobre una de latitud. Hállase edificada al pié de una montaña arbolada de 6 á 700 piés de altura en forma de hemicírculo. Posee bellas mezquitas, espaciosos cuarteles, almacenes y tiendas en mucho número. La mayor parte de las antiguas trincheras no existe, pero la montaña que protege la ciudad es de difícil acceso, y en ella se apoyan las nuevas fortificaciones construidas á la europea.

Los fuertes, reductos y baluartes que tiene la defienden al paso que la hacen temible. Los nuevos trabajos se han hecho con mucha inteligencia del terreno para cerrar los desfiladeros que pudieran conducir al campamento. Las mismas precauciones se han tomado respecto del camino que da acceso al gran pasaje de los Balkanes, distante 30 millas de Schumla.

Los Balkanes son, pues, ahora casi inexpugnables, y se pueden flanquear con dificultad ocupando el mar Negro las escuadras aliadas de Francia é Inglaterra.

La Distancia.

FABULA.

Cerca de Toledo el Tajo
Cruza un valle que guarnecen
Dos montañas :
Desde ellas, mirando abajo,
Los transitantes parecen
Musarañas.

Cabalgaba monte arriba
Don Domingo Coronado,
Gran señor :
Con diez escopetas iba,
Por diez hombres escoltado
De valor.

Algunos desde la altura
Vieron, ó creyeron ver,
Dos peones
Que atravesaban la hondura,
Seguidos, al parecer,
De ladrones.

« Defendamos á los dos, »
Dijeron con ira y brío
Los armados ;
« Pues sin remedio de Dios,
En cuanto lleguen al río
Son robados. »

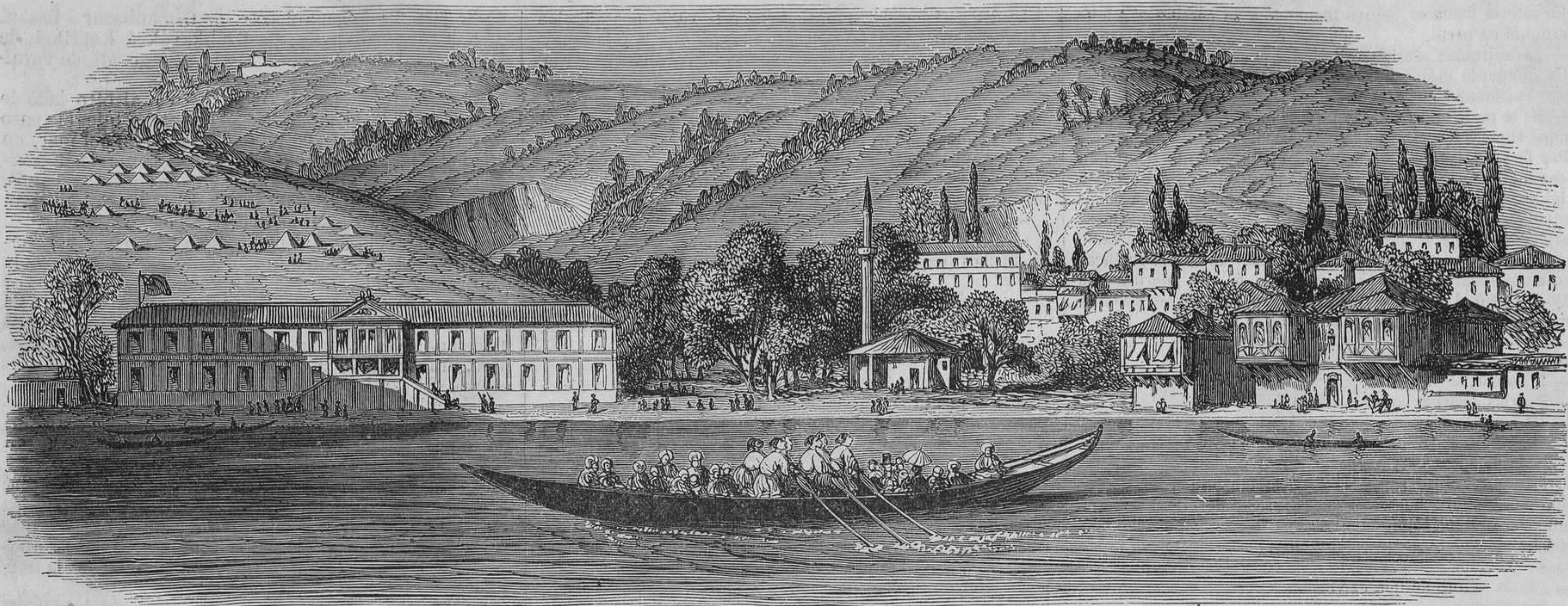
Señor, vuestra escolta frustra
Su intento á la iniquidad
Que anda lista. —
Era el caminante ilustre
No corto de voluntad,
Si de vista.

Miró al valle don Domingo,
Teniendo á todos perplejos
Un instante ;
Y dijo al fin : « No distingo
Lo que sucede tan léjos.
¡ Adelante ! »

No hace el bien ni pone al mal
Un rey, á veces reparo :
¿ Y porqué ?
La cosa es muy natural :
Porque de léjos, es claro,
No se ve.

Campamento de los ingleses en Scutari.

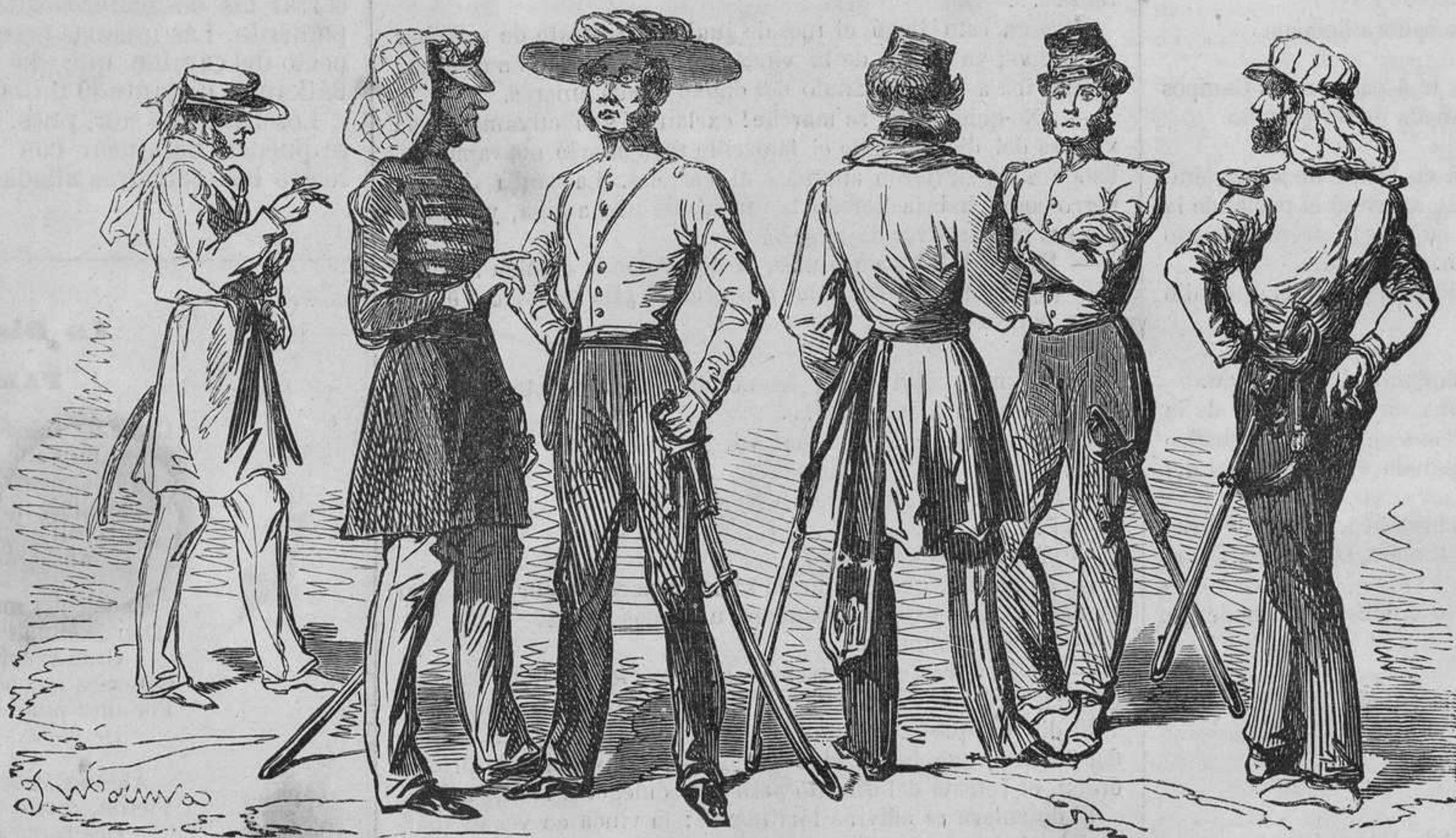
Uno de nuestros corresponsales de Constantinopla nos escribe con fecha del 25 de mayo : « Acabo de ver el campamento de los ingleses y he hecho algunos dibujos del uniforme inglés que les dirijo á Vds. juntamente con la vista general del campamento principal y la del cuartel. Les parecerá á Vds como á mí que los oficiales van vestidos de un modo al que nuestros ojos no están acostumbrados. Esto difiere enteramente del uniforme severo y abotonado hasta la barba del oficial francés. En cambio, los soldados ingleses están admirablemente equipados. Los campamentos están instalados con toda la prevision apetecible y en una situacion magnífica. Si hay alguna libertad en el traje y los modales, en cambio el régimen es muy confortable. »



Cuartel y campamento de las tropas inglesas á lo largo del Bósforo en la costa de Asia.

El mismo corresponsal nos dice el 30 de mayo: «Ayer ha habido en el Bósforo gran movimiento de buques. Remito á Vd. un croquis marcando la posición de estos buques: esto es todo lo que he podido hacer, sin tener á mi disposición mas que una pluma y el papel que envío, sin tiempo para ponerlo en limpio porque el correo va á partir. A estas horas la flota está en Varna, y los agentes rusos no han dejado de decir que los ingleses desembarcaban fuerzas considerables. Sin embargo, yo he sabido que no era mas que una division ligera y un cuerpo auxiliar de voluntarios de Asia, organizado por un coronel inglés.»

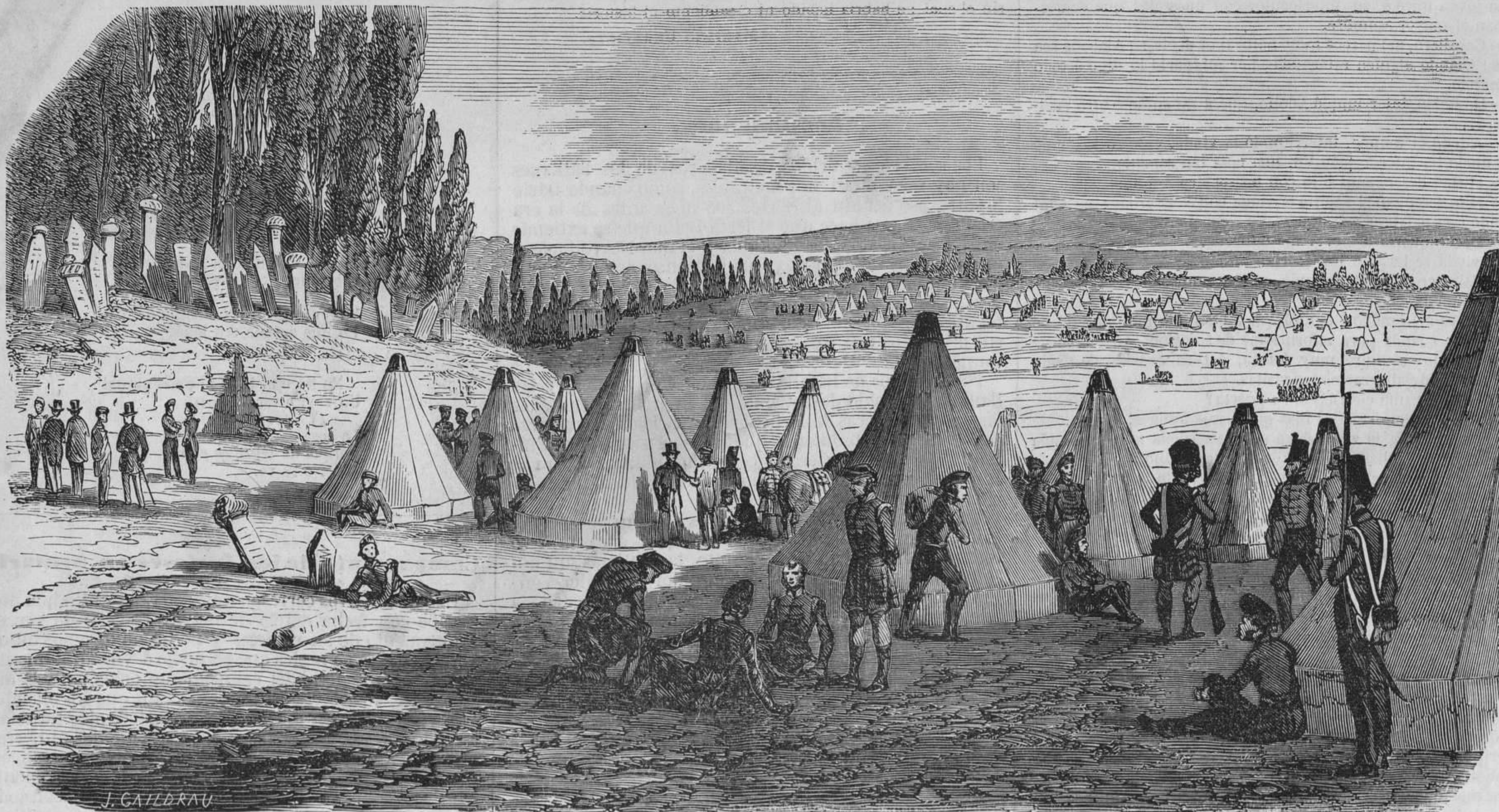
Estos detalles son ya conocidos; nosotros añadiremos el siguiente que



Traje de capricho de los oficiales ingleses en Scutari.

no carece de interés. El *Times* del 10 de junio publica una carta de su corresponsal de Scutari, de la cual extractamos el párrafo siguiente. Los generales ingleses se preocupan seriamente de la excesiva dificultad que se va á sentir para proveer el ejército auxiliar en Varna.

Los turcos han agotado los recursos del país, que se halla privado de los de la Dobru dscha por la ocupacion de los rusos de este último territorio. Los bueyes faltan ya en Scutari; el ejército inglés hace matar todos los dias para su consumo 800 carneros ó corderos; un inglés consume tanta carne como diez turcos juntos. Se teme que en breve no habrá quedado un solo carnero entre Scutari y Galipoli.



Campamento de los ingleses en Scutari.

San Mandrier.

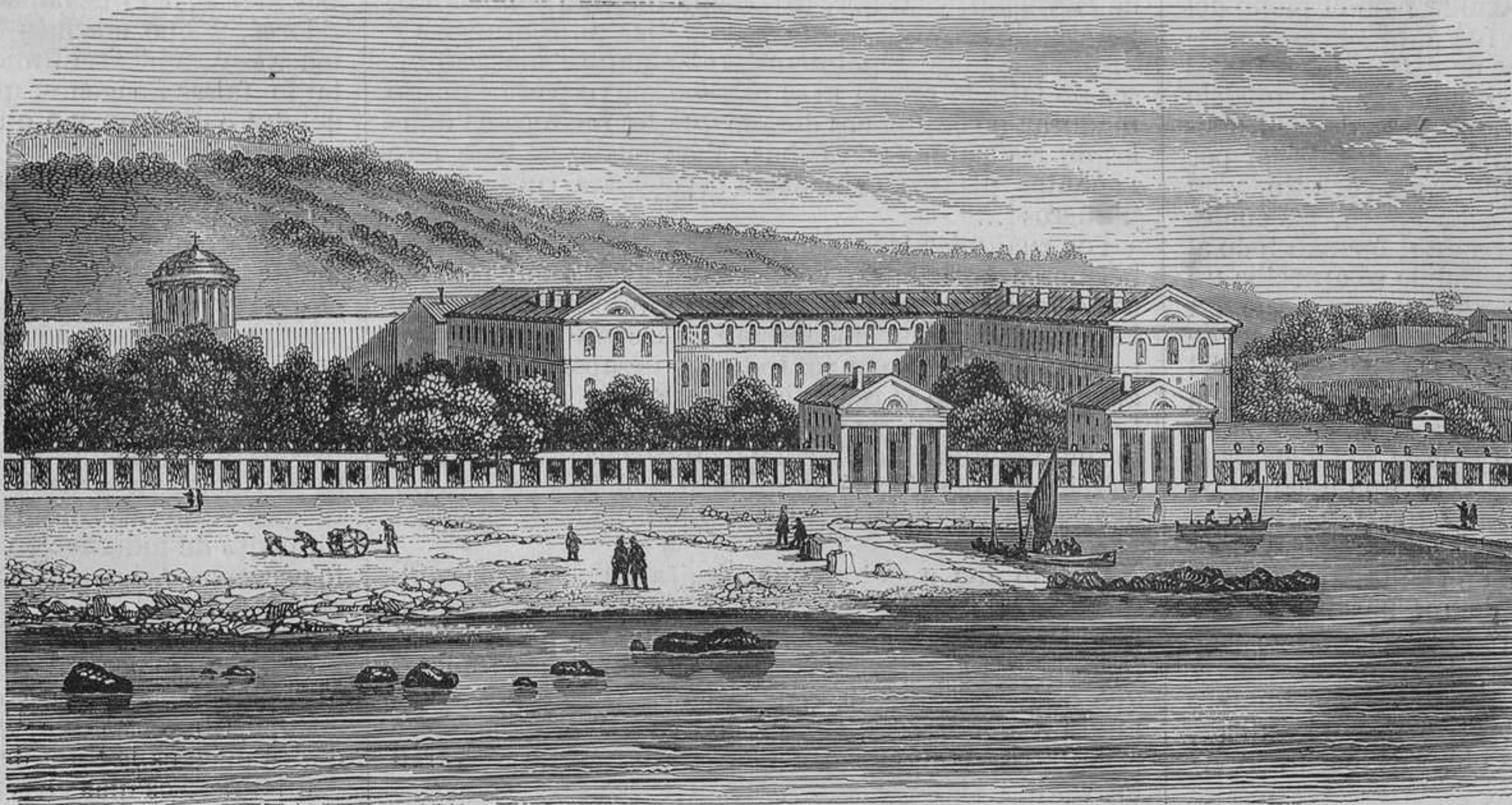
Hoy que las escuadras inglesa y francesa deben desempeñar tan gran papel en los destinos de la civilización del mundo, no será inoportuno tratar del punto de donde han partido esos formidables castillos de madera que pasean actualmente ufanos la bandera tricolor por el mar Negro, y sirven de carceleros al águila de las dos cabezas, encerrada en Sebastopol. A Tolon, el primer puerto de guerra de la Francia en el Mediterráneo, y el primero sin duda de los que posee esta nación en uno y otro mar, vamos á conducir á nuestros lectores; no para hacerles la descripción de cada uno de sus grandiosos establecimientos, que esto requeriría toda una serie de artículos, sino solamente para hacerles ver el edificio mas filantrópico de la ciudad y el mas soberbio en su forma y construcción, el hospital de San Mandrier.

Atravesamos la rada de Tolon vogando hácia esa hermosa península unida al cabo Siciér por un istmo de arenas abrasadoras, que hacen las veces en el país de aguas minerales; en ellas vienen los enfermos á enterrar los reumatismos del invierno, debajo de unas tiendas improvisadas, y envueltos en un baño de arena calentada por un sol en 43 grados. En la punta oriental de la península se eleva el vigía cuyos ágiles brazos señalan la llegada de las embarcaciones de guerra que aparecen en el horizonte. ¡Cuántas miradas se fijan á todas horas sobre este centinela avanzado, el primero en transmitir de la ciudad al mar, y del hogar paterno al navío, las emociones alegres de la vuelta!

Se verifica el desembarco en una pequeña dársena circuida de sólidos y cómodos malecones; en seguida una esplanada plantada de tamarindos conduce á la puerta del hospital, abierta entre dos pabellones, sostenidos cada uno por cuatro columnas toscanas, y destinados para alojar los guardas. En esta misma playa fué donde, segun la leyenda, el celeste abuelo del lugar, San Mandrier, prócónsul romano, se convirtió al catolicismo, y fué bautizado por el obispo S. Cipriano, patron de la ciudad, viniendo á pasar el resto de su vida en la soledad y la oración consagrado al Dios de los cristianos. Allí fué tambien asesinado hácia el año 800 por los sarracenos que ocupaban á la sazón la colonia de Fraissinet, y cuyas hordas sanguinarias desolaron por largo tiempo todo el litoral de la Provenza y del Piamonte.

El inmenso patio por el cual se entra en el edificio sirvió en tiempo de Luis XIV de hospital ambulante á los heridos de las escuadras francesa y española, que guerreaban entónces con los cruceros ingleses establecidos delante de Tolon. Una batería española en ruina, llamada no se sabe porqué, la *Tour de la Vieille*, y cuyos restos se aperciben al N. E. del lazareto, acredita aun los esfuerzos que hicieron nuestros antepasados para preservar de los tiros ingleses los tinglados que contenian sus heridos y los de esta nación.

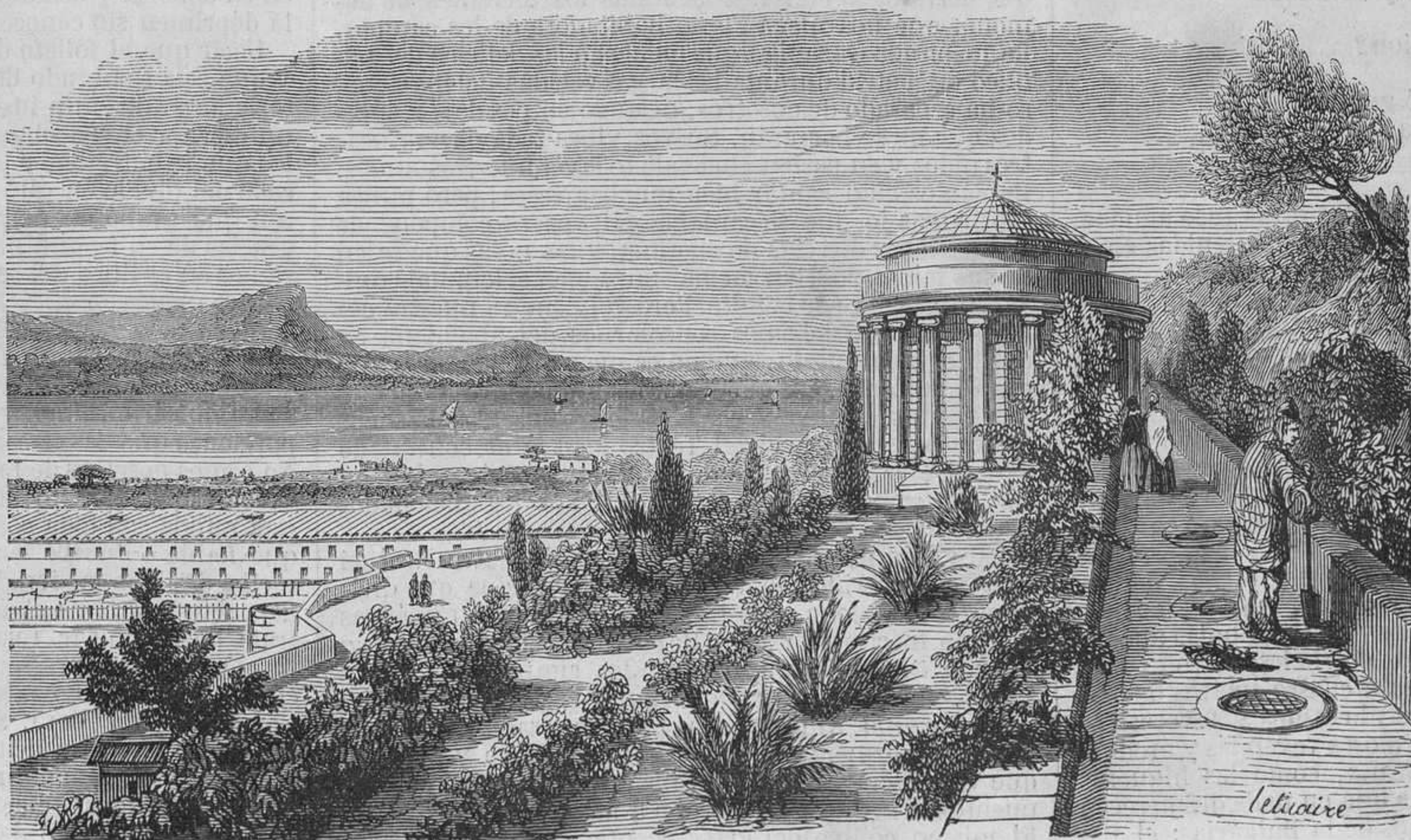
Durante el célebre sitio de Tolon, habiendo sido establecido un campamento de cinco mil hombres en los alrededores del lazareto, los republicanos restablecieron en el mismo sitio de este patio los tinglados para hospital ambulante como en tiempo de Luis XIV. Estos subsistieron durante todo el imperio, y solamente en tiempo de la restauración, despues que la Francia habia reposado de tantas y tan continuas guerras, fué cuando se



Vista del hospital de San Mandrier, desde el mar.



Una fachada del edificio, desde la galería del fondo.



Capilla de San Mandrier.

resolvió edificar un hospital para la marina, sobre esta misma playa que en todos tiempos habia sido considerada como el punto mas á propósito para el objeto.

Efectivamente, en 1819 el señor de Lavintg, mayor general, intendente y prefecto de la marina hizo levantar los planes de los dos grandes pabellones paralelos que forman el patio al Este y á Poniente. Los primeros trabajos se hicieron bajo la dirección del señor Rocourt de Charleville hasta concluir las dos alas mencionadas; pero luego despues estos fueron modificados por su sucesor el señor Bernard, el cual añadió á las construcciones ya hechas las hermosas galerías con bóvedas de pico que circundan todo el hospital. El ala del fondo que cierra el patio al Mediodía, y perpendicular á las otras, fué construida en 1828 bajo los mismos planos.

Cada uno de estos pabellones tiene cien metros de largo con cerca de veinte de ancho, y en cada fachada hay abiertos 66 arcos cuyas jambas están unidas por unas verjas de hierro. Los pabellones separados entre sí por unos fosos de diez metros de ancho, están unidos por puentes de comunicación que pueden echarse en caso de necesidad, de modo que si una enfermedad epidémica invadiera al edificio, el pabellon donde se manifestase podria ser bien pronto aislado de los demás y aun de todo el establecimiento.

El patio ocupa una superficie de quince mil metros, todo sombreado de olmullos y materialmente tapizado por acirates de manzanilla, cuyo perfume sano y amargo respiran los enfermos.

A la vista de mil restos de tantas generaciones pasadas han abierto los presidarios los cimientos de este edificio, y cada azadonazo que daban sobre la arena servia para desenterrar y poner de manifiesto tumbas, urnas, medallas romanas, rosarios de vidrio, monedas, crucifijos, corazas, es decir, Roma y la Edad media, el Paganismo y el Evangelio, ¡todo mezclado y confundido en el mismo polvo, en el mismo olvido! ¿Quién podria acreditar mejor el triunfo del gran principio divino de la igualdad y la fraternidad que este reposo comun entre los hombres de todas las creencias y de todos los siglos en el seno materno de la tierra?

Ahora como no suponemos á ninguno de nuestros lectores ignorantes de la vida interior de un convento, hospital, cuartel ó cosa parecida, pasarémos por alto la descripción de este, seguros de que los que nos acompañen con su lectura preferirán mejor una vuelta por sus vistosos y perfumados alrededores, que por el interior monotonó y triste de un hospital. Efectivamente, allí dentro admiráramos el orden, la

policía y buen gobierno que rigen, pero esto si alguna vez cambia la salud del enfermo, no cambia su condicion, y la tristeza subsiste siempre con el mal estar, al paso que si buscamos una compensación en la naturaleza y el reino de las flores, hallarémos consuelo para todas las miserias, compañeras de la humanidad.

Allí sin duda iríamos á aumentar el dolor de los enfermos excitando su envidia con nuestra buena salud, aquí por el contrario será excitada la nuestra por esas simétricas tablas de flores, cuya variedad, perfección y corta vida parecen decir al hombre que es indigno de disfrutar largo tiempo su candorosa compañía, aun cuando nada posea que pueda suplir sus encantos. ¡Qué seria de las mujeres si tuvieran boca y corazón las flores!

Visitemos al paso la capilla del hospital, que bien

merece la pena. Ha sido construida bajo el plano del templo del Sol en Roma, donde fué á buscarlo el mismo señor Bernard, al encargarse de dirigir los trabajos de San Mandrier. Es de forma circular, y un modelo de gracia y de buen gusto; su recinto es de piedra sillera, y su cúpula está sostenida en el interior por diez y seis columnas apareadas de orden corintio, y en el exterior por veinticuatro de orden jónico, las cuales saliendo un metro y medio del recinto, forman todo al rededor una hermosa galería de donde se apercibe un magnífico panorama. La iglesia no tiene mas que un altar, y este un cuadro representando el bautismo de san Mandrier por san Cipriano. Detrás del ala Sud del hospital hay una vasta cisterna cuya cavidad se evalúa en dos millones de litros, y alimenta el servicio general del establecimiento: sobre su bóveda se ha formado una hermosa azotea que conduce por una escalera de piedra á las tarimas de los jardines que hay en la colina. Nada mas gracioso que esos jardines suspendidos cuya armoniosa y sabia disposición recuerda las azoteas aéreas de Semiramis. Son obra de un hombre inteligente que desde 1828 ha consagrado su vida á hacer de este rincón del globo uno de los sitios mas amenos y divertidos del mediodía de la Francia; este hombre es el señor Roux, ingeniero de los trabajos hidráulicos, y que ha dirigido en persona los obras de todos los edificios de San Mandrier.

Cuando sus funciones como arquitecto han concluido, entónces ha llevado su actividad extraordinaria, aprendida en los duros trabajos de su oficio y en el cumplimiento de los deberes austeros de la familia, hácia un fin tan grandioso y mucho mas poético que el primero: ha sembrado de árboles de todas especies, y flores de todos climas la pendiente de la colina; la ha nivelado y cubierto de caminos con una inclinación tan suave, que subiendo apénas se apercibe que uno escala el cerro mas escarpado del país. En fin, puede decir con el gran rey: « San Mandrier me pertenece. » Dos pabellones construidos en mitad del cerro, rodeados de fuentes y de flores, contienen el uno su familia y el otro los materiales de su doble existencia, es decir, sus planos, simientes, compases, podaderas, y su manual del jardinero.

Luego, ántes de llegar á estos pabellones, se encuentra una inmensa cisterna formada por dos depósitos concéntricos, cuyos muros describen en la roca un arco de 70 metros, y cuyas vertientes van á parar en la inferior del hospital: esta contiene 5,000,000 de litros. Recibe todas las aguas del cerro, las cuales vienen á parar en un terraplen construido sobre su bóveda, y tallado de sumideros con tres piés de profundidad, en el fondo de los cuales se depura el agua filtrando por una espesa capa de arena. No es solamente notable por su forma y dimensiones, sino por un prodigio de acústica que la casualidad le ha procurado. Comienza á ser tan célebre el eco de San Mandrier, que bien pronto será conocido de todo el mundo viajador. El fenómeno de la repercusión es tan completo, que un pistoletazo lo repite 70 veces, y la voz humana se ve tan fielmente reproducida, que muchos sencillos y supersticiosos campesinos han salido horrorizados de la cisterna, creyéndola una sucursal del infierno, poblada de nigrománticos, encantadores y hechiceros. Sin embargo esto no impide que algunos en extremo despreocupados entablen diálogos con el eco que hacen echar á correr ó taparse los oídos. Hizo la experiencia uno de nuestra compañía con un bonito juego de palabras del cual no queremos privar á nuestros lectores.

- Eco, buenos dias.
- Buenos dias, buenos dias.
- ¿Estás bueno?
- Bueno, bueno, bueno.
- ¿Dí, qué quieres mas, la bolsa ó la vida?
- La vida, la vida.
- ¿Y de los hombres y las mujeres?
- ¡Las mujeres, las mujeres!
- ¿Sabes? en el mundo hay batahola.
- ¿Hola? ¿hola?
- ¿Y qué será esta confusion?
- Fusion, fusion.
- ¿Qué quisieras tú, paz ó guerra?
- ¡Guerra, guerra, guerra!
- Pues á Dios.
- ¡A Dios, á Dios!

Así por el estilo unas mas tontas otras mas agudas, todo se reduce á un juego de palabras, sostenidas en el aire como la vibración de una campana.

Saliendo de la cisterna se sube por cincuenta escalones de piedra á unos parterres cubiertos de una vegetación ecuatorial. Inmensos grupos de pinos embalsaman de resina los senderos que cubren con su sombra; los muros que sostienen las espalderas están tapizados de yedra y de aloe; por todas partes se ven mazorcas de hiniestas grandes como olivos, y cuyos ramos de flores doradas forman un contraste deslumbrador con la verde y austera sombra de los cipreses y cactus. Las plantas mas exóticas se ven confundidas con las flores las mas delicadas, así los lentiscos con las alheñas, el romero con las dalias, el serpolio con los rosales, los brezos con la balsamina; geranios con unas hojas anchas como panipanos, verbenas como árboles, y troncos de hinojos balanceando su cabeza á cuatro metros de elevación. Luego en los ángulos abrigados y favorecidos por el sol, se admiran los hermosos vegetales y productos extraños de la flora africana, como las higueras berberiscas, y los cactus-pitas que, en nada desmerecen de los que bordan los caminos de la Bulgaria: el año pasado uno de estos ha arrojado su tronco á treinta piés

de elevación, y su flor, parecida á un gran candelabro, ha crecido durante veinte y ocho dias un centímetro y medio por hora. Finalmente en los puntos mas calurosos no falta la batata ni el plátano, cuyo fruto á medio madurar no era menos dorado que los racimos de dátiles de las palmeras vecinas. Y en medio de todo esto ¿cuántos pájaros cantadores? ¿cuántos ruiseñores y jilgueros!...

Por cualquier lado que vuelva la vista se descubren hermosos horizontes, verdes llanuras, montañas y rocas célebres por varios recuerdos gloriosos; allí está el Faron en cuyos precipicios mil ochocientos republicanos, sorprendidos por los ingleses, desaparecieron á los gritos de: ¡viva la república! el pequeño Gibraltar que fué el pedestal de las glorias de Napoleón: las gargantas de Ollioulles, esas Termópilas provenzales, donde un ejército piomontés fué aniquilado, y detrás de esta cadena los ribazos del Gemenos y San Baume, cantados por Delille.

Pero lo que mas hay que admirar son esas magníficas lontananzas del mar vistas entre dos montañas como por la tronera de un castillo. Cuando nosotros estábamos vimos atravesar en el panorama dos fragatas que á toda vela se dirigian cargadas de tropa hácia el punto á donde todo el mundo fija sus miradas en la actualidad. ¡Cuántos infelices irian que no volverán tal vez!

Por la última vez al retirarnos nos volvimos para contemplar, al través de una bruma enrojecida por el crepúsculo, la capilla de san Mandrier, perdida entre los cactus como un ermitaño en el Africa, y esa hermosa orilla coronada de un verdor reluciente, donde el gobierno con una solicitud verdaderamente paternal ha gastado ya por sus hijos incapacitados en su servicio mas de ocho millones, y en donde centenares de presidiarios han trabajado durante veinte y cinco años en erigir monumentos tan bellos como útiles, tan preciosos para el arte como para la humanidad.

Revista de Madrid.

El mes de mayo ha abierto las puertas á la primavera y ha vestido de hojas los árboles y de ilusiones las almas. Mientras duran los frios del invierno, sobre todo en estas regiones meridionales, el espíritu se reconcentra y repliega dentro de sí mismo, é involuntariamente se entrega á la meditación. Pero con las flores que se abren y con las brisas que refrescan la atmósfera, se abren á la vez, y se sienten fortificados los espíritus.

En las grandes ciudades, sin embargo, las estaciones no ejercen todo su influjo. El arte suplente en ellas á la naturaleza. Cuando no hay flores en los campos las finge la mano de la florista ó el pincel del pintor y no se echan de ménos los trinos de los pájaros al oír las alegres músicas que pueblan de dulces armonías nuestros teatros y nuestros salones.

De aquí resulta que las transiciones de una á otra estación del año no son tan bruscas en las ciudades como en los pueblos y aldeas. En estas se pasa de los campos cubiertos de nieve á las campiñas que doran la espigada mies y esmaltan las flores. Las ciudades no tienen espigas, ni flores, ni nieves. En invierno las chimeneas y las sofocantes estufas nos sirven de sol, y en verano los suelos de mármol y las altas techumbres hacen el papel de brisas refrigerantes. Así es que la estación del verano, que es risueña y amena en los campos, suele ser triste en las ciudades. No nos da nada de lo que tiene, y siempre viene á quitarnos algo de lo que formaba nuestro encanto.

Esta verdad se hace en los momentos presentes doblemente sensible para los habitantes de Madrid. La primavera que no nos ha dado flores ni enramadas pobladas de aves canoras, se nos ha llevado una mujer que derramaba en nuestras almas los torrentes de armonía que nos niega Flora, habitadora de los campos. La inspirada Gazaniga que ha hecho las delicias del público de Madrid durante las largas veladas del invierno, se ha separado de nosotros, dejando en pos de sí recuerdos que no se borrarán. Su voz vibra todavía en nuestros oídos y su pasión enciende todavía nuestras almas. Hemos oído cantar bien muchas veces; pero nunca sentir mas lo que se cantaba. Su voz se compone de emanaciones directas de su alma, y las notas que salen de sus labios podrian formar muy bien el lenguaje universal, soñado por Leiniz. Pero volviendo á nuestra célebre cantora, debemos consolarnos del abandono en que nos deja puesto, que no es mas que transitorio y que la ansiedad en que estamos aumentará el placer que recibamos al volverla á ver entre nosotros. El señor de Urries, empresario del Teatro Real la ha contratado para el año próximo, como así al tenor Malvezzi, y en esto ha hecho un verdadero servicio á los aficionados al arte lírico-escénico.

Para desquitarnos de la pérdida del Teatro Real, si esto puede verificarse, el Teatro del Príncipe que dirige el señor Arjona, nos ha dado dos obras dramáticas de gran mérito literario. Hablamos de la *Rica hembra* y la *Judit*, la primera, obra de los simpáticos jóvenes señores Aureliano Guerra y Tamayo, y la segunda del señor Cervino. Ambas á dos han alcanzado un grande éxito, mayormente la de los señores Guerra y Tamayo que está escrita con una conciencia y mucho conocimiento de las leyes que rigen á la perspectiva teatral. El mismo coliseo del Príncipe prepara para estos dias un drama del señor Asquerino (D. Eusebio), titulado:

Dos Reinas, del que hablan muy bien las gentes de bastidores, y que creemos desde luego que abundará en todos esos nobles sentimientos y grandes, aunque algun tanto falsas imágenes, que revelan una alma poseída del deseo del bien y á quien aconseja y guía la austera virtud.

¡Le virtud! He aquí la grande iniciadora de los secretos del arte. Un corazón recto debe sentir bien y con solo reproducir sus sentimientos hará vibrar fuertemente las almas, en las cuales, aun las mas dadas al vicio, hay por lo ménos una irresistible inclinación á admirar las ideas generosas y las empresas magnánimas. Al hablar aquí de la virtud, no la reducimos á los estrechos limites del hogar doméstico y á las relaciones que establece la caridad, sino que la damos mayor extensión y la hacemos significar todo aquello que implica sacrificio, ya se haga por una idea ó por una institución, ya lo inspire un sentimiento de amor ó un movimiento de indignación del alma contra lo absurdo ó lo perverso. Así explicada, comprende la idea de lo que se llama virtud cívica, ó sea esa grande pasión hácia la cosa pública que hace al hombre renunciar á sí mismo y consagrarse por entero á la patria! Esta virtud es la que puebla la historia de hechos magnánimos y de ejemplos heroicos que mantienen templada en el alma de los pueblos la fibra del entusiasmo.

En nuestros dias el sentimiento de la patria parece debilitarse; pero no se extingue: vive latente en el fondo de todos los corazones y al menor acaso los extremece con la misma violencia que en los pasados siglos. Mientras la sociedad tenga lazos de amistad y de amor, mientras nuestra imaginación no pueda prescindir en sus recuerdos de la idea de las localidades, en tanto que el hombre continúe en sí una tradición de ideas y de sentimientos que se pierde en sus antepasados y que forma la historia, la patria será una verdad y su nombre sonará grato en nuestros oídos. Cuando no haya otra patria en el mundo, lo será la tumba de nuestros padres, de nuestros hijos y de nuestros hermanos. Si todas nuestras esperanzas tendieran á hacernos cosmopolitas y ciudadanos del universo, todos nuestros recuerdos nos ligarian á un punto dado de la tierra y allí estaría nuestra patria.

Estas consideraciones nos encaminan á ocuparnos de una obra escrita por un expatriado, en vindicación y gloria de su patria. El señor Villergas ha publicado recientemente un libro consagrado á vindicar á la España de los agravios que la ha inferido una pluma extranjera. El folleto del señor Villergas se reduce á probar á un escritor americano, llamado Sarmiento, que cuando se quiere hablar de un país como la España que tiene su historia, su carácter, sus costumbres y su lengua, debe empezarse por estudiar esa lengua, ese carácter, esas costumbres y esa historia. Lo demás es seguir el trillado sendero abierto por la ignorancia y la ligereza del espíritu francés, que dominado de la gran necesidad de producir efecto con las ideas y las cosas, inventa estas y aquellas, y puebla las crónicas del pasado y la historia del presente de un mundo de quimeras, haciendo increíble hasta la misma verdad á puro vestirla los girones de una imaginación extraviada.

No entraremos á juzgar aquí si el libro del señor Sarmiento es en su totalidad un tejido de fábulas, y si todo en él está dictado por el afán de singularizarse y de hacer interesante y curiosa la lectura, á despecho del buen sentido y de los deberes que la verdad impone á todo escritor: no hemos leído la obra del folletista americano, y no queremos imitar á los mismos á quienes deprimimos, siguiéndolos en la tarea de hablar de lo que no entienden y de hacer pinturas de capricho sobre el cuadro de la historia literaria ó política de una nación; pero si dirémos que el folleto del señor Villergas ha sido un saludable correctivo á los errores del señor Sarmiento, y que ha hecho el ingenioso crítico un gran servicio á su patria vindicando su nombre, levantando en una tierra extraña una voz elocuente en su defensa y echando ese guante atrevido á los que la deprimen sin conocerla.

Decir que el folleto del señor Villergas es ingenioso y que está sembrado de conceptos agudos y discretos, sería hacer de él un insignificante elogio, tratándose de un escritor cuyas obras han sido admiradas por todos los que se entretienen en amenas lecturas, y que ha sacado del olvido en que yacia el *estilo incisivo* y acerado con que grabó en mármoles el ingenioso Quevedo las gracias de su fecundísima imaginación. Lo que admiramos en el libro del señor Villergas, es lo que esperamos ménos en él.

Como todo grande artista, el escritor de que nos ocupamos lleva la pasión á sus discursos y á sus palabras, y esta es la que les comunica el realce que tanto impresiona nuestro ánimo, y la que les da las grandes proporciones que las hacen salirse de la medida común. No somos nosotros de los que reprueban esta conducta. Creemos por el contrario que la frialdad de espíritu está reñida con toda convicción profunda, y que aquel que habla ó escribe con un singular calor es porque recibe de lleno las irradiaciones del entusiasmo que refleja sobre su alma el acontecimiento ó el hombre que trata de bosquejar. Cuando el espíritu ve la verdad de frente, no quiere resignarse á transacciones ni á pacto con la mentira. Lo mismo sucede en las artes con la imagen de la belleza. Si una vez impresiona nuestro ánimo lo hace para llenarlo de sus perfecciones y para exaltarle hasta la admiración. El entusiasmo es la verdadera musa del poeta.

A pesar de esto no debe desconocerse que á parte de la razón de estética que llevamos apuntada, influya á

as veces otra de carácter en las apreciaciones mas ó ménos fuertes que se hacen de las cosas. El señor Villergas es uno de los escritores en quienes influye á la vez ese doble móvil. Comunmente, cuando niega ó concede alguna cosa, lo hace de un modo absoluto y sin dejar lugar á duda respecto al juicio que le sugieren los temas de sus obras. No vayais á decirle que la fisonomía que pinta con tan graciosos colores tiene una berruga en la nariz ó una arruga en la frente: (el tipo interior que vive en su alma, y en que se inspira, es de una absoluta perfeccion), y así os le ha de trasladar al papel, sea ó no parecido al sugeto que se propone reproducir. Por el contrario, en los cuadros que bosqueja con las hieles de su sátira, no queda ni un ligero claro donde penetre el mas pequeño rayo de luz á iluminar una perfeccion. No le preguntéis de donde toma esos tipos y esos colores: su cuadro es bello, ingenioso, armónico: he aquí lo único que la critica le puede exigir: él tiene otras medidas para ajustarlas á las cosas, pero una vez apreciada su extension, se ve que conviene exactamente á los lienzos sobre los cuales pinta sus grandes tramoyas humanas. Apesar de todo esto, lo que pone el carácter en los escritos no siempre suele ser conveniente al arte. A las veces, un momento de mal humor hace falta á las condiciones de forma de un escrito, que de otro modo seria admirable. El genio que lo inspiró es siempre el mismo; pero la bñis que cayó sobre el papel al formular el juicio ó la idea, manchó tal vez algunas de sus mas bellas páginas.

He aquí la razon que tuvimos ántes para decir que en la obra reciente del señor Villergas admirabamos algo que no es muy frecuente en él; hablamos del dominio que su talento ha sabido ejercer sobre su carácter, y de la paciencia con que durante cien páginas ha tenido á su enemigo entre sus manos, jugando y entreteniéndose con él, sin despedazarlo de un solo golpe, ó lo que es lo mismo de una sola plumada. Esto prueba un progreso en la inteligencia del señor Villergas que queremos hacer constar. El *Sarmenticidio* es un libro modelo en lo tocante á critica fina y discreta.

Agradezca pues la España el obsequio que le envia uno de sus mas ilustres hijos desde la tierra extranjera en que vive. El público ha premiado ya este nuevo tributo de su ingenio, acogiendo y leyendo con avidez su libro; la critica debe hacer mas, debe alentarle á no abandonar la pluma y á no dormir en el ocio, cuando la gloria de su país reclama sus esfuerzos, y en los momentos en que la España renace á las letras y á las artes, y aspira á laureles que ya tiempos atrás ornaron sus sienas triunfadoras.

Efectivamente, la España progresa. Como una muestra de sus adelantos no hay mas que ver la importancia y grandeza que va adquiriendo su capital. Madrid se ha embellecido notablemente en estos últimos años, ensanchando sus calles, regularizando sus edificios, hermoseando sus paseos y mejorando notablemente sus establecimientos públicos. Con la traida de aguas á Madrid, vá ser esta capital de las mejor dotadas del mundo en un punto en que tanto conviene á su grandeza. Actualmente no tiene mas que 500 rs. de agua para abastecer á una poblacion de cerca de 300,000 almas. Cuando venga el rio Lozoya tendrá mas de 60,000. Entonces se verán nacer los jardines por todas partes y los alrededores de esta vasta poblacion perderán ese aspecto triste y sombrío que tenían hace pocos años y que aun conservan en gran parte.

A todos estos notables adelantos debe unirse el que se está realizando en la Puerta del Sol, la cual va á ser ensanchada notablemente, dándola cerca de 60.000 piés cuadrados sobre los que actualmente cuenta. Al efecto hay que derribar gran número de casas y la pequeña iglesia del Buen Suceso, que ha sido por donde ha empezado la demolicion. Los amigos de antigüedades, aguijados por los enemigos del proyecto de reforma, han invocado tradiciones gloriosas para que se respetase ese monumento del arte. Sin embargo, ese célebre monumento no era mas que una pobre iglesia cuyo misérrimo aspecto resaltaba doblemente por hallarse en el sitio mas concurrido y brillante de la capital. Los dueños de tiendas y los propietarios de las fincas han armado un grande escándalo sobre si la obra proyectada es ó no de utilidad pública, y por lo tanto si debía aplicarse la ley de expropiacion; pero el consejo provincial ha decidido que conviene al decoro y al ornato de la Côte el ensanche de la Puerta del Sol y la demolicion ha empezado.

Ya que hemos hablado de la Puerta del Sol, no hemos de guardar silencio sobre una máquina expuesta en la misma, y que segun el dictámen de algunos sabios ha resuelto el gran problema del movimiento continuo. Los periódicos han hablado de ella con diversidad de pareceres; pero en el pais de Montemayor y de Cacabelos no hay que fiar mucho de todos esos partos de la inteligencia que se anuncian como destinados á resolver las mas arduas cuestiones que han agitado al mundo. Apesar de esto prometemos dar en nuestra próxima Revista mayores detalles sobre este pretendido descubrimiento.

RAMON DE SATORRES.

Biografía de D. Juan Arólas.

(Artículo primero.)

D. Juan Arólas, célebre poeta español, nació en Barcelona el dia 20 de junio de 1805, y murió en Valencia el 25 de noviembre de 1849. Era su padre un acomodado comerciante, cuyas operaciones mercantiles le hicieron

en 1814 abandonar la capital de Cataluña y establecerse en Valencia. Juan, que acompañó á su padre, tenia entonces nueve años, y estudió gramática latina en las Escuelas Pias. Sintióse desde luego inclinado á emprender la carrera eclesiástica, y sus padres para contraer su vocacion le pusieron de manifesto los compromisos que contraia abrazando el estado religioso, como si previesen de una manera intuitiva la lucha interior que semejante estado le obligaria á sostener. Pero el niño, que no habia entrado aun en la edad de las pasiones, ignoraba seguramente el influjo que estas ejercerian mas adelante en su espíritu, y permanecia firme en su propósito. No adivinaba que los encantos de una mujer le incitarian mas de una vez á intentar romper las ligaduras de votos que le tendrian amarrado á los altares, y que en los combates que se comprometia á sostener con los instintos de la naturaleza, ántes de hallarse en disposicion de medir todas las consecuencias de su empeño, parodiaria mas de una vez á san Jerónimo cuando se hallaba próximo á sucumbir bajo el peso de sus recuerdos. « En el seno de los desiertos, dice el santo, en vastas soledades abrasadas por el sol, ¡ cuántas veces han asaltado mi imaginacion las delicias de Roma! Sentado en el fondo de mi retiro, con el alma llena de hiel, enflaquecido, extenuado, negra la cara como la de un etiope, se iban demacrando mis miembros bajo el asqueroso saco en que me envolvía. ¡ Siempre lágrimas! ¡ siempre gemidos! Invocaba á Dios, lloraba, hacia oracion, y cuando el sueño me venia despues de haber luchado tenazmente con él, mi cuerpo desnudo se desplomaba como inerte en la árida sierra. Yo me habia condenado á estos suplicios para librarme del fuego del infierno. Pero ¡ ay! en tan lúgubres desiertos, sin mas compañía que fieras y reptiles, mi imaginacion me arrastraba entre las danzas de las vírgenes romanas. La penitencia habia desfigurado mi rostro, y deseos infames abrasaban mi corazon. La concupiscencia seguia aun devorando con su fuego un cuerpo enflaquecido, una carne muerta ántes que el hombre. Entonces invocaba al Señor, lloraba, rezaba dia y noche, me golpeaba el pecho, y no cesaba de rogar á mi Dios hasta que volvía la calma á mi espíritu. Llegué á pasar sin comer semanas enteras, sin atreverme siquiera á entrar en mi celda, donde habia estado bajo la presion de tan criminales pensamientos, y buscaba los valles mas profundos, las fragosidades mas ásperas, las montañas mas inaccesibles para entregarme á la oracion y á los suplicios, como verdugo desapiadado de mi carne siempre rebelde. Testigo es Dios de que allí, despues de derramar torrentes de lágrimas, fijas siempre en el cielo mis miradas, me elevaba victorioso entre los ángeles, y bajo el influjo de las celestiales visiones que me extasiaban, decia: — ¡ He llegado á vos, Dios mio, atraído por el olor de vuestro incienso! »

Algo parecido á esta lucha debió pasar en el espíritu del malogrado Arólas, cuyas poesías líricas revelan tanto amor, y cuyos cantos religiosos revelan tanta fe. A pesar de su corazon sin hiel y lleno de uncion evangélica, á pesar de su carácter apacible y bondadoso que tan digno le hacian de consagrarse al servicio de Dios, no vacilo en decir que Arólas erró su vocacion, y que este error, cuyas consecuencias previó al parecer el instinto paternal que tan rara vez se engaña, abrevió sus dias despues de haberlos amargado.

Inflexible, como he dicho, en su resolucion, el joven Arólas cumplió los dos años de noviciado, prescritos por la regla de los Esculapios, en Peralta de la Sal, donde, segun una biografía que tengo á la vista, se entregó con tanto ardor al estudio de los autores clásicos y sagrados, que sus maestros se vieron mas de una vez obligados á esconderle los libros. Allí compuso sus primeros ensayos poéticos, que le fueron ya inspirados por el amor; el retiro, la monotonía de la vida monacal aceleraron al parecer el desarrollo de sus pasiones en lugar de ahogar su germen. El amor arrancó á su lira sus primeras vibraciones, su *Libro de amores*, sus *Poesías pastoriles* y sus *Cartas amorias*, que demuestran ya un corazon abrasado por la fiebre, una imaginacion que delira, un deseo que, sin conciencia del mismo que lo ha sentido nacer, tiende inútilmente á satisfacerse. El *Libro de amores* es una version bastante libre de unas elegías latinas de Juan Second, y diriamos, si no fuese una traduccion, y si á la sazón Arólas hubiese ya profesado, que es la primera tentativa del sacerdote para romper los hábitos que le aprisionan. Arólas dió á sus capítulos el significativo título de *Besos*, y su biógrafo, aunque empeñado en ocultar á las miradas del público las tempestades que agitaban al desventurado poeta, dice que « el alma dominó á la cabeza en estas composiciones voluptuosas y acres, como llama *Saint-Preux* al beso de Julia; el corazon del novicio rompía con sus ardientes latidos el negro sayal de Calasanz; la edad triunfaba de la razon, el poeta del hombre. » No, la edad no triunfó en Arólas de la razon, sino de su vocacion impremeditada de niño que le arrastró á un estado incompatible con las pasiones que en él se desarrollaron siendo ya adulto; no, el poeta no triunfó del hombre, sino que el hombre empezaba á ponerse en pugna con el futuro sacerdote. Y lo que digo del *Libro de amores* podria decirlo igualmente de las *Cartas amorias*, que si bien ménos voluptuosas que las elegías de Second, son tambien una prueba de lo muy oprimido que debía hallarse el corazon de Arólas bajo los hábitos monacales. Por lo demás, dichas cartas, inspiradas por el primer amor, son como este dulcísimas, y fluye de todas sus estancias un deleite que embriaga. Las *Poesías pastoriles* son lo que deben ser, sencillas como el alma de su autor, llenas de imágenes que no son ménos encanta-

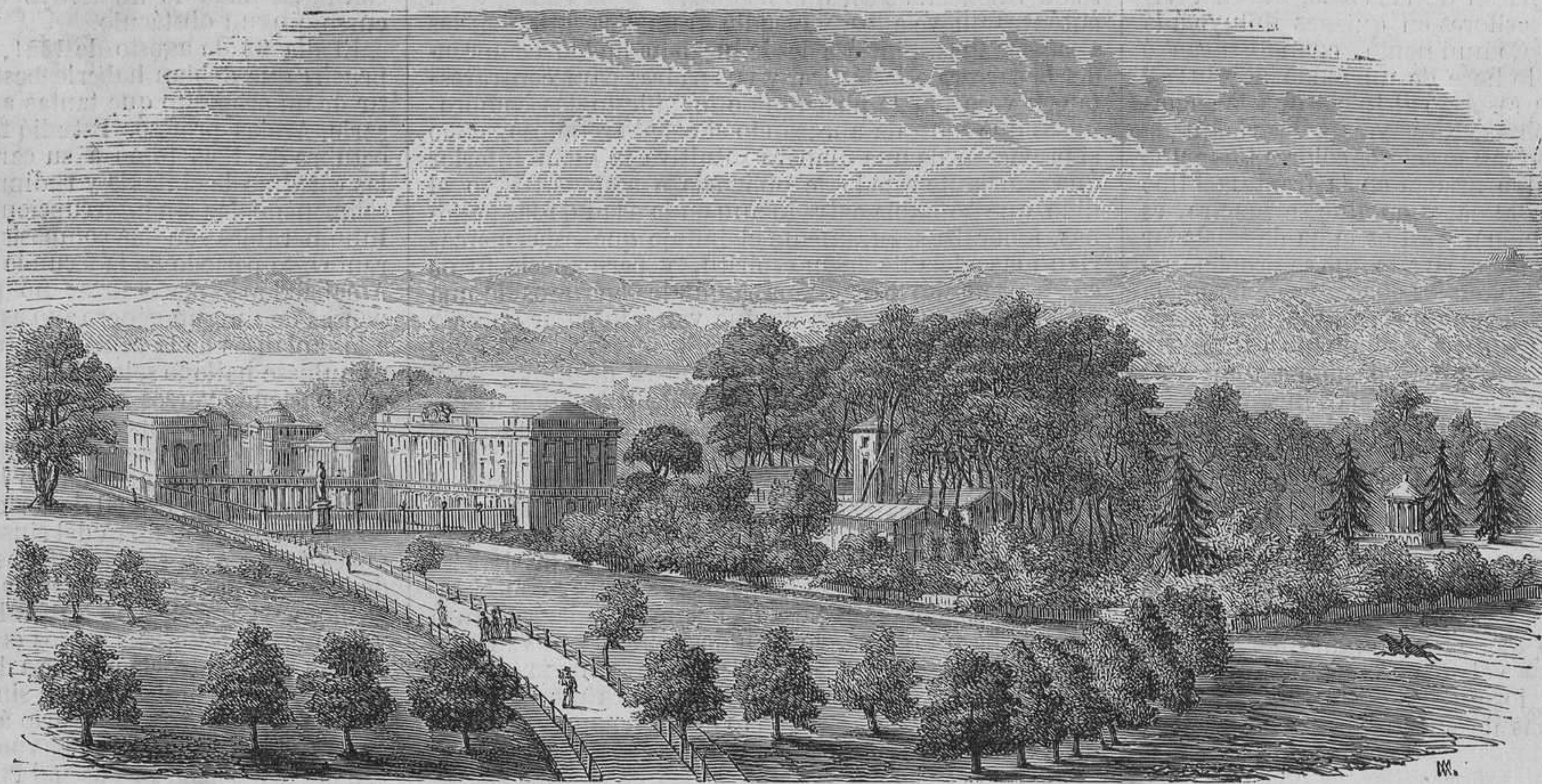
doras que las del Génesis, y su versificacion se desliza con la facilidad de un arroyo que no encuentra en su curso ningun obstáculo.

El dia 23 de agosto de 1821, despues de dos años de prueba que debian haberle bastado para hacerle desistir de un propósito que tantas amarguras habia de causarle, Arólas profesó. Estudió filosofía y teología, y en octubre de 1825 tomó á su cargo en las Escuelas Pias las cátedras de sintáxis y rudimientos de latinidad, desempeñándolas sin interrupcion por espacio de 17 años. Innumerables son las composiciones que brotaron durante este período de la fecunda imaginacion del poeta. Amaba el arte por el arte; no pedía á su lira recompensas de ningun género; no aspiraba siquiera con ella á los aplausos de la multitud; hubiera cantado aunque se hubiese hallado solo en el mundo. Pudieramos decir que haciendo versos se sometía á una ley de su propia naturaleza, y le importaba al parecer muy poco perder los frutos de sus meditaciones sin que nadie los recogiese, como pierde los suyos la datilera que se levanta solitaria en un arenal desierto. Cantaba en la soledad de su celda á la manera del sinsonte en las forestas vírgenes de América solo habitadas por él, y sus torrentes de armonía pasaban tambien desapercibidos cual los de la filomena americana. Naturalmente tímido y excesivamente modesto, sus versos eran en cierto modo un secreto que se atrevia apenas á depositarlo en el seno de su mas íntima amistad. Esta sin embargo ejerció en él bastante influjo para obligarle á sacar su nombre de la oscuridad en que lo tenia envuelto, y alentado por ella, fundó en 1833 con D. Pascual Perez, escolapio tambien, el *Diario mercantil de Valencia*. Escribió para dicho periódico algunos artículos suficientes para acreditarse de buen prosista. Pero si bien su prosa está excelentemente construida; si bien el lenguaje que emplea cuando no habla el idioma de los dioses es mas castizo, mas puro, mas castigado que el que usa en sus versos, los cuales con la tiranía de la rima y del ritmo, le obligan mas de una vez á pasar por encima de las prescripciones de la sintáxis y de la prosodia; si bien su prosa, como la de todos los grandes versificadores, se distingue por la amplitud de la frase, casi siempre mas holgada que el concepto, y por la cadencia musical de sus períodos, Arólas con razon ó sin ella llegó á figurarse que no era la prosa el vehículo mas propio y mas natural de sus inspiraciones. Volvió á tomar la lira para no soltarla ya hasta que combates interiores se le arrancaron de las manos al mismo tiempo que del cerebro le arrancaban la razon; y, ¡ cosa rara tratándose de un poeta de provincia! logró producir sonidos que vibraron en el corazon de todos los poetas de España.

Digo de los poetas y no del público, pues el público, exceptuando el de Valencia y el de Cataluña, aun en la actualidad conoce apenas las poesías y el nombre de Arólas, y no porque dichas poesías carezcan de los requisitos de que todas las obras deben estar dotadas para popularizarse, sino porque la lira de un poeta de provincia, por bien templada que esté, encuentra raras veces en el resto de la nacion ecos que reproduzcan sus sonidos. Es necesario que un poeta cante en Madrid para que su voz resuene en toda la España; así como es necesario que cante en Paris ó en Lónres, ó en alguna de las metrópolis del mundo civilizado para que su voz resuene en toda la Europa. La importancia de los escritores y de cuantos cultivan un ramo cualquiera del saber humano, está en razon directa de la que tiene el país en que se revelan, como si la patria y el hombre se engrandeciesen recíprocamente. Si Byron y Walter Scott, si Beranger y Victor Hugo hubiesen nacido en España, su nombre no seria universal, aunque hubiesen producido las mismas obras maestras á que deben su justa fama; y si Arólas hubiese cantado en Madrid, su nombradía, como la de Espronceda, seria al ménos nacional, aunque no se hubiese dado á conocer por otras producciones que las que publicó en provincia. Verdad es que el genio de Arólas, si se hubiese desenvuelto en Madrid, seria en realidad mayor; así como el de los hombres eminentes que hemos citado nunca hubiera adquirido tan gigantescas proporciones si hubieran florecido en España. Sabemos cuanto contribuye á extender los conocimientos de un individuo su contacto permanente con una sociedad culta; sabemos cuanto influye en el desarrollo del talento el hábito de ver, y oír siempre lo mejor, y es indudable cuando ménos que si Arólas hubiese cultivado el suyo en la córte, no hubiera incurrido en algunos defectos de lenguaje que empañan con frecuencia sus bellísimas composiciones. Rara vez ó nunca deja de mejorar un escritor de provincia transplantado á la capital, no solo porque adquiere un habla mas castiza, sino porque siente ensancharse el círculo de sus conocimientos á medida que se dilata el de la sociedad en cuyo medio vive, y se le abre un número mayor de fuentes en que beber sus inspiraciones. No es esto decir que no haya en las provincias poetas y literatos capaces de rivalizar con los de mas mérito de la córte; no es esto decir tampoco que no haya en la córte poetas y literatos que valen tan poco como los que ménos valen en las provincias. Todo lo contrario: creemos que en ninguna parte es tan fácil como en la capital de España usurpar una reputacion, y si nos fuese lícito emplear nombres propios citaríamos el de algunos escritores medianos y hasta detestables que han logrado desde la córte una celebridad que en las provincias ni siquiera se discute, y que hasta ahora no la han concedido á Arólas sus contemporáneos. Afortunadamente la posteridad es siempre justa, y coloca á cada cual en el lugar que le corresponde en la historia. A. RIBOT Y FONTSERÉ.

Una vista á Marengo y á sus monumentos.

Marengo, ese lugar que despierta en la imaginacion tantos recuerdos, no era ni siquiera una villa, en la época en que, miserable caserío, iba á ser teatro de un acontecimiento gigantesco. Aun no se veía en él el grupo de casas que ha salido de la tierra á derecha é izquierda de la torre, construida en otro tiempo por Teodorico, rey de los godos. Al principio del siglo, solo era una granja y una posada. Colocada humildemente en el camino de Génova á Turin, en la vasta y risueña llanura del Po, que los Alpes guarnecen al



Vista general de la villa de Marengo.

Norte, y los Apeninos al Mediodía, y que baña el río Bórmida, la posada recibía á los traganantes y carreteros que venían de Turin, Alejandría, Parma, Placencia y Novi. Los años, los hielos y el humo habian impreso sus señales en sus paredes. La casa tenia dos pisos. En el primero vivía el posadero y su familia. En el piso bajo estaba la cocina, y una sala que servia de comedor y de punto de reunion á los viajeros; además otra pieza, reservada exclusivamente á las personas de distincion.

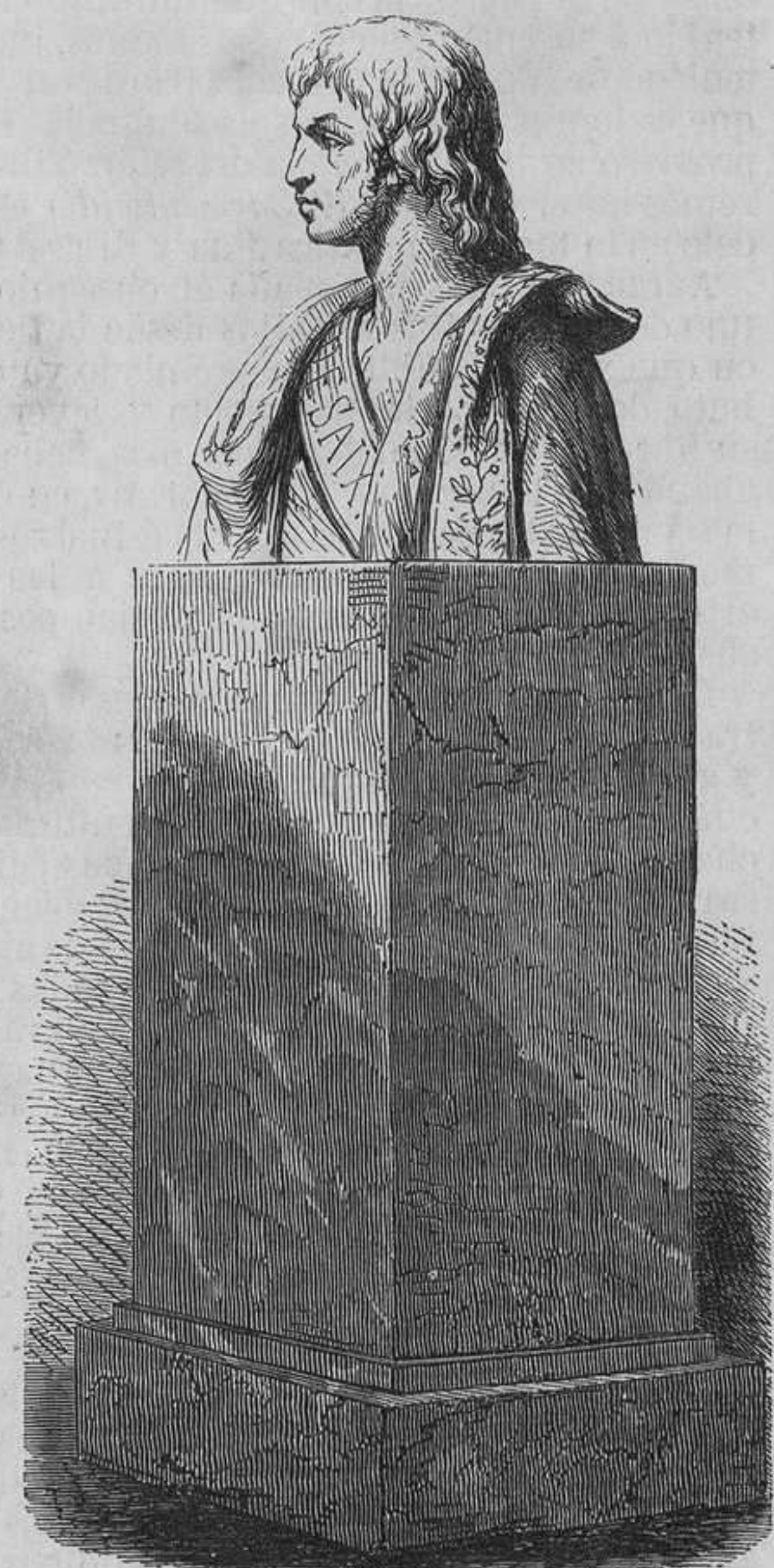
Este cuarto tenia



Estatua de Napoleon.

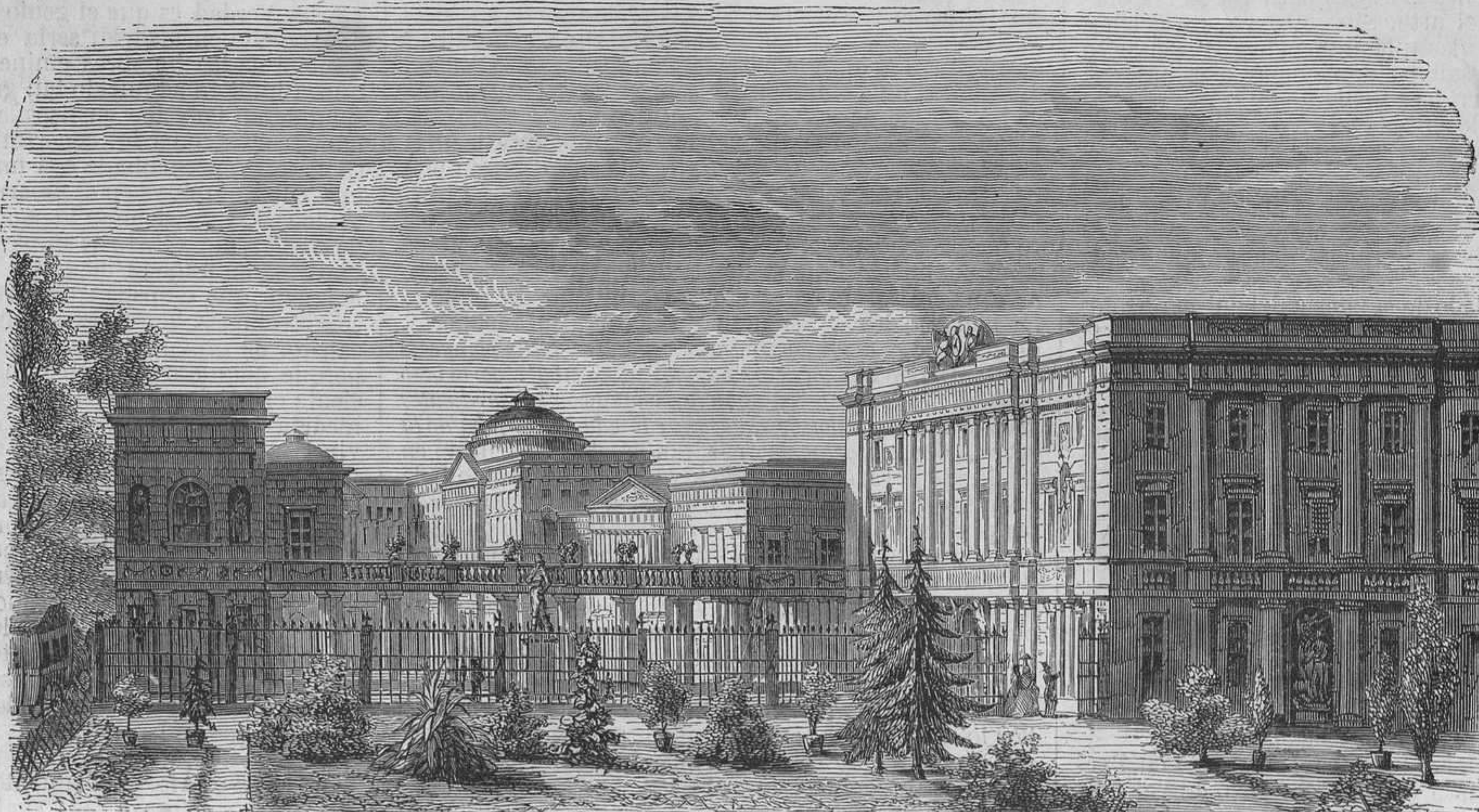


Capilla mortuoria.



Busto de Desaix.

5 metros de largo y 7 de ancho. El techo, sostenido por siete vigas, era de maderas toscas, pintadas de azul. Largos listones amarillos, cortados por frisos de yeso, constituian su ornamento; en el centro habia una espaciosa chimenea; en frente, una ventana con reja por fuera y vidrios polvorosos por dentro. Una mesa pesada ocupaba el delantero de la ventana; esta mesa servia de escritorio. Sobre ella habia una escribanía de estaño ennegrecido, que constaba de dos recipientes entre los cuales se erigia un tubo para recibir verticalmente las plumas. Tintero histórico, predestinado á cosas gran-



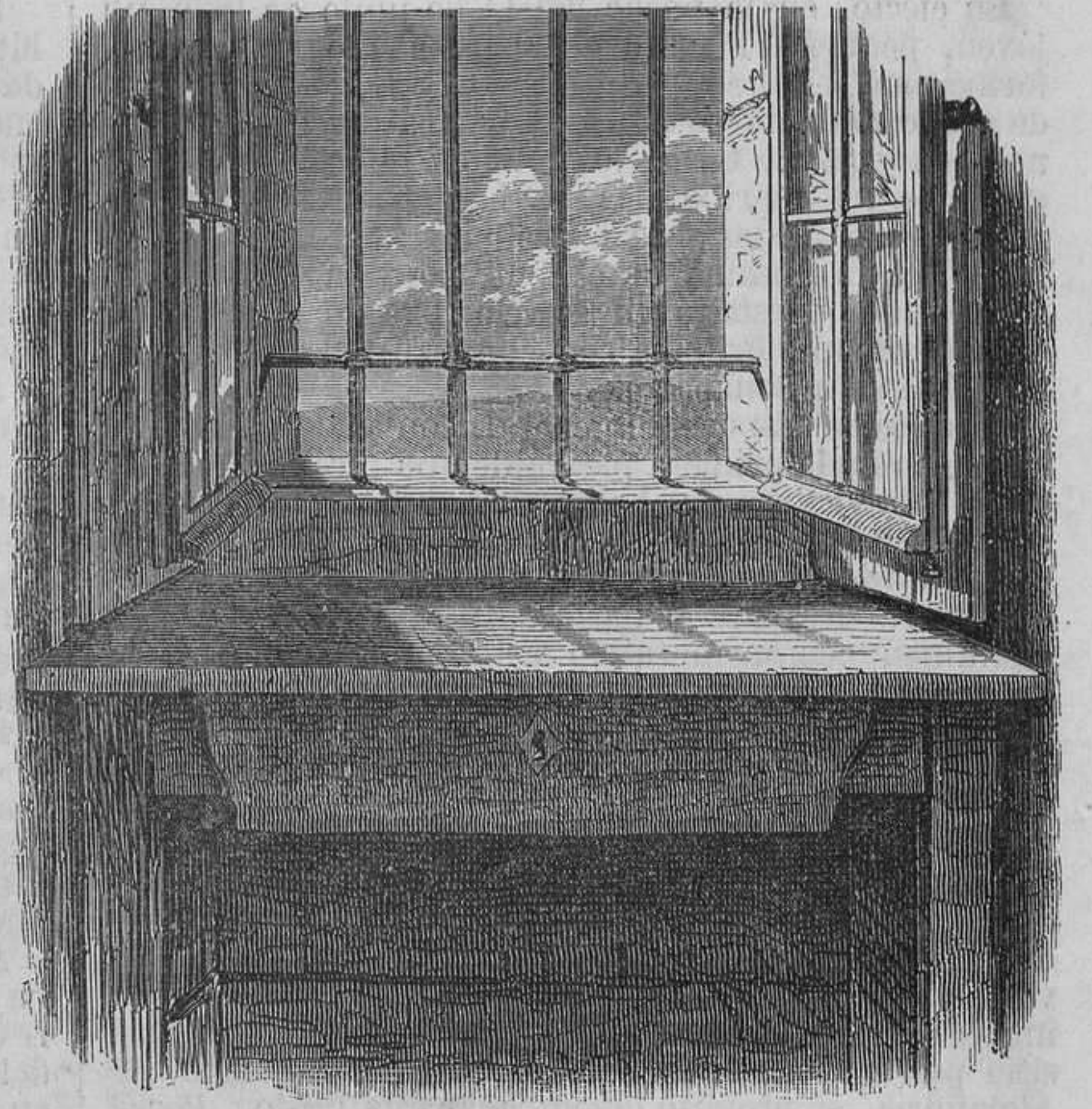
Museo de Marengo.

des! Junto á esta mesa habia una silla baja, cubierta con un terciopelo verde, que mostraba ya el tejido. Las otras sillas eran de paja tosca.

Hablemos solo con respeto de este cuarto y de sus muebles ya históricos. Esta modesta habitacion está poblada de recuerdos grandiosos. Si Bonaparte derrotó los ejércitos de Austria en la llanura de Marengo, entre estas humildes paredes ganó despues de su triunfo militar una victoria diplomática. Allí se desenlazó el drama de Marengo, y se preparó uno de los acontecimientos mas notables de aquella época. En aquella silla se hallaba sentado el primer cónsul, en



El Fontanone.

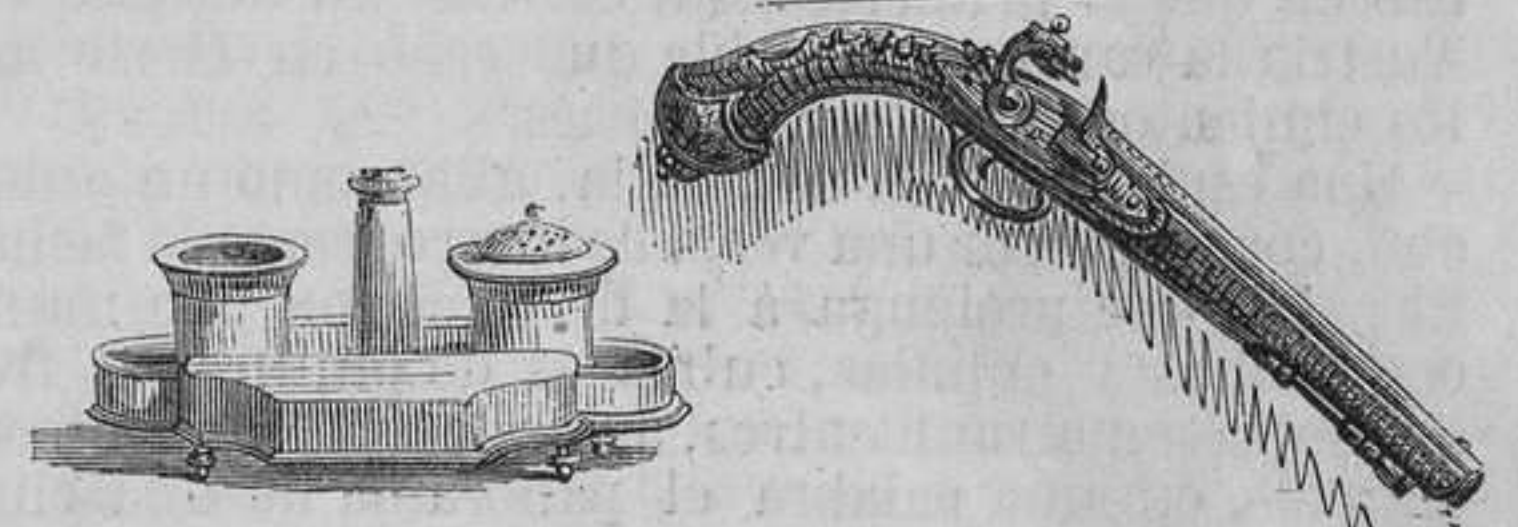
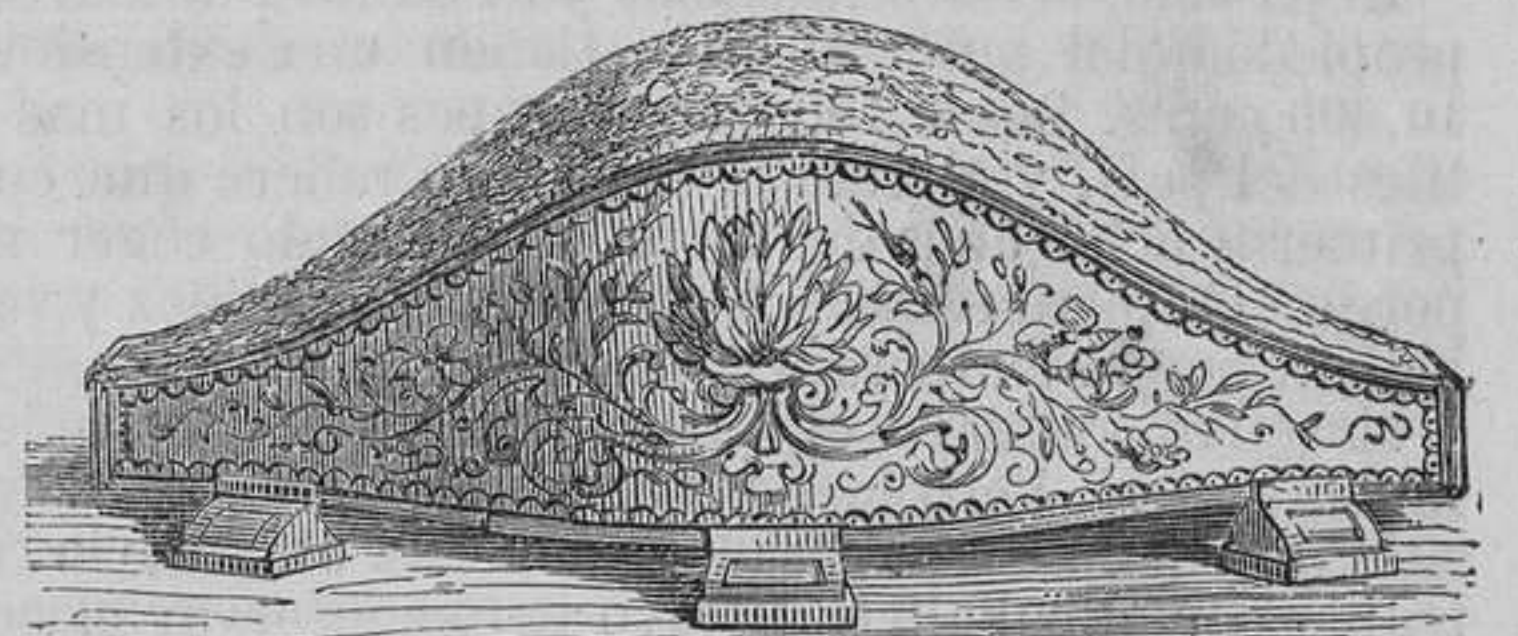


Mesa que ha servido á Napoleon.

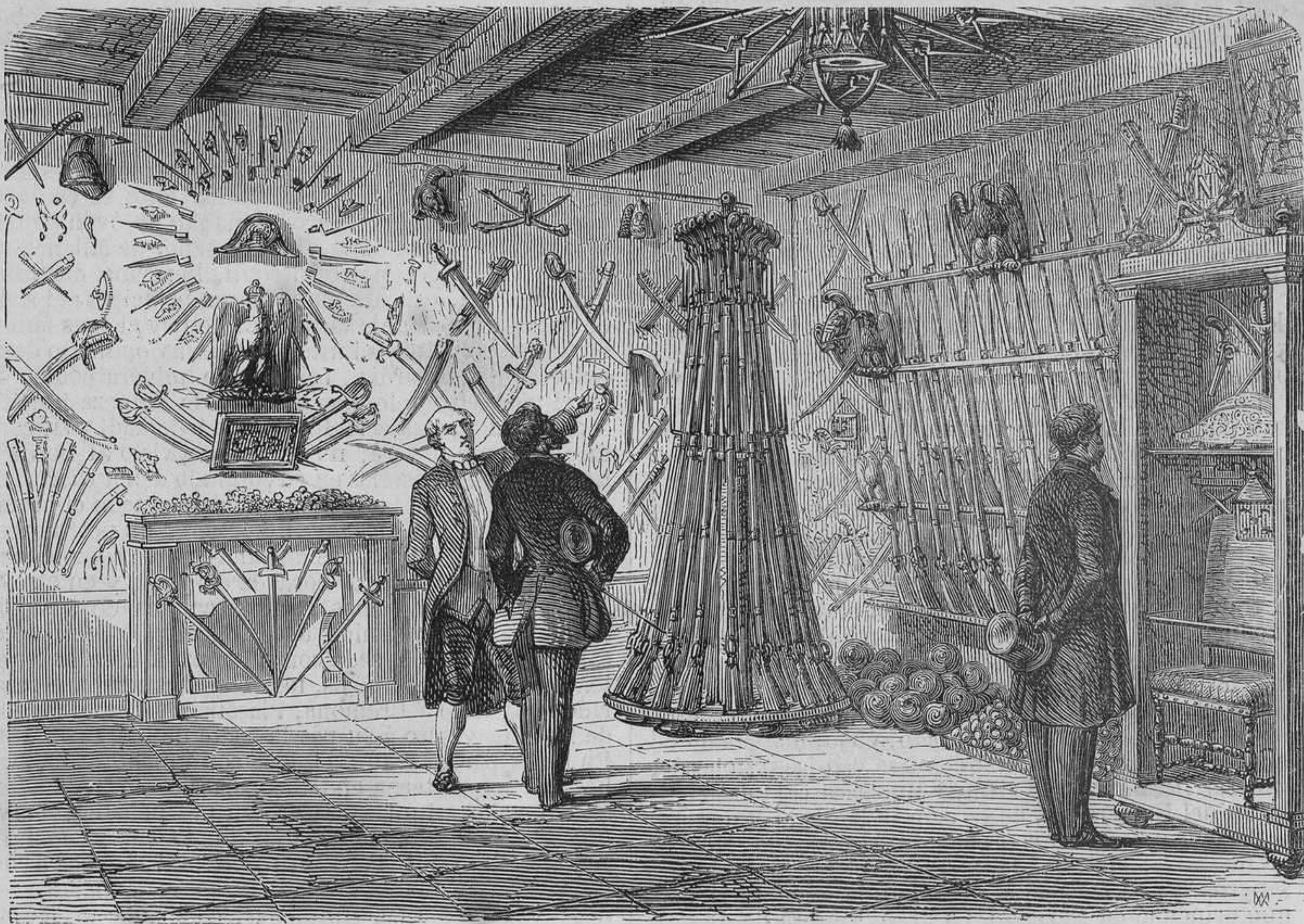
aquella mesa se apoyaba, en ese tintero mojaba la pluma soberana, cuando despues de la batalla dirigió al emperador Francisco I° de Austria proposiciones de paz que este aceptó. Paz gloriosa, que consolidó el

triunfo de Bonaparte, prefacio de su advenimiento al trono imperial.

Agréguese á la posada un jardin de algunas toesas, un pozo con brocal de granito, sobre el cual se apoya



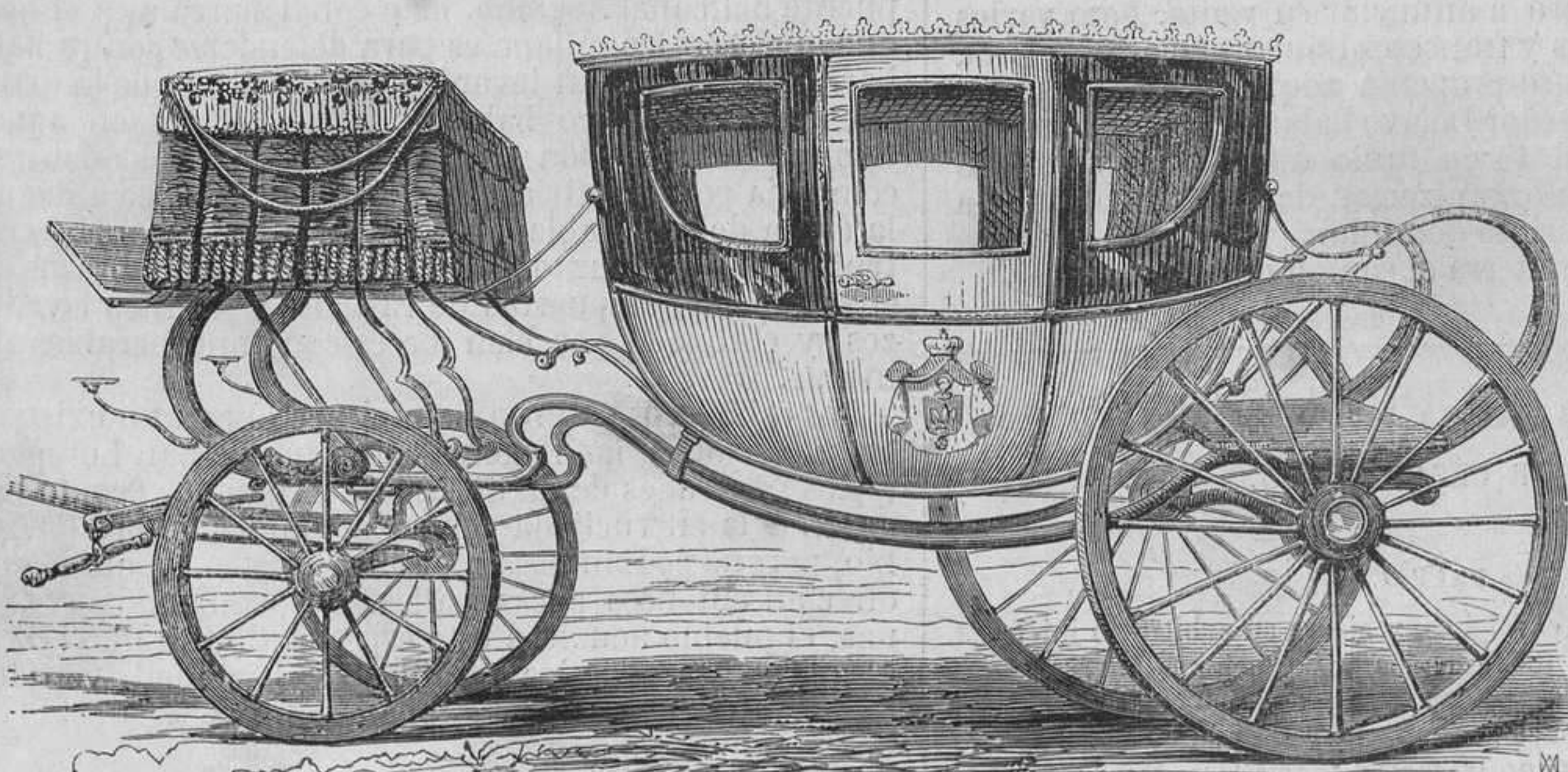
Algunos objetos de la coleccion.



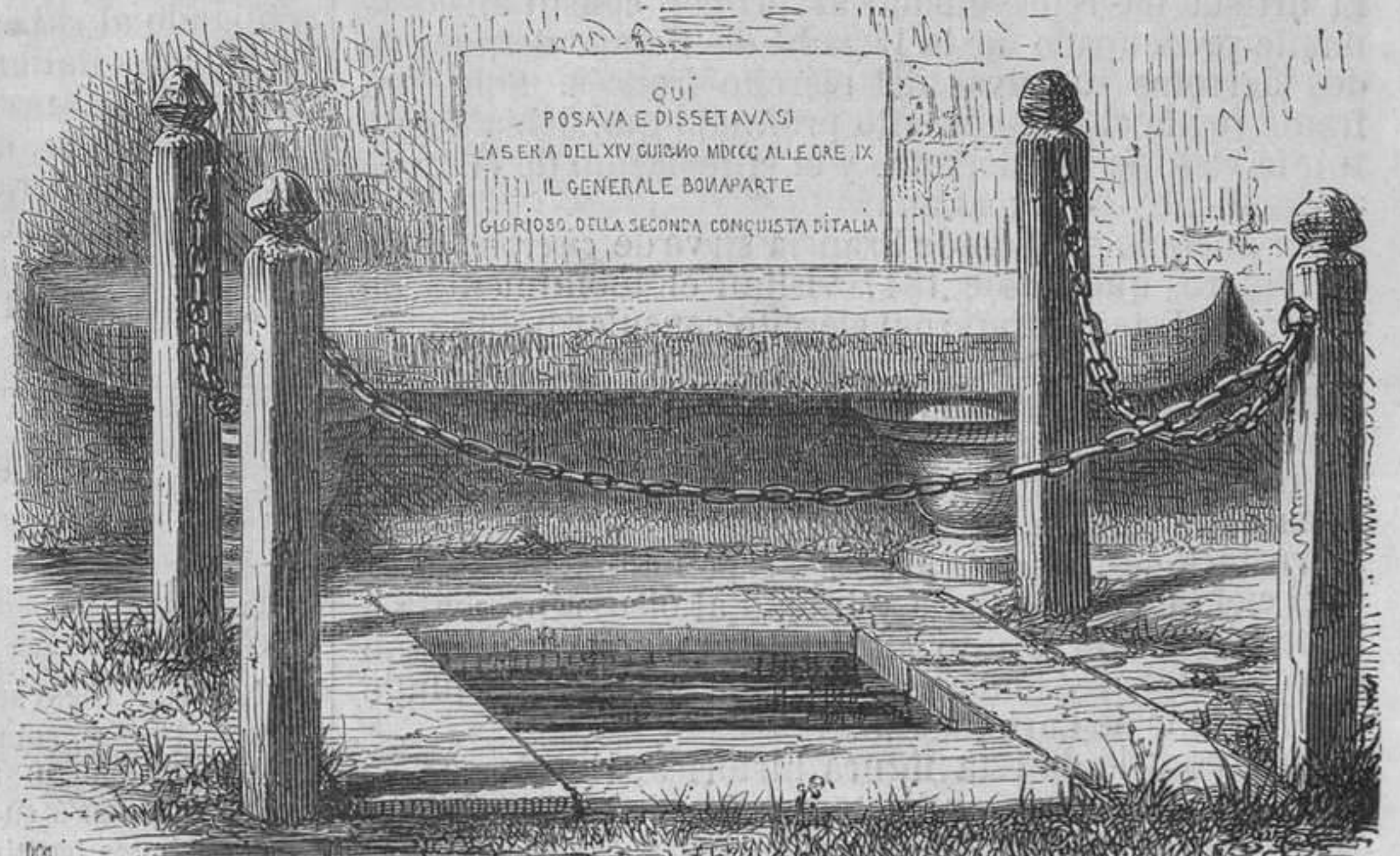
Sala del museo de objetos históricos.

un momento el primer cónsul, y donde apagó la sed con su estado mayor, mientras el enemigo era perseguido. Un poco mas allá se ve la llanura que se inclina un poco; un riachuelo ya célebre, el Fontanone lo atraviesa con sus tres brazos en cruz que parecian por una

rara casualidad, predestinados á convertirse en gloriosos sepulcros. Reconstrúyase con la memoria este paisaje, y se tendrá idea exacta de lo que era Marengo en el primer año de este siglo, antes de ilustrarse con indelebles recuerdos.



Carruaje imperial.



Pozo donde Napoleon apagó su sed la noche de la batalla.

En efecto, en la noche del 14 de junio de 1800, un joven, pequeño, flaco, con largos cabellos, y un uniforme azul, envuelto en un capote gris, tomó posesión de este cuarto de posada que hemos descrito. Por la mañana y por la tarde, los gemidos de los heridos, los gritos de los moribundos, se habían mezclado con el ruido de las armas y de los cañones; pero los últimos rayos del sol iluminaban el contraste y la embriaguez del triunfo; y este joven se veía rodeado de oficiales, cuyo semblante brillaba con el fuego del entusiasmo. Este joven era Bonaparte.

Cinco años después, el general, convertido en emperador, ponía la primera piedra de una pirámide consagrada a la victoria que había sido el primer escalón de su ambicioso poder.

Más tarde, cuando la victoria abandonó sus banderas, se vio desaparecer hasta el último vestigio de este monumento conmemorativo. Esta llanura de Marengo, cuna de la gloria imperial, tierra regada con la sangre francesa, no podía ser profanada, ni carecer de un monumento que eternizara la gloria de los soldados de Francia.

Un hombre ha habido, animado de nobles sentimientos, un italiano, amigo del pueblo francés, admirador de las glorias del primer cónsul, que ha emprendido esta obra: él ha sacrificado su fortuna y empleado su vida en comprar esa tierra y erigir un palacio y un museo digno de los acontecimientos que tuvieron aquel sitio por teatro. El caballero Juan Antonio Delavo, de Alejandría, se propuso desempeñar esta misión. Por él se ven rodeados de respeto los combatientes que murieron en aquella jornada.

El palacio, las dependencias y la llanura de Marengo, propiedad del señor Delavo, tienen una extensión de 10,300 acres. Desde 1800, sus campos son los más fértiles del país, y el campesino sardo refiere que en los primeros ocho años del siglo no se pudo coger nada porque las plantas crecían con excesiva rapidez y se doblaban por la exuberancia de su savia.

Marengo conservó el mismo aspecto por espacio de muchos años. Pero la escena cambia desde 1847. En el sitio que ocupaba la posada se levanta un palacio construido por el caballero Delavo para conservar el cuartito en que el primer cónsul escribió a Francisco I^o de Austria la carta memorable que echó en cierto modo los cimientos del imperio francés.

Una esplanada con una tapia, alta como un antepecho, coronada por una verja de hierro, cerca la fachada. El palacio se prolonga a la derecha por una muralla con flechas y cúpulas, cubiertas de pinturas al fresco que representan anfiteatros, arcos de triunfo, panteones, templos, en una palabra el panorama de una ciudad suntuosa y triunfal.

Cuando el Emperador estaba en su apogeo, se pensó en construir en Marengo una ciudad con el nombre de *Ciudad de las Victorias*.

El plan era grandioso. Pero la caída del imperio impidió su ejecución. Delavo ha hecho pintar en los muros que tocan al palacio la vista de la ciudad proyectada.

En medio de la esplanada se ve la estatua del vencedor de Marengo.

El 14 de junio de 1847 inauguró el caballero Delavo el monumento que le había costado tanto dinero y perseverancia. La estatua del primer cónsul fué descubierta en medio de entusiastas aclamaciones. La multitud que había acudido a la fiesta, pudo visitar el jardín, el palacio, los trofeos y las reliquias. La función se terminó con iluminaciones y fuegos artificiales que no se han olvidado. ¿No era un espectáculo tierno ver la magnificencia desplegada por un extranjero en un país extranjero para rendir homenaje al genio militar de Bonaparte y a la gloria de Francia? La historia no cuenta en sus páginas muchas acciones semejantes.

La estatua del primer cónsul descansa en una base de granito rojo de los Alpes, símbolo de inmortalidad y recuerdo imponente del monte de San Bernardo. El zócalo está circunvalado por una verja de granito verde, en la cual se han labrado doce columnitas unidas por cadenas de hierro.

Esta estatua, obra de un artista italiano eminente, el caballero Cacciatori, representa al héroe en actitud meditativa, con la mano derecha en el pecho, medio oculta por la casaca, y la izquierda apoyada en la espada. La cabeza está descubierta, y la banda ciñe su cintura. El artista ha representado al primer cónsul ansiosamente preocupado de la llegada de Desaix después de dos derrotas sucesivas del ejército francés. Sobre su frente brilla el pensamiento profundo que debía sustituir la victoria a la derrota, y el entusiasmo de la tarde al desaliento de la mañana.

Un anciano soldado de Francia sirve de *cicerone* a los extranjeros que desde 1847 visitan el monumento de Marengo. Este veterano del ejército consular habla bien del francés, el italiano y el alemán.

En primer lugar conduce a los curiosos por una escalera de mármol a los pisos superiores del palacio, y los introduce en una galería dedicada a la apoteosis de Bonaparte. En ella se han prodigado los dorados, luces, incrustaciones, un lujo artístico espléndido.

El cielo de esta galería, pintado al óleo, representa a Napoleón con el manto imperial, poniendo una mano sobre el globo, y teniendo en la otra el cetro del mundo con la efigie de Carlomagno.

En presencia de esta figura histórica, el guía se descubre, se apoya en su bastón, se inclina y rinde una especie de adoración estática a su héroe, al dios de las batallas modernas.

La epopeya napoleónica se despliega en las otras habitaciones: un cuadro especial se ha consagrado en cada una de ellas a una victoria, y la de Marengo, el recuerdo épico que circundan los otros, termina la narración del pintor. Cuando el guía ha llegado a este último lienzo, no deja de decir lo que el primer cónsul, antes de salir de París, poniendo un dedo profético en el mapa, en el punto en que el camino de San Julian conduce a Marengo, dijo a su secretario: « ¡Pobre Melas! ¡aquí lo alcanzaré, y allí lo batiré! »

Junto al vestíbulo del palacio hay esculpidos medallones representando los retratos de los mariscales Lannes, Víctor, Marmont, y el general Chambrat; no lejos de allí está la cuadra donde fueron amontonados los heridos de la batalla; las paredes han conservado en cierto modo las señales de las gloriosas y tristes convulsiones de las heroicas víctimas. En las cocheras se guarda el coche que sirvió a Napoleón en 1805 al coronarse en Italia.

El guía no quiere todavía abrir el piso bajo; este es el desenlace misterioso de las visitas, dice él; volverá más tarde; por de pronto guía al *Fontanone*, al punto en que se divide en tres partes, y donde las falanges de los dos ejércitos se estrecharon veinte veces antes de que la victoria se pronunciara.

A la derecha del riachuelo, famoso por esta batalla, hay invernáculos con plantas exóticas, entre otras, flores y helechos de *Santa Elena*, y un sauce procedente del que dió sombra al sepulcro de Napoleón hasta el día en que el príncipe de Joinville fué a buscar los ilustres despojos.

Un vasto jardín cubre la orilla derecha del *Fontanone*, y ve elevarse en un sendero retirado una capillita coronada con una cruz y con esta inscripción: « *Ai prodi di Marengo!* ¡A los valientes de Marengo! Rodeada una verja que deja entrever grandes urnas que contiene las cenizas de los héroes; y el propietario ha hecho trasportar allí los restos humanos que la llanura, cavada por todas partes, ha restituido; hoy mismo paga a peso de oro los que descubre el azadón ó el arado. Junto a esta capilla se hallan el busto de Desaix, y una piedra tumular con una N esculpida, figurando el sepulcro de Napoleón.

Un poco más distante hay un *belvedere* que domina la llanura, levantado en el sitio mismo que ocuparon el Emperador y la emperatriz Josefina el 14 de junio de 1803, cuando asistieron a un simulacro de la batalla de Marengo, con que inauguró Napoleón su coronación en Italia.

Pero ya ha llegado el momento de visitar el piso bajo del palacio. El veterano lo anuncia gritando: « ¡Ahora ya podemos entrar! Este piso bajo está dividido en dos partes: »

La de la derecha contiene los tres cuartos que formaban parte de la posada. Con mucho ingenio ha podido conservarse enteramente la pieza en que se paró Napoleón la tarde del 14 de junio de 1800. Hoy está como entonces, con sus vigas viejas y su techo azul, con su piso de ladrillos, su gran chimenea, paredes amarillas y frisos de yeso. La mesa se halla colocada en el mismo sitio, delante de la ventana. La silla de terciopelo, el tintero y la pluma de 1800 se conservan. Nada se ha modificado; la diferencia consiste en haber colgado en las paredes los objetos hallados en la llanura: bayonetas, fusiles, espadas, baterías, sombreros de la guardia consular, cascos de la caballería de Kellermann, tambores, mochilas, todo estropeado, viejo, manchado de sangre y barro. Entre otras cosas se ven las pistolas del general Desaix con su cifra, y una rica caja del sombrero del Emperador, de terciopelo bordado y dorado.

Los curiosos salen con pena de este recinto llamado el *santuario*; él trae a la memoria el recuerdo de las sangrientas escenas de la guerra, y la fabulosa Iliada, que principió en Marengo. La gran sombra de Desaix y el genio de Napoleón dominan todas las imaginaciones. Allí están como vivos: ellos revelan el ardor del culto perseverante que su propietario profesa a la época napoleónica. Solo se puede concebir esto sabiendo que su padre, el señor Delavo contemporáneo del primer cónsul, conducía sin cesar a su hijo, desde su tierna edad, al campo de batalla de Marengo, y que allí le inculcaba los sentimientos a que ha consagrado su vida con tan religiosa fidelidad.

Un instante se ha podido creer que este asilo fuera profanado, puesto que circunstancias imperiosas habían obligado al caballero a anunciar su venta. Pero varios periódicos italianos y franceses han anunciado que una compañía francesa se proponía adquirir a Marengo, y que al saberlo, el señor Delavo había diferido la subasta señalada para el 14 de junio último con el objeto de dar tiempo a la organización de la sociedad que ha de conservar el glorioso dominio.

¿No posee la Inglaterra el campo de Waterloo?

MARGARITA PUSTERLA.

POR CÉSAR CANTU.

PREFACIO.

La fama tiene sus caprichos, y ejerce su arbitrario juicio en muchas cosas, sobre todo en las importaciones literarias. A veces una nación solo conoce a los mediocres autores de su vecina, quien a su vez se halla en el mismo caso, en tanto que reputaciones legítimas no traspasan la frontera, que no debiera existir para ellas.

Nosotros creemos que estas reflexiones se aplican en cierto modo a *Margarita Pusterla*. La escuela de la novela histórica en Italia, que tiene por maestro a Manzoni, no ha producido ninguna obra, que con cualidades muy diferentes, y sin el menor vestigio de imitación, merezca mejor la comparación con las obras del autor de *Promessi Sposi*.

Los defectos de Cantu pueden apreciarse diversamente, pero solo puede existir la unanimidad respecto de sus cualidades; un sentimiento literario elevado, una erudición sólida y concienzuda, bella exposición de caracteres, una inspiración moral recta, el sentimiento patético, la expresión fuerte a veces y feliz de la energía y de la sensibilidad, ¿hay muchos novelistas célebres de quienes se puede decir otro tanto? La Italia ha descubierto estas cualidades en *Margarita Pusterla*. Nosotros confiamos en que la traducción, intérprete siempre un poco pálido (1), no las ocultará completamente a los lectores. Ellos no buscarán, sobre todo en los primeros capítulos, el rápido interés que tienen otras producciones de menos valía. Ellos comprenderán que esta es una de aquellas obras que reclaman por su extensión grandes preparativos, y que ni el mismo Walter Scott no resistiría la crítica que recayera sobre el principio de sus novelas. Con esta condición nosotros creemos que el talento del autor ejercerá en el público español todo el influjo que ha ejercido en Italia.

MARGARITA PUSTERLA.

Lector, ¿has sufrido? -- No. -- Este libro no es para tí.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA MARCHA TRIUNFAL.

A principios de marzo de 1340, los Gonzaga, señores de Mantua, habían celebrado congreso pleno en su ciudad. Mesas públicas, músicas, saltimbánquis, payasos, fuentes de vino, ellos habían prodigado toda la pompa que los tiranuelos, que habían reemplazado los gobiernos libres en la Lombardia, habían llamado en su socorro para deslumbrar a las almas generosas, encantar a los frívolos y captar al pueblo, siempre seducido por falsas apariencias. Tres mil caballeros habían acudido a esta fiesta, con trajes vistosos cubiertos con las más ricas armaduras fabricadas en Milan, y montados sobre corceles herrados con plata. Entre ellos se contaban muchos milaneses, que acompañaban al joven Bruzio, hijo natural de Luchino Visconti, señor de Milan. Eran, Jacobo Aliprando, Mateo Visconti, hermano de Galeas y de Bernabé, que después fueron príncipes; el señor de Gallarate, jefe de la familia Crivelli, y el más famoso de todos, Franciscolo Pusterla, el más opulento de los señores de Lombardia. También se hubiera podido decir el más feliz de los mortales, si la riqueza humana contuviera alguna certidumbre de felicidad, y si, como más adelante se verá, no se hubiera visto al borde de un abismo de miserias en cuyo fondo debía caer.

Estos campeones milaneses habían ganado el premio del torneo de Mantua. Consistía este en un potro soberbio, de quinientos zequíes de valor, negro como el azabache, la mantilla azul bordada de plata, y en otro caballo bajo con manchas blancas en dos de sus piés; además se habían unido a ellos dos trajes, uno de escarlata y otro de seda con forro azul. Para hacer ostentación de estos trofeos, los vencedores habían recorrido en triunfo a Cremona, Plasencia y Pavía, de donde habían vuelto a su patria el 20 de marzo de 1340. En todas partes eran recibidos con mucho regocijo. El hombre se prosterna en todas partes como por instinto ante el valor triunfante; pero su prestigio era mayor que nunca en aquella edad en que la fuerza material reinaba sin rival. Por otra parte, los pequeños despotas veían con placer alimentado el valor por los torneos y las batallas simuladas, como vieron en otro tiempo al pueblo exhalar su curioso humor y su afición a la disputa por medio de facciones teatrales y literarias. Por esta causa Milan envió al encuentro de sus caballeros una escolta compuesta de los principales señores y de la corte; y después de haberse detenido en el espléndido castillo de Belgiojoso, se encaminaron todos hacia la ciudad, en donde entraron con grande aparato por la calle de San Jorge.

Después de haber cruzado el arrabal de la ciudadela, ya ceñido por una muralla, se presentaron a la puerta del Tesino, que se abría en el punto que ocupa hoy el puente del canal *Naviglio*. Este canal marca aun el foso que abrieron los milaneses para defenderse contra Barbaroja. Un terraplen levantado con la tierra de la excavación era su único baluarte, pero bastaba en aquel tiempo en que cada ciudadano era un soldado, que combatía por la patria y por la libertad. Poco antes de la época de que hablamos, Azzone Visconti había construido en este punto un muro de diez mil brazas de círculo con once puertas de rastrillo y puentes levadizos, y coronado por cien torres con innumerables almenas.

Los caballeros pasaron bajo el arco hoy aun existente, y costearon las famosas columnas de San Lorenzo, restos venerados de la antigüedad romana. Pronto llegaron a la encrucijada conocida con el nombre Carrobio, porque podían pasar por ella carretas, ventaja que ofrecían entonces pocas calles. Suspendiendo sus faenas, el pueblo acudía a este espectáculo, atraído por la alegre algazara de los heraldos de la ciudad, vestidos de púrpura, que se adelantaban con sus trompetas de

(1) *Traduttore, traditore*, dicen los italianos: traductor traidor.

plata hacía los guardias de la puerta con coselete blanco y escarlata y capas del mismo color. Ellos precedían al cortejo escoltando al porte-bandera, que llevaba el estandarte con las armas de las diversas puertas sembradas al rededor de una víbora negra en campo de plata.

— ¿Quién es esa dama cubierta de terciopelo y oro? preguntó un niño.

Sus padres le respondieron:

— La princesa Isabel, esposa de aquel reluciente de acero, cuya cimera corona una víbora que se come á un niño revoltoso. Se llama Luchino, nuestro señor. ¿Ved qué fortuna tener un señor tan valiente y una señora tan hermosa!

— ¡Eh! mirad, añadía un compadre empujando á su vecino con el codo, ¡qué cambio de ojeadas entre ella y Galeas!

— ¡Eh! replicaba el vecino guiñando el ojo, parece que se conocen de larga fecha.

Y empezábase la crónica escandalosa: referíanse las afrentas que se hacían mutuamente Isabel y su marido. Con efecto, Luchino venía un poco atrás sin la menor vergüenza, rodeado de sus hijos naturales Forestino Brosio y ese Bruzio de que hemos hablado, ambos nacidos de diferentes madres.

Luchino era hijo del gran Mateo, quien, después del arzobispo Ottone Visconti, con valor é intrigas había alcanzado el señorío de Milan con el título de vicario del Imperio, capitán y defensor de la libertad. Galeas había sucedido á Mateo, y á Galeas su hijo Azone. Muerto este, Luchino había sido reconocido señor en la asamblea general de los milaneses el 17 de agosto del año anterior; pero como se desconfiaba de una juventud indómita y disipada, se le había asociado para el gobierno á su hermano Giovanni, obispo y señor de Novara. ¿Porqué el pueblo, que conocía sus defectos, lo había escogido, ó porqué no había restaurado la libertad? Mal conocerá el carácter popular quien extrañe semejante cosa. Luchino en el poder eliminó muy pronto con astucia á su hermano, el cual buen católico, sacerdote y ansioso de gozar en paz de las riquezas y de su bello continente, renunció voluntariamente á los negocios públicos.

Luchino poseía ese valor militar que puede asociarse con los vicios y aun rayar en la infamia. Avaro de promesas, intrépido para cumplirlas, rápido en los proyectos y en su ejecución, aumentó sus dominios sin dejarlos morder. Jamás sintió afecto mas que hacía sus bastardos. Nunca supo perdonar, ni se fió en el hombre á quien había ofendido una vez. Para disimular el odio ó la venganza, para seguir su presa á través de largos rodeos, para consumir una iniquidad bajo el velo hipócrita de la justicia, pocos lo igualaron entre los señores de su raza, á pesar de que los hubo muy dotados de tan odiosa habilidad. Era alabado con razón de haber exterminado los ladrones que infestaban el país, de haber enfrenado á sus feudatarios, de haber pesado en la misma balanza á Güelfos y Gibelinos, y de haber cobrado lo mismo del pueblo que de la nobleza. Pero para él no había mas justicia que su interés. ¿No ha tenido modelos ó imitadores? Su política era sencilla: conservarse á toda costa. Si le convenía, favorecía las artes y el comercio; si la guerra, poco le importaba derramar la sangre á torrentes. Considerábase como un conductor de fieras, que debe castigar sin cesar por miedo de ser devorado por ellas: A los buenos, es decir, á los miedosos, quería presentarseles como único autor de la felicidad pública; á los malos, es decir, á los que hubieran osado examinar su conducta, les exageraba por cálculo su carácter feroz y disimulado. Espías, jueces sobornados, soldados, hacían de tiempo en tiempo terribles ejemplares. Acusaciones, cárceles, ejecuciones, todo enseñaba á la muchedumbre el olvido de las franquicias de que había gozado; todo enseñaba á creer que el mando es el único deber de los príncipes, la obediencia el único derecho de los malditos.

No prefería Luchino los medios violentos, y parece que los milaneses no comprendían, ó celebraban la fática de la corrupción con que los dominaba. Al populacho, fiestas, bailes, juegos, tabernas; á los jóvenes nobles, que le inspiraban celos por sus modales severos, daba en la corte ejemplo de relajación á fin de que, viendo cerrado para ellos el camino de la gloria, entregaran á los placeres y goces la flor de su vida. Dícese que este medio era el mas eficaz de los que usaba Luchino.

La conciencia se agitaba sin embargo en él; pero ahogaba sus gritos con prácticas de devoción. Todos los días recitaba ó asistía al oficio de la Virgen. A menudo eran recibidos sus perros en su mesa, pero también admitía á veces á los mendigos que servía él mismo con el fausto de una falsa humildad. Guardaba religiosamente las vigilias. Fijó el precio de los funerales, y decretó graves castigos contra los médicos que visitarían tres veces á un enfermo sin mandarle confesar.

Los diplomáticos y los poetas le repetían incesantemente que poseía el amor de sus súbditos. Si él los creía, lo puede decir la cota de malla que traía siempre, la guardia doble que cercaba su casa, y los perros que lo acompañaban á todas partes. Estos al ménos no podían desear un cambio de gobierno.

Por otra parte, al oír las aclamaciones de la multitud, se hubiera creído que era el padre de su pueblo. No hay gobierno por detestable que sea del cual no pueda sacar provecho alguna clase. Los lombardos en aquella época atravesaban una edad de interna turbulencia, en

la que la libertad, comprada con sangre y generosos esfuerzos, iba perdiéndose en discordias civiles, furros de facciones y arterias de los poderosos. Fatigados con esta continua borrasca, veían con buen ojo un gobierno enérgico que refrenaba todas las ambiciones. La multitud daba el nombre de paz á la servidumbre común; ¡aquellos á quienes enriquecía la llamaban libertad! Además, Luchino daba los empleos á los ciudadanos de Milan; seis mil vivían á costa del tesoro público. Durante la miseria que afligió al país, cuarenta mil individuos fueron mantenidos á expensas de la ciudad, no del príncipe; pero el pueblo hace responsables á los soberanos de los bienes ó males que sufre.

El vértigo se había apoderado de los nobles, desde que se hallaban preocupados con los negocios públicos. Su interés particular le anteponian al de la patria, y con tal que ellos fueran libres, poco les importaban las franquicias procomunales. Los que no podían soportar el estado de la ciudad, los que desesperaban de sacar al país de su abatimiento, ó bien vivían en una calma forzosa, ó buscaban un refugio en la emigración. De esta suerte dejaban el campo mas abierto á la codicia de los ciudadanos que querían medrar, no sirviendo á la patria sino á la corte, por la cual se sacrificaban, en vez de ser útiles á la generalidad.

Receloso ó con celos, Luchino no dispensaba sus favores á los que habían medrado con Azone. Deseando formar una cohorte dócil á sus inspiraciones, se había rodeado de sus compañeros de desórdenes juveniles, los cuales se hallaban dispuestos á hacer cuanto exigiera de su adhesión.

Fácil era distinguir en el cortejo descrito á los favoritos y á los desgraciados. Los primeros cercaban al príncipe y terciaban en su conversacion; pronto se conocían por el orgullo con que manifestaban la magnificencia de su bajeza, por la afectación que mostraban y el desden con que miraban á los otros; por las chanzas que gastaban mientras hacían caracolear sus ardientes corceles. Los otros formaban en última fila, taciturnos ó pronunciando pocas palabras, y estas á media voz y con timidez. El pueblo juzgaba que los favoritos poseían el talento, la prudencia y el valor de que carecían los desgraciados; él saludaba á los primeros, y asimilaba los segundos con los herejes y excomulgados. Contenida por la figura áspera del alemán Sfolkada Melik, capitán de los guardias de corps de Luchino, la multitud gritaba: « ¡Viva Visconti! ¡viva la víbora! (1) »

Sin distinguir ni á grandes ni á pequeños, un bufon galopaba entre la escolta. Esta raza pululaba entonces en las cortes, pero sobre todo en la milanese, que gastaba en ellos treinta mil florines anuales; ¡excelente empleo de la fortuna pública! Ellos desempeñaban el oficio que desempeñan los poetas á veces y los aduladores siempre: lisonjear al príncipe, hacer reír á sus expensas, y ocultar bajo la máscara de un chiste todo el horror de un crimen. Sin embargo, como no hay en el mundo cosa tan mala que no lleve mezclada alguna partícula de bien, solían soltar en medio de sus bufonadas verdades atrevidas que sin ellos no hubieran herido nunca el tímpano de los grandes.

Grillincervello, este era el nombre del bufon de Luchino, cubría su cabeza afeitada con un gorro blanco cónico, á cuya punta ondulaba una cimera escarlata figurando la cresta de un gallo; sus calzas y jubón de lienzo iban recargados de enormes botones y cascabeles. En la mano llevaba un baston que tenía en uno de sus extremos una cabeza de loco con orejas de asno. Dos nabos le servían de espuela (fábrica de Pavía, decía él), y con ellos excitaba el ardor de un fogoso caballo, de Barlassino (otra frase de su calepino) cubierto de cintas y campanillas. La boca entreabierta por una sonrisa medio maligna y medio idiota, los ojos viciosos y mal rasgados, corría de un lado á otro, tan pronto cargando á los puercos y gallinas que andaban sueltas por las calles, tan pronto cerrando el paso á todo transeunte, y enderezando á este una bufonada, á aquel una injuria. Murmurando palabras de mala jerga tudesca al oído de Melik, le tiraba sus imponentes bigotes; y mientras que este, sin perder su gravedad, se preparaba á corregirlo con el plano de su sable, el bufon se ponía á respetable distancia. Matteo Salvatico (autor del *opus pandectarum medicinae*, el mejor tratado de las virtudes de los simples) cabalgaba con el aparato de los médicos de aquel tiempo, vestido de púrpura, con las manos llenas de anillos, y espuelas de oro en sus borceguies. El bufon, haciendo un gesto inexplicable á la cabalgadura de Matteo, decía al médico: « Tómale el pulso. » Luego dirigiéndose al astrólogo Alandon del Nero, otro mueble indispensable de las cortes de aquella época, le daba un golpe en la nuca, mientras iba absorto en sus meditaciones, y le decía: « Las estrellas no te han revelado esto. »

Luchino lo oía y sonreía. Apenas se había apartado del palacio que había construido para morada suya en frente de San Jorge, penetraba lentamente por entre el populacho, que acudía al mercado de la leche y de los aceites, cuando sus miradas se fijaron en una terraza situada en el ángulo de la calle que conduce á San Alejandro, y en una mujer que estaba de pié en ella. Era Margarita Pusterla. Ella también era de la sangre de los Visconti y prima del príncipe, pero en nada se parecía á él. La curiosidad no la había llevado á ver el cortejo, sino el deseo de ver á su marido Francisco Pus-

terla, uno de los vencedores del torneo, como hemos dicho, y que ocupaba entre los descontentos la última fila. La noble dama, tan hermosa como debe serlo la heroína de novela, dirigía sobre el parapeto de la terraza los pasos de un niño de cinco años, y con su mano blanca le indicaba á lo léjos un ginete magníficamente vestido y montado. Al verlo, el niño, saltando de alegría á los brazos de su madre, gritó: « ¡Mi padre, mi padre! » y con el entusiasmo de la infancia tendía hácia él sus manecitas. Absorta en este episodio de familia, que era todo para ella, Margarita no pensaba ni en las aclamaciones de la muchedumbre, ni en la pompa de la cabalgata, ni en los ojos que admiraban sus hechizos, ni en el mismo Luchino, á pesar de que había moderado el paso al llegar cerca del balcón, y había hecho piafar su caballo blanco, ansioso de atraerse las miradas de Margarita.

Estas maniobras fueron vanas, y una nube de enojo arrugó su frente. Ramengo de Casale, uno de los cortesanos mas dispuestos á favorecer todas las pasiones de los príncipes, se acercó á él, y con respeto adulatorio dijo: « Si se quiere hallar grandeza en un hombre, belleza en una mujer, es preciso buscarlas en la casa de los Visconti. »

Luchino, insensible á esta bocanada de incienso, le respondió como hombre habituado á las mas viles lisonjas. « Sea; pero parece que nuestro nombre común no tiene gran precio á los ojos de esa hermosa, y entre topes no habeis sido capaces de adornar nuestras reuniones con su presencia. »

— Lo confieso, replicó Ramengo. Su carácter es tan orgulloso como espléndida su belleza; pero cuanto mas difícil es la victoria, mas glorioso es alcanzarla; ¡y qué aspereza no se ablandaría ante los suspiros de un príncipe!

El bufon llegó en este momento; se rió sardónicamente en las narices del adulator, hizo otro tanto con Luchino, y le dijo removiéndose para hacer sonar sus cascabeles:

— No le hagás caso, señor. Relámete el hocico: ese bocado no se ha hecho para tu boca.

— ¿Y porqué no, miserable? El despecho arrancó estas palabras á Luchino.

— Porque no, repitió el bergante largándose. Luchino avanzaba lentamente, sordo á las adulaciones de los cortesanos y á los vivas del pueblo, y de vez en cuando se volvía á mirar á la bella Pusterla. Las miradas de Margarita no se apartaban de su marido, que marchaba acompañado de un paje y de un fraile que le habían salido al encuentro, y con los cuales conversaba. Gestos, miradas, lenguaje, todo era fuego en el paje. El rostro del otro, animado de dulce gravedad, revelaba una lucha profunda entre el trasporte de las pasiones y la firmeza de la voluntad: su frente, próxima á arrugarse, sus mejillas flacas y hundidas, sus labios contraídos, todo revelaba en él el sello con que marca el infortunio á sus víctimas, como para darles el consuelo de reconocerse entre sí y de poder aliarse para luchar en comun.

Las extrañas miradas del príncipe y la afectación con que volvía la cabeza no se ocultaron á Pusterla. Las únicas palabras que dirigió á sus interlocutores, sorprendidos como él, fueron estas: « ¡Veis! »

— Veo, respondió el fraile bajando la vista como hombre habituado á la meditación.

— ¡Miserable! exclamó el paje; ¡esto llena la medida! Pero ¿qué es lo que no se puede aguantar de un tirano? ¡Oh, si hubiera en Milan cien hombres como yo! Y vos, señor Francesco, ¿cuándo osaréis proclamar vuestro nombre y acabar de un golpe con el oprobio y la esclavitud de la patria?

Pusterla imponía silencio con el gesto y la voz al paje Alpinolo, en tanto que el fraile decía tranquilamente:

— Los descontentos no pueden hacer mas que separarse de los malos, y sin asombrarse del olvido de sus conciudadanos, buscar en los goces domésticos la paz de la conciencia y la seguridad de su honor. Esto ha hecho tu padre político Uberto Visconti; esto debes hacer tú; todo muestra que ha llegado esa hora. Con el tesoro que posees en Margarita, no hay rincón de la tierra que no pueda convertirse en un paraíso.

La voz del fraile se había animado, y sus facciones se habían encendido. Pareció que se había apercibido de ello, y bajando la cabeza se calló. Pero Francisco, poco convencido: « Sí, Buonvicino, decía, el retiro es el sueño de mis vigilias. Pero ¿qué es un hombre que abandona la escena política? ¿Qué diferente pareceré de mis antepasados, consagrados siempre al gobierno de la patria? Mientras los Azone poseían el poder, tú sabes que he trabajado por el bien público; tú sabes qué consideraciones he tenido con Luchino, aunque estaba en querellas con su tío. Yo creía que al llegar á su vez al mando supremo tendría presente mi conducta, y me contaría entre sus amigos, y que de esta suerte podría conducirle por la senda del interés de todos. Pronto se ha visto el fruto de mi contemplación. Apenas ha ocupado el trono que le hemos ayudado á consolidar, no solo ha olvidado los recientes servicios, sino que ha mirado como un crimen los antiguos, y nos ha relegado de su favor, rodeándose de plebeyos, de ciegos consejeros, de aduladores insensatos, peste de las cortes, de quienes querria estar á mil leguas de distancia, si no conservara la esperanza de poder ser todavía útil á mi familia y á mis conciudadanos. »

(Se continuará.)

(1) Ya hemos dicho que las armas de los Visconti tenían una víbora con un niño medio introducido en su garganta.

Recuerdos de la América meridional.

EL VALLE DE SANTA ANA (PERU).

Dos años de residencia en la ciudad del Sol, antigua capital del Perú, me dieron tiempo suficiente para estudiar las antigüedades y para visitar detenidamente los diez y seis valles situados entre los manantiales del Beni y el Quillabamba-Ucayali.

Estos valles, colocados al Oriente de los Andes, y cuya configuración general se puede comparar á los dedos de una mano abierta, son poco conocidos de los viajeros; el de Marcapata que recorrimos en el año de 1846, se hallaba enteramente cerrado con una verdadera muralla vegetal. Desde que los indios siriniris habían quemado allí en 1780 la población de San Gaban, depósito general de los lavaderos del Estado, ningún ser humano había atravesado aquellos espesos matorrales.

A fin de concluir dignamente nuestro paseo por la América meridional, que duraba hacia seis años, resolvimos, para efectuar nuestra vuelta á Europa, imitar el ejemplo que acababa de darnos Palacios. Para esto, teníamos que seguir en toda su longitud el valle de Santa Ana hasta el sitio llamado Chahuaris, y esperar allí la llegada de los indios antis ó campos que acuden todos los años á traficar en la aldea de Echarati, con motivo de la fiesta del Carmen; luego, aprovechándonos de sus canoas, teníamos que bajar con ellos el río Quillabamba hasta el territorio de los Chontaquiros, que nos ayudarían á atravesar las pampas del Sacramento, cerca de las posesiones de los conibos desde donde podríamos llegar fácilmente hasta Sarayacu, misión central de esos desiertos, y una vez en Sarayacu, pensábamos reclamar del P. Plaza, director general de las misiones, lo necesario para bajar el Ucayali, hasta su confluencia con el Marañon; por último, abandonando desde allí nuestra canoa al soplo del acaso, ó á la protección del Dios de los viajeros, debíamos seguir el curso del Amazonas, y llegar en fin á la ciudad de Belem, capital de la provincia brasileña del Para.

No era ya dudoso que se podía bajar el río Ucayali atravesando las pampas del Sacramento, puesto que Palacios había realizado su arriesgado viaje.

Seducido yo por su ejemplo me propuse seguir el mismo camino, y provisto de los objetos indispensables para un viaje de esa naturaleza, como sondas, instrumentos, papeles, lápices y distintas bagatelas, desde la hacha hasta la campanilla, destinadas á conciliarme la benevolencia de los salvajes me preparé á dejar el Cuzco en abril de 1846, para entrar en el valle de Santa Ana.

Antes de marchar tomé mis últimas disposiciones; regalé á un amigo mis libros, mis muebles, mis caballos y mis ropas, dejándole por única obligación el cuidado de mis papeles de arte y mis dibujos, para que me los enviara á Francia, si no perecía en mi empresa. Dos mulas que salieron con anticipación se llevaron mis bagajes. Un indio cargado con el *almofrez* que contenía mi cama, fué á esperarme á dos leguas de Cuzco en el sitio llamado los Molinos, y el 17 de abril por la tarde, montado en una vigorosa mula, llegué en algunos minutos al arrabal mas alto del Cuzco, desde donde saludé la población en que había pasado dos años trabajando y meditando, y desaparecí detrás del acueducto que domina como un puente aéreo la antigua ciudad del Sol.

A medida que la mula subía los elevados picos que se extienden entre *Picchu* y el *Sacsahuaman*, el viento se iba haciendo mas frio, y la vegetación se iba haciendo mas pobre. Aunque no era muy tarde, los caminos frecuentados por los arrieros de los valles próximos se hallaban desiertos. Apenas de distancia en distancia se veía un rebaño de llamas con el cuello extendido y la oreja alerta, andando lentamente, cargadas de carbon ó de carne salada, guiadas por un pastor armado con una sogá.

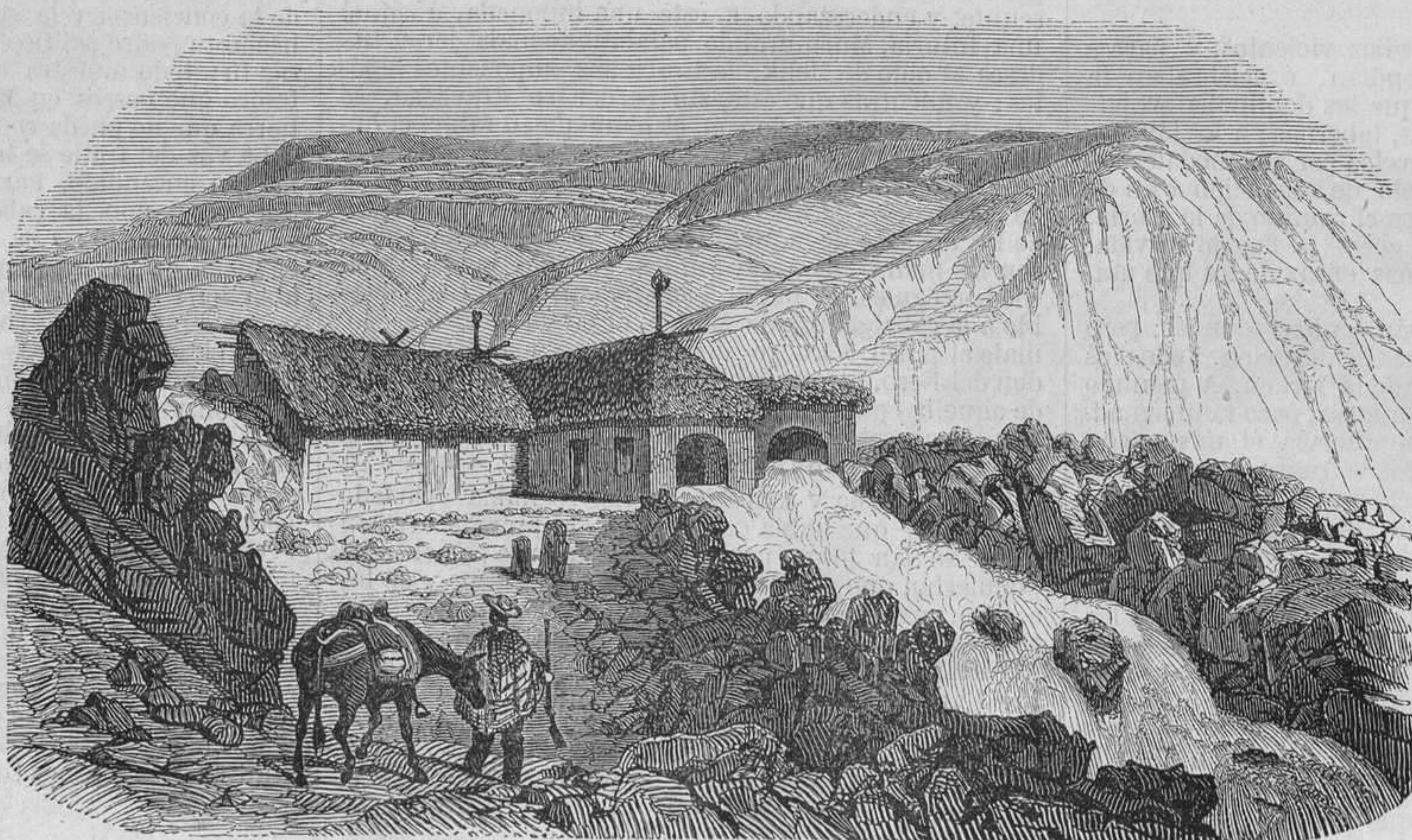
Al cabo de una hora de camino llegué al punto culminante de las Punas desde donde mis ojos pudieron



América meridional. — Cuzco (Peru). — Acueducto construido por los españoles en 1763. Arrabal de San Cristóbal.



Sierra-Nevada. — Vendedoras de chicha.



Perú. — Casa de los Molinos. — Entrada de la pampa de Anta.

abrazar en toda su extensión la inmensa pampa de Anta que tiene como unas diez leguas de circunferencia, entre el Cuzco y los templados valles de Taray-Yucay, Urubamba y Ollantay-Tampu, tristes puntos de verdura en medio de la esterilidad de la Puna y los nevados picos de la Cordillera. Aunque el frio se iba sintiendo cada vez mas, el paisaje estaba tan hermoso, que detuve mi mula para contemplarle por espacio de algunos minutos.

Figúrese el lector un inmenso hemisferio situado al Este por la grande cadena de los Andes de Avisca, cuyos picos eternamente cubiertos de nieve se teñían con las tintas purpurinas del sol en el ocaso, en tanto que su base flotaba ya en una sombra azulada. A lo lejos se distinguían diseminados sobre la pampa algunos ranchos, y á mi derecha estaba medio oculta en un barranco la casita de los Molinos, con su extropitosa

cascada; por último, hacia el Norte se descubrían las aldeas de Maras á la izquierda, y de Urubamba á la derecha.

Lancé mi mula al galope, porque la noche estaba ya encima, y los senderos trazados por el pié de las caravanas se confundían ya con el tono general de la pampa. La casa de los Molinos que creí cerca, me parecía que se iba alejando. De repente, cuando iba corriendo á escape, oigo á mi lado un grito tan agudo, que un sudor frio me inundó todo el cuerpo; paré mi mula, y distinguiendo una masa negra en medio del camino, grité medio asustado y medio colérico:

— ¿Quién era?

Una voz de mujer me respondió en *quechua*.

— *Viracocha*, he tenido miedo del caballo y por eso he gritado.

— ¿Y qué diablo haces á estas horas en el camino?

— He vendido mi chicha y me vuelvo á la estancia.

Entonces me acordé de esas pobres indias que esperan todo el dia en medio de las pampas heladas el paso de los arrieros á quienes venden patatas y chicha, esa bebida de maiz fermentado, lo que las produce de beneficio una media peseta cada dia.

Dí una limosna á la infeliz mujer, y la pregunté si la casa de los Molinos estaba cerca.

— Sí, me respondió; siga Vd. el ruido de la cascada, y dentro de diez minutos estará Vd. en ella.

En efecto, gracias á la espuela, apenas habían pasado cinco minutos cuando mi mula bajaba el senderillo tortuoso que conduce á la casucha de los Molinos. La oscuridad era espantosa; guiado por el ruido de algunas voces, me adelanté hacia la parte habitada de los edificios, y despues de atar mi mula á un poste, eché una mirada por las rendijas de la puerta, á cuyo través se distinguían vivos resplandores.

El interior de aquella vivienda ofrecía el aspecto de un rancho peruano. Las paredes de tierra y de paja se hallaban llenas de cavidades donde se albergaban las

gallinas del amo, ó donde había vasares con objetos de todas formas ó colores. La lumbre de estiércol ardía en medio del cuarto, y el humo se marchaba por una abertura practicada en el techo.

De las negras vigas unidas entre sí por medio de correas de *chipa*, colgaban ovillos de lana, mazorcas de maiz, sogas recién tejidas, y pieles de carneros, y en los rincones se veían en confuso monton, pedazos de bayeta y vestidos viejos; mas allá patatas ó sebo, *chuño* blanco y negro, *guñapo* y cecina, y por último se distinguían pucheros, platos y jarros donde fermentaba la chicha.

Al rededor de la lumbre había acurrucados una mujer y dos niños al lado de un enorme perro.

Yo llamé á la puerta con la impaciencia de un hombre muerto de frio y hambriento, pero la puerta, apenas contenida por una tranca de madera, se abrió con el golpe, asustando á

los que estaban dentro. — ¿No ha venido aquí un *chasqui* cargado con mi *almofrez*? pregunté yo á la india.

— No he visto á nadie, respondió la mujer con el laconismo que distingue á los indígenas de las alturas de la Sierra.

— ¿Y dónde voy á pasar esta noche? ¿No podría Vd. cederme este cuarto?

La india me miró á la cara, luego miró á los chicos, y no respondió.

— Pero á lo ménos, déme Vd. algo que comer, porque me muero de hambre, repuse yo al cabo de una pausa.

El indio que llevaba el *almofrez* se habia encargado tambien de las alforjas que contenian todas mis provisiones.

La mujer se sonrió con esa sonrisa irónica que desarruga el ceño del indio cuando se dispone á cometer alguna picardía contra un blanco.

— *Manancancha*, me respondió (no hay nada).

Pero yo no hice caso de esta respuesta y reiteré mi petición diciendo:

— ¿No tiene Vd. un trozo de carnero, ó huevos, ó queso?

— *Manancancha*, repitió la india.

Entonces sin hablar mas me puse á buscar por todos los rincones, y descubrí en una de las cavidades de la pared media docena de huevos y un puñado de cebollas.

— Son los huevos de mi gallina, exclamó la india casi llorando.

Yo la di cuatro reales, esto es, veinte veces el valor de sus huevos, y la mandé que los cociera pronto; la india cogió el dinero que guardó en su *chuspa*, y efectivamente, de allí á un momento, tenía delante de mí en un plato de tierra los huevos duros y las cebollas crudas. Yo devoré silen-



Sierra-Nevada. — Traje de camino.

ciosamente aquel pobre alimento, renegando del indio que me obligaba á cenar así, y que para colmo de fiesta, me obligaría tambien á dormir bajo la bóveda del cielo, con mi silla por almohada y mi *poncho* por manta.

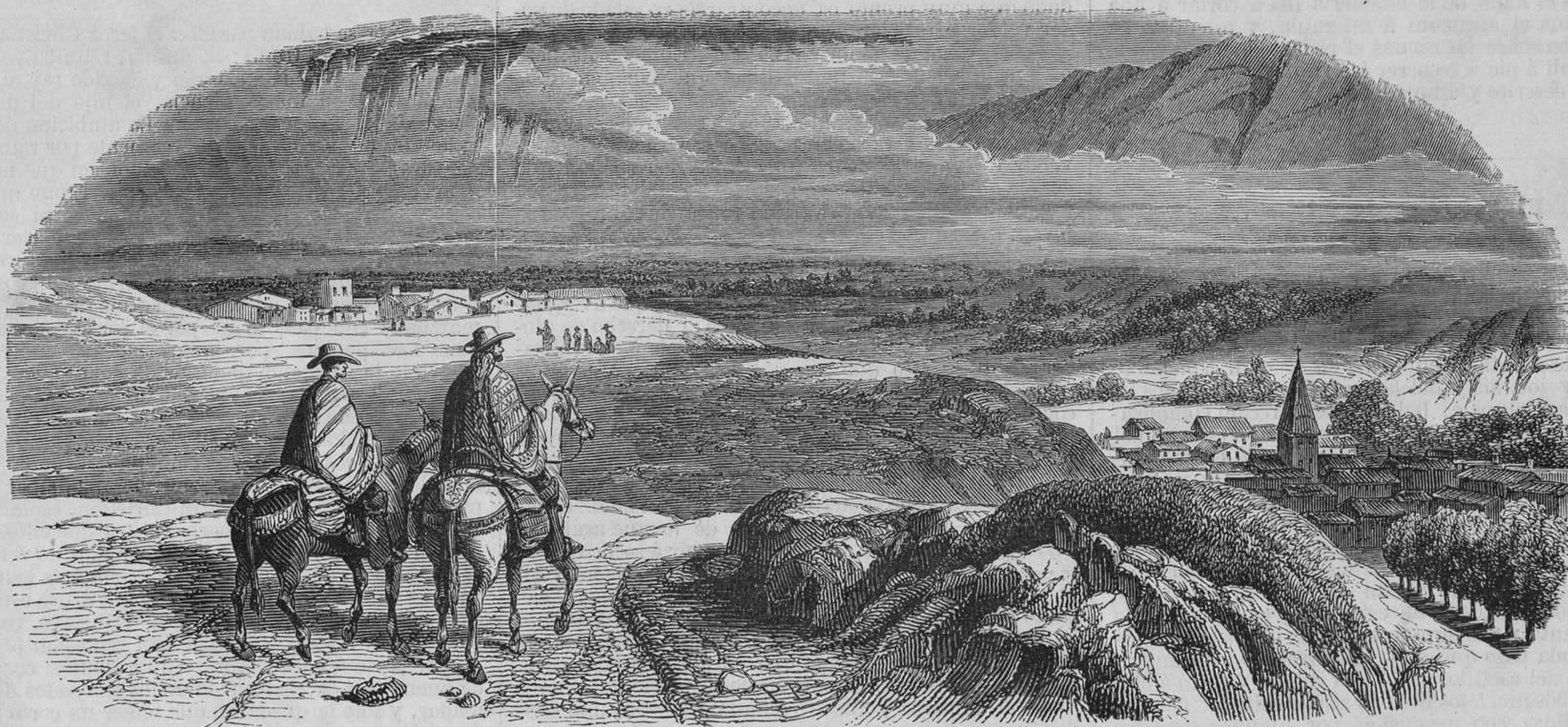
Entonces pensé, cuando ya era tarde, que mi indio se habia quedado en el arrabal del Cuzco en su *cacharpari*, ó fiesta simbólica de despedida muy en uso en la Sierra-Nevada, que todo indio celebra con su familia y amigos ántes de emprender un viaje. Quizás mientras yo comía mis huevos duros, mi *chasqui* encerrado en alguna *chicheria* bebía y danzaba al son del *charango*. No obstante, conocida su fidelidad no estaba con cuidado por los efectos que le habia confiado.

Terminada la cena fui á quitar la silla á mi mula que estaba temblando de frio; la arrojé la brida al cuello, haciendo un nudo, y la dejé libre para que buscara su cena y su albergue por aquella noche. Guiada por su instinto, miró algunos segundos en su derredor, aspiró el aire con fuerza, y sin duda hubo de adivinar que habia forraje cerca, pues bajó el sendero en espiral que se hallaba delante de ella y desapareció en la oscuridad.

Yo coloqué mi silla bajo mi cabeza, transformé mis *pellons* en colchon, y envuelto en mi *poncho* invoqué el sueño; pero el frio de la Cordillera era demasiado penetrante, y tuve que levantarme y pasar la noche fumando y dando patadas en el suelo para no quedarme helado en aquel sitio.

Al cabo de nueve horas, que me parecieron nueve siglos, principió á rayar el alba, luego vino la aurora y por fin el dia.

Los dos chicos me traian ya mi mula que habia pasado la noche en el fondo del barranco



Perú. — Aldea de Maras y Urubamba.

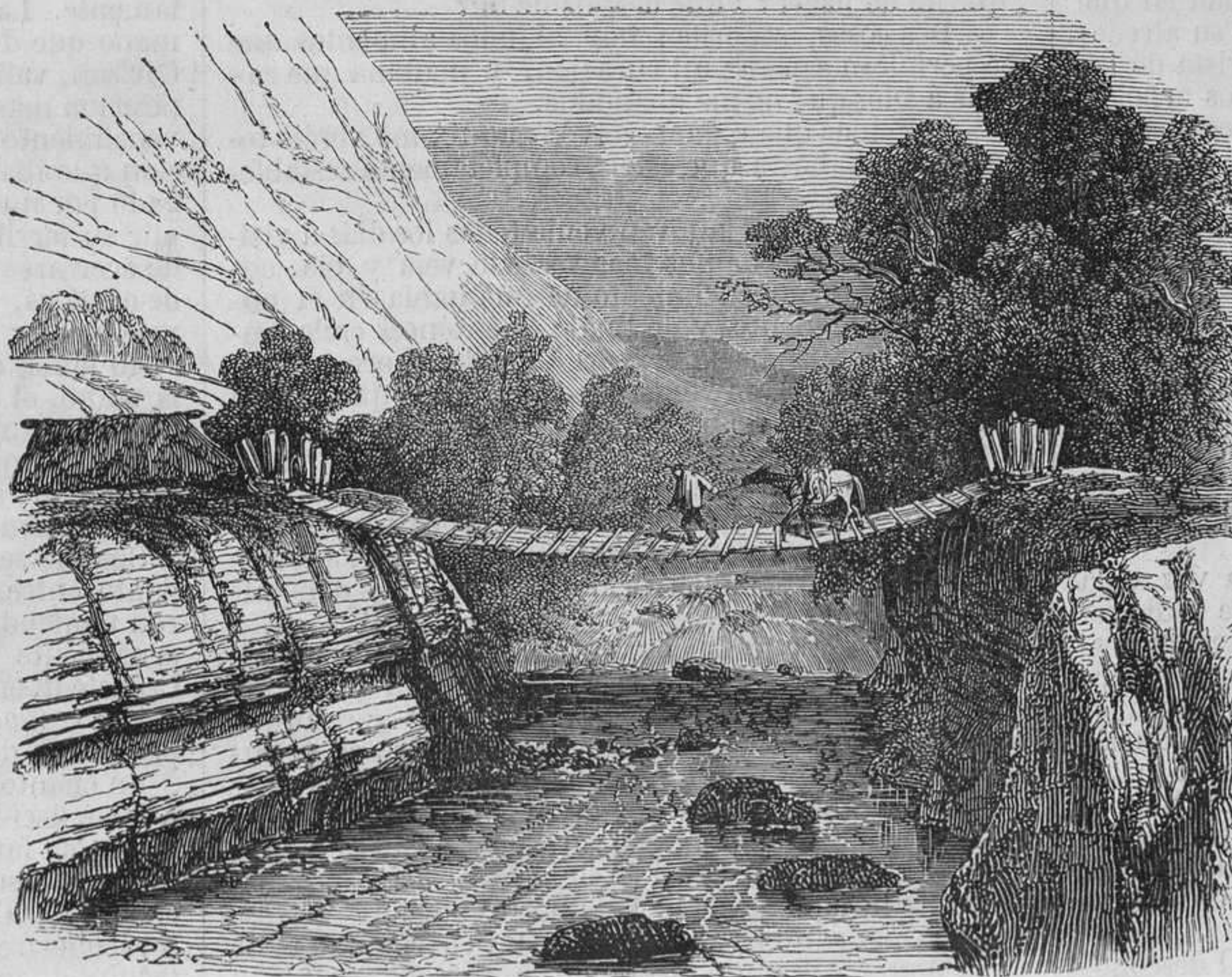
metida en un *chenopodium quinoa* donde habia hallado alimento y asilo.

En un momento ensillé el animal, y algunos minutos despues atravesaba el ángulo Norte de la pampa de Anta, en direccion á la aldea de Maras. Sin embargo, no era ese el verdadero camino; el camino del valle de Santa Ana frecuentado por los viajeros y los arrieros pasa por Urubamba, costeano el Quillabamba-Ucayali hasta Habaspampa. Yo cambié el itinerario porque tenia amigos en Urubamba y me queria detener con ellos.

Proseguí pues mi direccion lanzando apénas una mirada á la muy fiel ciudad de Urubamba, y principié á bajar hácia la aldea de Maras cuyas paredes de tierra seca se elevaban en el fondo de la pampa.

La temperatura de Maras no era ya la misma que la de los Molinos; una cuesta de unas doscientas varas habia bastado para operar ese cambio; la vegetacion era tambien mas grande y mas hermosa.

Maras, donde llegué al cabo de un cuarto de hora de camino, es una aldea de ciento cincuenta casas, poblada únicamente de indios serranos; el cu-



Puente de mimbres sobre el rio de Quillabamba entre Paucar y Ollantay-Tampu.

ra es el único mestizo que hay en ella. Las casas, todas de adobes se hallan cubiertas de paja; cada una de ellas tiene su corral donde están los rebaños de llamas. De todas las aldeas que hay en las orillas del Quillabamba-Ucayali, desde Urquillos hasta Habaspampa, Maras es la mas pobre de todas; no tiene un árbol ni una fuente, en tanto que las cercanías de Taray, de Urquillos, de Yucay, de Urubamba y de Ollantay producen trigo, avena, patatas y una porcion de frutos europeos; las legumbres son muy sabrosas y el ganado abunda.

Al atravesar la calle principal de la aldea pregunté al Sr. alcalde si no habian visto por allí á mi *chasqui*, y me respondió que hacia tres semanas que no se habia visto en el lugar un rostro forastero; que el hombre que yo reclamaba habia tomado sin duda el camino de Urubamba en vez de tomar el de Maras, y que corriendo un poco, podria encontrarle en Ollantay-Tampu, donde sin duda me esperaba descansando.

Di mil gracias al alcalde que me indicó con la mano el camino que debia seguir para llegar prontamente á la aldea de Ollantay.

Principié á bajar una cuesta muy rápida que daba mil vueltas en senderos espirales, y á medida que entraba en aquella estrecha garganta, el calor se iba haciendo sofocante. Un sol ardiente caía á plomo sobre mi cabeza por aquellas rocas cortadas á pico; en vano buscaba con los ojos el socorro de una gota de agua, el paisaje presentaba un aspecto desolado.

Mi suplicio duró tres horas mortales, y al cabo de este tiempo la aparición de la verdura me hizo esperar que encontraría agua; efectivamente detrás de los *genistus* y de los sauces enanos que crecían formando grupos en el fondo de un valle en miniatura, plantado de patatas, descubrí un arroyuelo de agua corriente que, después de haber fertilizado aquel rincón de tierra, entraba en el Quillabamba.

Hacia mediodía llegué á *Paucar*, que quiere decir florido, y que es una hacienda grande, ó mas bien una pequeña aldea, plantada de sauces verdes y regada de ricas aguas. Su principal comercio con las cercanías consiste en cereales y patatas.

Paucar dista una legua de Ollantay, que anduve yo de una sola carrera; pasé el puente de mimbres sobre el río, y al llegar á la orilla derecha, cerca de la antigua punta del gran Tampu de Ollantay, entré en la aldea.

En medio de la plaza ví sentado en un banco de piedra á un grueso tendero con su esposa, no menos robusta, que estaba mondanos judías atentamente, y al distinguir aquellas dos figuras patriarcales llevé mi mula delante de su tienda, y les pregunté por mi *chasqui*.

Los dos esposos me miraron, y sin responderme, soltaron al mismo tiempo una extrepitosa carcajada. Yo juzgué prudente retirarme, y me refugié en el estrecho corral de una chichería, donde me sacaron un banquillo para que pudiera esperar cómodamente la comida que había pedido, y que consistía en un plato de carnero con patatas. En cuanto á la mula hubo de contentarse con una ración de alfalfa.

Mientras el indio de la chichería iba á cortar á una tierra vecina el alimento á mi mula, y mientras su mujer asaba sobre las ascuas el pedazo de carnero que yo pedí, salí á pie á recorrer las ruinas del Tampu que ya había descrito y dibujado.

L. S. C.

El minero de Siljan.

I.

A mediados del estío de 1823, una jóven de catorce á quince años salía una mañana del parque de un castillo situado á orillas del lago de Siljan en la Dalecarlia. La naturaleza estaba entonces en todo su esplendor; las nubes y los hielos del largo invierno que todos los años desola este país, habían desaparecido completamente; una porción de islotes reverdecían en medio del lago; las praderas, sembradas de flores de todos matices, formaban á lo largo de la ribera frescos y risueños tapices rodeados por las sombrías florestas de abetos y las rocas de granito que encadenan el valle: por todas partes la vegetación rica y poderosa parecía que se apresuraba aprovecharse de los cortos instantes concedidos á su desarrollo en un clima poco favorecido. Admirada de la belleza de este espectáculo, y atraída por el encanto de magníficos puntos de vista que variaban á cada paso que daba, la jóven se alejó insensiblemente del castillo, subió una colina, y llegó á orillas de un bosque, lejos de todo sitio habitado. Las flores, extendidas con profusión por algunos senderos apenas trazados, atestiguaban que los habitantes del valle se dirigían pocas veces por aquel lado de Siljan. El cansancio sacó á la bella paseante de su arrobamiento, y entonces se apercebó de la soledad en que se encontraba y del silencio que reinaba en su alrededor; sintió un movimiento de terror á la vista de las profundas sinuosidades de la floresta, cuyos árboles, cercanos los unos á los otros, se elevaban, confundiendo su follaje impenetrable á los rayos del sol. Ya se preparaba á volver atrás para dirigirse á la orilla del lago, cuando oyó un gemido. Su corazón se puso á latir con tal violencia, que se vió precisada á pararse: se dejó caer mas bien que sentarse en un pedazo de roca, y sus ojos permanecieron fijos en la parte del bosque de donde la parecía que había salido el gemido. De repente ve, á doscientos pasos entre los árboles, una forma humana que agitaba los brazos como para hacer señas, y oyó distintamente, aunque pronunciadas con voz débil, estas palabras:

— ¡Cualquiera que seas, en nombre del cielo, socorredme!

La impresión que al pronto produjo esta voz en la pobre jóven fué tal, que estaba en estado de pedir socorro para ella misma, mejor que prestárselo al desgraciado que se lo imploraba. Inmóvil sobre la piedra que la servía de asiento, y de la que la parecía imposible levantarse, no dejaba de mirar al hombre de las señas, esperando por instantes verle lanzarse hacia ella. Pero reparando en seguida que se quedaba en el mismo sitio y continuaba agitando los brazos en señal de angustia, reflexionó que no podía ser un malhechor. Una nueva súplica hecha con acento lastimero, acabó de disipar su terror. En fin, movida á compasión, triunfó de todas sus dudas, y fué derecha al desconocido.

Este estaba sentado á la entrada de una gruta que

formaba dos partes apoyada una con otra; en su extremidad superior tenía un pié envuelto en unos pedazos de lienzo y de paño que se había arrancado de sus vestidos; su figura, pálida por el sufrimiento, era mas interesante que terrible; entonces la jóven, olvidando bien pronto su loco temor, se apresuró á acercarse á él y preguntarle.

— Soy un trabajador de minas, respondió; ayer, queriendo hacer un hoyo á algunos centenares de pasos de aquí, me caí y me he lastimado un pié. Tuve bastante fuerza para sufrir el primer dolor, y medio arrastrando llegar á esta gruta, en que mis sufrimientos, que llegaron á hacerse intolerables, me obligaron á detenerme. Esperaba que una noche de descanso bastaría para restablecerme; pero esta mañana, cuando he querido echar á andar, mi pié, que estaba muy inflamado, me dolía tanto, que me caí en el suelo sin poder hacer ningún movimiento para levantarme. ¡Juzgad de mi posición, al verme detenido quizá por mucho tiempo en un paraje que sé que se pasan días, meses y aun años sin que la tierra sea hollada de persona humana, y sin haber tomado aliento y sin medios de procurarlo!... Mi única esperanza se cifraba en que la casualidad trajese aquí algún viajero perdido... la casualidad... ¡como si los desgraciados no tuviesen un cielo, un padre que vela por ellos! Y este buen padre se ha dignado enviarme uno de sus ángeles que reanimase mi dolor abatido.

La jóven, completamente tranquila, contemplaba con vivo interés la noble y angustiada fisonomía de aquel hombre que parecía tener treinta años, y cuyo lenguaje revelaba una condición mas elevada que la de un simple minero.

— Vuestra posición, le dije, exige pronto socorro, y desgraciadamente estamos muy lejos de la casa de mi padre; pero os prometo no perder un momento; esperadme sin inquietud; volveré acompañada de algunos criados que os llevarán al castillo; mi madre es buena y compasiva y os prodigará cuanto necesiteis, y no dudo que muy pronto os encontraréis en estado de poder volver á trabajar.

— Me resignaré á morir si es necesario, señorita; pero no puedo aceptar la hospitalidad que tan generosamente me ofrecéis.

— ¿Porqué? la preguntó la jóven admirada.

— Porque la desgracia es contagiosa; mejor la convendría á vuestra madre quizá ver arder su casa que darme abrigo bajo su techo.

— Pero ¿quién sois? exclama retirándose un poco la jóven, que sintió renacer su temor.

— Me juzgais por el sentido de mis palabras, replicó el minero con una triste sonrisa; gracias al cielo, mi conciencia está tranquila, y lejos de tener que avergonzarme de mi infortunio, me cabe el derecho de gloriarme... Pero os lo suplico, no me pidais mas explicaciones; el secreto que me obligais á revelaros no es mio solo; si se descubriese no sería mi vida la única comprometida; pero ¿qué digo? ¡se perderían cosas mas preciosas que la existencia! Si debó sentir los efectos de vuestra piedad, ha de ser en este mismo sitio, y tan discreta como buena, el primer consuelo que deis á mis males será prometerme no revelar á nadie el secreto de mi retiro... pero después de lo que acabo de deciros, ¿querreis, os atreveréis á venir á socorrerme?

— Lo quiero y me atreveré, respondió con resolución la jóven, fascinada, por decirlo así, por la mirada y encanto de la voz del minero; el mismo Dios ha escrito en vuestro semblante que vuestra alma es incapaz de abrigar malos designios, y que se puede confiar en la lealtad de vuestro corazón. Si vuestro oficio es minero, vuestras maneras y vuestro lenguaje revelan una condición mas noble; pero yo respetaré el misterio de que os place rodearos, y os juro guardar á todos el secreto de nuestro encuentro, aun á mi misma madre, para quien nunca he tenido nada oculto. Y ahora decidme, ¿qué he de hacer? ¿qué deseais de mí?

— Dos cosas, señorita; hoy algunos alimentos que me permitan esperar mi curación, y mañana que rogéis á Dios que no me abandone.

— Haré mas que rogar; volveré aquí; me veréis todos los días, hasta que esteis completamente restablecido.

Fiel á su palabra, la jóven venía todos los días á visitar el minero; y cuantas mas veces le veía y oía, adquiría mayor convencimiento de que había en él nobleza de sentimientos y de linaje, y entonces creía crecer sus simpatías hacia él, porque creía socorrer á una víctima y quizá á un vengador de la tiranía que pesaba sobre su desgraciado país. Porque la Suecia en aquel tiempo gemía bajo el yugo de Christian II, y Carlota, este era el nombre de nuestra jóven heroína, llevaba aun el luto de su padre, el valiente Cronstedt, uno de los mártires cuya sangre había inaugurado el advenimiento al trono de aquel príncipe execrable, denominado *el cruel*.

Una mañana que Carlota cumplía por la décima vez su caritativa peregrinación, reparó que su protegido estaba inquieto y preocupado: aunque se apresuró á salir á recibirla como para daria las gracias por su curación, escuchaba con distracción sus parabienes; sus ojos, constantemente levantados al cielo, parecían calcular y medir la marcha del sol; de repente se detuvo y exclamó:

— ¡Ha llegado la hora: Dios nos ayude!

En el momento llevó á su boca un cuerno que tenía en la mano, y produjo un sonido tan prolongado y agudo, que debía resonar hasta en los puntos mas retirados del valle de Siljan: á esta señal respondió un se-

gundo sonido, después un tercero, y se oyeron hasta siete, que venían de lejos y de distintas direcciones. El minero, todo oídos, con la mirada fija, parecía contarlos con avidez; al séptimo su mirada era radiante.

— ¡Alabado sea Dios! exclama con alegría; ¡nunca deja de ayudarnos; este es un feliz presagio para tí, mi querida patria!

Y después, volviéndose á Carlota:

— Recibid mi despedida, señorita: llamado por un deber sagrado, es preciso que abandone estos lugares, que me aleje de vos, quizá para siempre. Quisiera antes de separarnos ofreceros una prueba de mi reconocimiento; no tengo mas que este anillo, que era de mi madre; dignaos aceptarlo, para que os recuerde algunas veces al pobre minero. Permittedme tambien que os pida una gracia: el recuerdo de vuestro beneficio está profundamente grabado en mi corazón para que le pueda olvidar; pero el nombre de mi bienhechora me es aun desconocido, y sería muy dichoso en poderle pronunciar muchas veces en mis oraciones.

— Soy Carlota Cronstedt, respondió la jóven.

— ¡Cronstedt! exclama el minero cuyos ojos chispeaban. ¡Cronstedt! ¿seriais parienta del valiente oficial tan cruelmente asesinado por Christian?

— Soy hija suya.

— ¡Oh! entonces, señorita, pedid al cielo que me ayude; pedidle con fervor; los manes de vuestro padre os lo agradecerán.

Carlota, en el colmo de la sorpresa, iba á suplicar al minero que se explicase; pero ya no estaba á su lado; al volverse le vió alejarse á toda priesa é internarse en las profundidades del bosque.

Al día siguiente Carlota empezó á comprenderlo todo; llegó al castillo de su madre, y supo que el estandarte de la revolución se había desplegado á la misma hora como por encanto en todos los puntos de la Dalecarlia.

II.

Seis años se habían pasado: el feroz Christian había sido arrojado del trono: la Suecia, reunida por él á la Dinamarca, se había separado y elegido rey al héroe á quien debía su independencia, el hijo del duque de Gripsholm, Gustavo de Wasa. La ambición del libertador de la Suecia no era únicamente por reinar, sino por sacar á su patria de la abyección en que había estado sumergida, y restablecerla en el rango que debía ocupar entre las naciones de Europa. Para conseguir este objeto era necesario ante todas cosas hacer desaparecer los numerosos abusos que tenían al reino sin fuerza y sin unidad. Era una reforma peligrosa; pero Gustavo, incapaz de retroceder delante del peligro, marchaba con paso firme por el camino de las reformas. Los pueblos, por desgracia, no comprenden al principio la intención de los actos concebidos y ejecutados en obsequio suyo; el velo de la preocupación les ciega, y sucede algunas veces que viendo un enemigo en su libertador, responden á sus laudables esfuerzos con los peligros de un aborrecimiento estúpido. Los dalecarlienses sobre todo, orgullosos de haber sido los primeros en levantarse contra Christian, tenían la pretensión de imponer su libertad al jefe que ellos mismos habían colocado en el trono: indignados de ver rechazadas sus exigencias en nombre del interés general del país, se sublevaron; pero sus tentativas se estrellaron contra la prudencia y firmeza de Gustavo. Ilustrados por la razón, ó sujetos por una represión pronta, la mayor parte se sometieron, y aun algunos cooperaron de buena fe á la realización de los proyectos del reformador, y solo le quedaron que temer un corto número de fanáticos, es verdad, pero tanto mas peligrosos, cuanto que conspiraban de oculto. Reunidos en junta secreta, resolvieron recurrir al asesinato para deshacerse de un hombre á quien no podían combatir abiertamente. La suerte, á que se remitió el designar la mano que debía herir, sacó de la una el nombre de Carlson, valiente y hermoso jóven, metido en la conspiciosa mas bien por espíritu de familia que por convencimiento. Carlson se dirigió á Estokolmo: la comisión que iba á desempeñar le horrorizaba; pero obligado por un juramento, se creyó en el deber de cumplir su terrible misión. Una revista le depuró la ocasión de acercarse al rey, que estaba en medio de un corro de oficiales, algunos de los cuales llevaban uniformes mas ricos y brillantes que el suyo: Carlson no había visto jamás á Gustavo, y se engañó; y como le tembló la mano, el oficial á que se dirigió el puñal no recibió afortunadamente mas que una ligera herida.

El crimen, por no haberse consumado no dejaba de ser capital; se arrestó á Carlson, que no pensó en huir, y se le formó un proceso.

Cuando se supo el arresto de Carlson sucedió el espanto entre los conjurados de Siljan, que se expatriaron temiendo las revelaciones. Pero el corazón que mas cruelmente fué herido fué el de Carlota. La hija de Cronstedt, entonces de veintinueve años y una de las mas bellas y mas ricas heredadas de la Dalecarlia, era la prometida del desgraciado Carlson.

En cuanto supo el crimen del jóven partió para Estokolmo, decidida á interponer la influencia de los amigos de su familia, y á sacrificar toda su fortuna, si necesario fuese, para llegar hasta el rey y solicitar su clemencia. Carlota, sencilla y confiada como todos los corazones rectos y buenos, no había previsto los obstáculos que debía encontrar en la ingratitud y el egoísmo. Los amigos y allegados de su padre le acogieron al pronto con grandes demostraciones de alegría; pero

no bien les explicó el objeto de su venida, cuando á sus protestas de cariño sucedieron palabras frías y reservadas. Uno solo, mostrando mas virtud ó pudor, no afeó su empresa, y consintió en emplear en su obsequio el favor que tenía en la corte. Pero con el fin de conciliar con su interés personal una intervención que no dejaba de ser peligrosa, se redujo su cuidado á entregar en manos del rey, sin apoyarlo, un memorial firmado por la jóven.

Ocho dias pasó Carlota en una ansiedad mortal; al noveno la entregaron una carta: no era la respuesta que aguardaba con tanta impaciencia; pero al reconocer la letra de Carlson, se sintió conmovida por el sentimiento de alguna buena noticia. No fueron del todo defraudadas sus esperanzas. Carlson la escribía, que habia sabido por un conducto misterioso su llegada á Estokolmo, y que al mismo tiempo le habian prometido facilitarle aquel mismo dia una entrevista con su prometida: que en su consecuencia, si se dignaba concederle aquel momento de dicha, que se dejase guiar por una persona que iria á buscarla á media tarde.

Dichosa de volver á ver una vez á la persona de quien temia haberse separado para siempre, Carlota se sintió dispuesta á seguir al guia que le indicaban. A la hora señalada se presentó, y con gran sorpresa de la jóven la introdujo en el palacio del rey.

— El protector oculto que se interesa por nosotros, pensó ella, debe ser un personaje poderoso: debe estar con frecuencia al lado del rey, puesto que vive en su palacio; permitid, Dios mio, que se sirva de su favor para alcanzar el perdon de Carlson, ó de su poder para salvarle.

Conducida á una sala retirada de palacio, encontró en ella á su prometido, que al verla dió un grito de alegría y cayó á sus piés; pero fué un relámpago; su vista, iluminada por la dicha, se nubló al momento, y su cabeza cayó melancólicamente sobre su pecho.

— Esperanza y valor, le dijo Carlota.

— Valor, la respondió Carlson, le tendré; pero esperanza no hay ninguna; mis jueces han pronunciado mi sentencia y me han condenado.

En este momento entró en la sala una tercera persona; á su vista no pudo contener Carlota una exclamación de sorpresa. Era el minero á quien seis años ántes habia socorrido en el valle de Siljan; llevaba absolutamente el mismo traje.

— Veo que me reconocéis, señorita, dijo á Carlota; confieso que no me hubiera servido de nada mi memoria al volveros á ver; habeis crecido, y os habeis hecho mas hermosa desde que nos separamos; pero en vuestra mano veo un recuerdo mio que me ha guiado en esta ocasion.

— Pues bien, dijo Carlota mostrándole el anillo que habia recibido algunos años ántes; por esta prenda de vuestra madre os vengo á pedir un favor que espero merecer.

— No prosigais, hija del venerable Cronstedt, interrumpió Gustavo, comprendo el objeto de vuestra venida, y nada teneis que agradecerme al concederos lo que me pedis, porque ántes que llegaseis á Estokolmo estaba resuelto por mí el perdon de Carlson.

Carlota quiso hablar, pero el sentimiento de la gratitud no la dejó otro medio de expresar su reconocimiento que el de las lágrimas.

— En cuanto á vos, continuó Gustavo, dirigiéndose al amante de Carlota, debeis tener entendido que entre nosotros no hay término medio; es indispensable que seamos amigos ó enemigos; amigos, toma mi mano; enemigos, toma esa espada y dispon de mi vida, que no me pertenece ya, puesto que se la debo á tu prome-tida.

Al hablar así, Gustavo señalaba con el dedo una espada desnuda que estaba sobre una mesa; pero ya Carlson estaba á sus piés estrechando su mano entre las suyas, bañándolas de lágrimas, y exclamó con voz entrecortada:

— ¡Toda mi sangre, hasta la última gota por vos, señor. Y ántes de un mes quiero que Dalecarlia entera participe de mi reconocimiento y admiracion.

Carlson no hizo una promesa vana; tuvo la dicha de atraer al partido de Gustavo á los disidentes de Dalecarlia, y despues, esposo de Carlota y favorito del rey, empleó todos los momentos de su vida en justificar á la una su amor con su ternura, y al otro su amistad por su desinterés.

de árboles y de flores, una fuente maravillosa donde las jóvenes encuentran salud, hermosura y á veces un marido; Spa triunfa siempre en la eleccion por sus sitios pintorescos, sus reuniones y sus juegos leales y bien dirigidos que le atraen lo mas escogido de la sociedad francesa y extranjera.

— Vamos á Spa, dice una elegante á su marido, pero cómo nos vamos á aburrir allí sin amigos, sin relaciones, los dos solos! En fin, nos cuidaremos bien; tú sanarás de tu gastritis y yo de mis vapores.

— Pero, querida mia, contesta el marido, yo no estoy malo, como y duermo perfectamente.

— Te engañas, nuestro doctor, que es un príncipe de la ciencia, me ha asegurado lo contrario, y con respecto á mí, tambien me ha dicho que sin ir á Spa, nunca me curaré de mis vapores.

No hay mas remedio que marchar á Spa, y en efecto, el matrimonio en cuestion se pone en camino, y sin suponerlo ni saberlo, se apea juntamente en la fonda donde reside la corte galante de la de los vapores; la enferma encuentra allí todos sus conocimientos de Paris, y el marido todos sus compañeros de wisth, de billar y de ajedrez; el marido olvida su gastritis, la mujer sus terribles vapores, y los dias se pasan entre un placer y una esperanza, entre un recuerdo y un nuevo capricho.

La coquetería reina como soberana en los baños. El negligé de mañana es quizás el traje mas bonito, porque es enteramente elegante sin tener la pretension de serlo. Imposible seria imaginarse la frescura y gracia de estos vestidos de mañana de simple muselina, pero con faldas de tres grandes volantes, terminados cada uno con una javeta en la cual se introduce una cinta de color de rosa. El corpiño, ó mejor dicho, la chaquetilla, lleva unas faldetas cortadas de un modo tan original que producen un asombroso efecto. Sobre cada volante hay una ruche de muselina fruncida por en medio, con puntilla de cinta color de rosa. Las mangas son aplastadas por arriba, y sobre el codo cae una gruesa ruche de muselina. Además, la manga es muy ancha y flotante, y lleva tambien una javeta con cinta de color de rosa. Esto es lo que las señoras de los baños llaman negligé.

En cuanto á los trajes de paseo es otra cosa; la moda exige que los volantes de los vestidos de tafetan se forren de un percal muy tieso; los de barege se forran de muselina ó de tul muy almidonado, y en las faldas se colocan por dentro de distancia en distancia anchas pajas de arroz; volvemos á lo antiguo. Además, tambien se estilan los zapatitos puntiaguados que, cubiertos por los vestidos, asoman solo la punta, y producen el efecto de calzar un pié diminuto.

Se hallan muy á la moda para pasear en coche los vestidos de muselina bordada. Voy á citar uno solo con cuatro volantes festoneados á punto de rosa. En cada onda se ve una rosa al plumetis con puntilla al punto de armas. Sobre cada volante hay un rizado de tarlatana en cuyo centro va una cinta azul celeste. De distancia en distancia se ven lacitos mariposa de cinta azul. El corpiño es un poco entreabierto, con faldetas bordadas, y encima un rizado de tarlatana. Las mangas se componen de cuatro volantes bien abiertos y graduados, de modo que la manga es muy ancha por abajo; el primer volante lleva un rizado con lazos mariposa.

Ahora como contraste voy á describir un vestido de luto, propio para una viudita hermosa y jóven. Este vestido de luto se compone de una falda de tafetan negro, cubierta con dos espléndidos volantes de Chantilly que solo llegan hasta la mitad de la falda; debajo de estos dos volantes hay otros tres de tul negro, con adornos de terciopelo y de encaje. El fondo de cada volante de tul se halla sembrado de mosquitos de terciopelo negro con rizados de encaje. El corpiño, alto y cerrado por detrás, es todo de tul negro con adornos de terciopelo; el tafetan negro forma corpiño interior muy escotado; las mangas son de volantes de encaje de Chantilly y de tul negro, con adornos de terciopelo.

Se vuelve á los corpiños cerrados por detrás, y á los tirantes de encaje y de cinta, como los llevaban madama de Maintenon y las colegialas de San Cyr. He aquí la descripción de un primoroso traje de señora en ese género. El vestido es de tafetan de cuadros blancos y de color de rosa, con tres volantes, guarnecidos al borde con una lista de muaré blanca, representando como una ancha cinta. Una cinta de muaré blanca con rayitas color de rosa á cada lado, va colocada en cinturón tirante sobre un corpiño escotado; esto es, el cinturón fijo por detrás en el talle, bajo un lazo de cinta, sube describiendo un corazón sobre la espalda, y luego baja formando otro corazón sobre el delantero del corpiño, terminando en largas puntas flotantes sobre la falda. Sobre las mangas, en el punto en que se frunce el tirante, se coloca un lazo de cintas con dos puntas sueltas sobre las pequeñas mangas afolladas. El tocado consiste en un lazo de flores de laurel de crespon, color blanco y rosado con largas hojas naturales. Un chal de tul liso, sumamente ancho cuyos diáfanos y abundantes pliegues producen un efecto encantador, completan este prendido digno de una hermosa jóven de veinte años.

En algunos salones y en los teatros se ven chales de encaje de muselina bordada, y de telas ligeras bordadas de seda y oro, sin ninguna guarnicion y parecidos enteramente á los que llevaron nuestras abuelas; la moda del chal existirá siempre, puesto que hace tanto tiempo se conserva.

Pasamos ahora al figurin de este número que representa dos trajes de paseo para los baños.

La primera jóven que está apoyada sobre el respaldo de una silla de jardín lleva un vestido de gró de Tours á grandes ramajes sombreados y estampados como antiguamente; es una especie de levita, y no otra cosa. El delantero de la falda lleva dos gruesos rizados que se abren en forma de delantal; el corpiño es sin faldetas, y describe una punta redonda por delante y otra por detrás. Este corpiño va entreabierto por delante con adornos de cintas; mangas de cuatro volantes terminados por una ruche de cinta; cuello camisolín, de entredos de pliegues pequeños y entredos de bordados, afollados de muselina

clara; sobretodo de tafetan verde enriquecido con medallones de terciopelo escocés; dos espléndidos volantes dan á este vestido un sello elegante; el primero se halla colocado en la parte baja de la pieza del hombro, y el otro en la del sobretodo; sombrilla-marquesa de muaré blanca; capota de gasa color de lila, de crespon, con rosas blancas y lilas persas por dentro; guantes claros; enaguas con volantes á canelón; zapatos de piel inglesa cenicientos con taconitos y lazos de cinta, y medias de hilo de Irlanda bordadas al plumetis.

La segunda jóven lleva un vestido de barege blanco con volantes de rayas satinadas color de rosa; sobre cada volante hay rayas mas pequeñas; corpiño entreabierto con faldetas; mangas compuestas de cinco volantes; cuello mosquetero con camisolín bordado; mantilla de tafetan color de violeta, con adornos de encaje negro; al borde de esta mantilla-chal va fruncido un grueso rizado de tafetan color de violeta; lazos de tafetan del mismo color á la altura de las mangas y del talle; capota de paja de Italia con ruches de cinta color de rosa, rosas de tafetan y musgo de paja en ramillete á los dos lados de la capota.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Las catacumbas de San Pedro.

Las catacumbas de S. Pedro son uno de los trabajos mas admirables hechos por la mano del hombre. Partiendo el subterráneo desde las puertas de la ciudad de Maestricht va á perderse debajo de las montañas de Meusse y llega hasta la ciudad de Lieja.

Nada mas misterioso, nada mas imponente que este inmenso subterráneo en cuyas entrañas se cuenta un sin número de caminos y plazuelas. Cavado por los primeros habitantes de la provincia con objeto de extraer piedras para la construccion de los edificios, fué aquella caverna un pasadizo vulgar, ántes de que el trabajo de los siglos la convirtiera en un objeto de asombro y admiracion.

Su origen y fecha se pierden en la noche de los tiempos. Los aldeanos de Meusse cuentan curiosas tradiciones, historias, mas ó menos horribles, que van unidas á la existencia de este camino largo y tenebroso. El diablo suele formar parte de tales relaciones, pero fuera de las leyendas y cuentos inventados por el miedo ó la ignorancia, nadie sabe á punto fijo en qué época se construyeron tan gigantescas profundidades.

Las costumbres antiguas, el receptáculo de las generaciones pasadas, la Roma subterránea no son curiosas y poéticas como la caverna de S. Pedro. La mayor parte de las catacumbas que hay en el mundo tuvieron el mismo origen que la cripta de Maestricht. Formadas con objeto de extraer materiales, se convirtieron despues en cementerios. El subterráneo de S. Pedro ha recibido en sus entrañas millones de viajeros que encontraron la muerte en sus inmensos laberintos. Los subterráneos mas antiguos se hallan en Catania, Palermo, Agrigento, Siracusa y Nápoles. Nada hay tan extenso y majestuoso como las excavaciones seculares de estas cinco ciudades de Italia. Las catacumbas de Nápoles son mayores que las de Roma, tanto por su latitud como por sus vastas dimensiones. Casi todas tienen tres pisos cuya altura es de veinte palmos, lo ménos, ó sean cinco metros 260 milímetros.

Sin ser tan grandes las proporciones del subterráneo de Maestricht no son ménos gigantescas que las de Nápoles. La excavacion se compone de un solo piso, pero á pesar de esto cuenta en su seno mas de 120 calles, y su latitud tiene unas dos leguas y media. Habiéndose hecho esta excavacion en una época muy lejana (segun datos, 2,300 años) la mayor parte de las calles forman un laberinto tan complicado que internándose en su recinto se necesitarian muchos años para encontrar la salida.

Una excavacion natural de 32 piés de largo y una altura de 44 piés sirven de entrada á la caverna de S. Pedro. Las galerías que están talladas en la roca viva son irregulares. A derecha é izquierda del muro hay dos hendiduras simétricas, cuyo fondo presenta un caos tenebroso y horrible. Todas las calles que cruzan el subterráneo van á parar á estas dos salidas. La temperatura de este lugar, graduada por el termómetro de Reaumur, es constantemente la de 12 grados sobre cero. Abismos sin fondo, y precipicios espantosos rodean el estrecho sendero, que conduce á esta mansion del silencio y de la muerte. El eco de la voz se pierde en la inmensidad de las altas bóvedas, y la oscuridad mas profunda causa pavor á los espíritus mas valerosos.

El deseo de ver los últimos límites de estas criptas ha llevado á sus largas galerías á hombres curiosos y emprendedores. La mayor parte de ellos volvia sin obtener ningun resultado, y otros muchos solian perecer en el insondable abismo. El subterráneo tiene una celebridad bastante funebre, pues á cada paso están expuestos los curiosos á perder la vida en uno de sus senderos, y por consiguiente á morir entre tinieblas. Mientras que los guías, provistos de sus correspondientes antorchas van enseñando el camino á los visitantes, les cuentan mil historias terribles relativas de viajeros perdidos en las galerías, comenzando casi siempre su narracion en el paraje mas tétrico. Por este medio consiguen dar mas prestigio á las criptas, y á veces forman en su mente sangrientos dramas capaces de erizar los cabellos de los pobres curiosos.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Preparativos de viaje. — ¿Porqué van las jóvenes á los baños? — Sobre las reuniones de Spa. — La coquetería en las aguas termales. — Un negligé de mañana á la Pompadour. — Volvemos á lo antiguo. — De los zapatos puntiaguados. — Paralelo entre dos vestidos, uno de muselina y otro de luto. — De los corpiños cerrados y de los tirantes de encaje y de cinta. — Se vuelven á ver algunos chales. — Descripción del figurin de este número.

Hoy no se piensa nada sino en hacer los cofres para viajar; el mundo elegante desea abandonar ese horrible Paris donde no se habla mas que de cosacos, pero el caso es saber á qué punto de Europa se debe acudir á tomar baños. ¡Cuestion grave! ¡Tenemos Baden, Vichy, Spa!... Spa es un ramillete



Entre las historias contadas por los guías, hay algunas que deben creerse: el trágico fin de cuatro frailes muertos en este dominio de las tinieblas, es de todo punto innegable. « Estos cuatro religiosos, que pertenecían al convento de Selavande, situado en la escarpadura de la montaña de San Pedro, concibieron el proyecto de edificar una capilla en el fondo del subterráneo, en donde una gran parte de los habitantes solía pasar el invierno á causa de lo templado que estaba este sitio. Por la época de estos acontecimientos había una devastadora guerra civil, y los pobres trabajadores no tuvieron mas remedio que refugiarse en las cavernas, llevando consigo sus equipajes, provisiones y caballerías. Estos infelices aldeanos tenían aceite para alumbrarse, legumbres, harinas, avena y forrajes, y en el subterráneo hicieron hornos donde cocían el pan. De este modo podían vivir allí muchos meses. Viendo los religiosos que faltaba un templo donde celebrar el santo sacrificio de la misa y los oficios divinos, concibieron la idea de edificar una capilla. Con este piadoso objeto recorrieron muchas grutas á fin de elegir el sitio mas conveniente; pero no habiendo querido penetrar en el laberinto los dos hombres que les servían de guías, se valieron de un medio ingenioso que suelen emplear con frecuencia los griegos cuando quieren internarse en las profundidades de un abismo desconocido. Ataron á la punta de una roca el cabo de un hilo, y provistos de un grueso ovillo, continuaron andando. Después de haber recorrido diversos senderos, llegaron á una especie de plazuela, en donde el pié humano no había estampado aun su huella. Después de haber bosquejado con carbon en una de las rocas el frente de la plataforma de San Pedro vista por la parte de Meusse, desde donde se descubre el convento de Selavande, y de haber escrito la fecha de su descubrimiento, se dispusieron para volver; pero bien pronto vieron con terror que el hilo se había roto.

Durante el camino habian consumido sus provisiones y quemado sus antorchas. En tan aflictiva situacion, tomaron el partido de encomendarse á Dios. Por espacio de dos dias anduvieron errando por aquellos espacios sin límites; sus voces se perdian en la inmensidad, y sus manos se despellejaban contra las rocas al buscar un nuevo sendero. Todo fué inútil, y para colmo de infortunio murieron separados unos de otros, abatidos por la fatiga, extenuados de hambre, sufriendo una horrible agonía sin poder estrechase las manos ni darse un adios eterno.

A los ocho dias fueron hallados los cadáveres en diversos puntos del subterráneo.

Puente de hierro en planchas.

(SISTEMA CADIAT Y OUDRY.)

Puente de Brest sobre el rio Penfeld, de un solo ojo de ciento cuatro metros de abertura, que se abre por medio de un mecanismo ingenioso para el paso de los buques de guerra.

La ejecucion de este puente se va á confiar á la *Compañía de Puentes y otros trabajos de hierro*, que acaba de establecer vastos talleres en Grenelle para la explotacion del privilegio de MM. Cadiat y Oudry.

El modelo del puente de Brest, ejecutado con la mayor escrupulosidad en la escala 0.^m 03 por metro, por el mecanismo M. Lecoq, ha sido presentado al Emperador de los franceses, quien ha tributado á M. Oudry los elogios mas lisonjeros por la sencillez de la concepcion, la elegancia y lo atrevido de la ejecucion que caracterizan á dicha obra.

He aquí el párrafo que sobre este particular hallamos en el *Moniteur*.

« S. M. el Emperador, acompañado de S. E. el mariscal Vaillant, ministro de la Guerra, de S. E. el ministro de Obras públicas el conde de Morny, del baron de Beville, coronel de ingenieros y del conde de Nieuwerkerke, director general de los museos nacionales, ha visitado, en el Louvre, el modelo de un puente colgante adoptado por el Consejo general de puentes y calzadas de la ciudad de Brest, segun los planos y sistema de MM. Cadiat y Oudry.

» Este puente, destinado á unir las dos orillas del Penfeld, atravesará dicho rio con solo un arco de ciento y cuatro metros de abertura y una elevacion suficiente para permitir el paso de los buques mercantes.

» Cuando se presenten los buques de guerra, el arco se abrirá, y por medio de un mecanismo ingenioso y sencillo se dividirá en dos partes iguales, que girando sobre dos columnas de granito, dejarán libre la entrada del puerto, sin cambiar en nada sus condiciones actuales.

» S. M. ha admirado sobre todo el atrevimiento y solidez que presenta la construccion, gracias al uso exclusivo del hierro en planchas.

» Con este motivo S. M. ha dirigido palabras lisonjeras á los autores del proyecto y manifestado al señor ministro de Obras públicas su intencion de hacer establecer puentes fijos segun este principio sobre diferentes puntos del Sena. »